BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

LS.C
57584

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
74

ROMANCERO

DE LA GUERRA

DE

INDEPENDENCIA

POR

VARIOS AUTORES.

II

TORONTO

MEXICO.

IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
imera Calle de Mesones No, 18,
1910

400679
27.2.42

TORONTO PUBLIC LIBRARY

HIDALGO

I

¡FIAT LUX!

I

Tranquilo estaba Dolores,
el melancólico pueblo
que duerme cual las gacelas
entre el verdor y el misterio
de las frescas enramadas,
de los alegres viñedos.
La noche, princesa nubia
de obscurísimos cabellos,
ostentaba su corona
de estrellas y de luceros;
y en su veste repujada
de fantásticos reflejos

envolvíanse las casucas,
esfumábanse los cerros.
Los pajaritos dormían
en los árboles y aleros
y la brisa se colaba
por callejones estrechos;
la corriente juguetona
de algún humilde arroyuelo
en el césped apagaba
sus cristalinos lamentos.

II.

Sopor y calma solemne
doquier extendían su imperio
cual si fuese aquel lugar
un sepulcro gigantesco;
sólo el monótono aullar
de los coyotes y perros
en el obscuro confin
escuchábase á lo lejos.
Derepente, por el rumbo
de San Miguel ó Querétaro,
se escuchó sobre las rocas
de un caballo el pataleo;
y cual si fuese una flecha
ó azul ráfaga de viento,
un jinete apareció,

una sombra, un espectro;
y cruzando las callejas
con ardor y con estrépito
llegó á la casa cural
del melancólico pueblo.

III

Unos dos aldabonazos
en la tiniebla se oyeron,
y fueron á despertar
de aquella casa á los dueños.
Pronto la puerta se abrió,
sobre sus goznes crugiendo,
derramándose en la calle
de una bujía los destellos:
un indígena ataviado
con calzoneras de cuero,
roja cotona bordada
que parecía terciopelo,
presentóse á recibir
á aquel extraño viajero,
que apeándose en el umbral
metió su caballo luego;
y sin mediar ceremonia,
saludo grande ó pequeño,
indicó que hablarle al cura
necesitaba al momento.

Un anciano sacerdote
de continente risueño
cuya mirada alumbraba
del corazón los secretos,
pronto estuvo á saludar
con dulce y sonoro acento
al hombre que á aquella hora
llegaba á turbar su sueño;
éste, después de besar
con amor y con respeto
la diestra de sacerdote
tan simpático y tan bueno,
de su bolsillo sacó
cuidadosamente un pliego,
y entregándolo en su mano
guardó profundo silencio.
El anciano desdobló
aquella carta sereno
y al leer su contenido
contrájose su entrecejo;
y en seguida, dirigiéndose
á tan formal mensajero,
"Venid, le dijo, y marchó
á su alcoba ó aposento.
Sentado ya en vieja silla,
invitó á su compañero

á descansar un instante,
á platicar un momento.

IV

¿Y vos sabéis por ventura,
el eclesiástico dijo,
lo que una noble mujer (*)
me avisa con este escrito?
—Señor, respondió el enviado,
tan sólo llegó á mi oído
el rumor de una denuncia
hecha por un asesino:
anoche, al sonar la "queda,"
ya encontrándome dormido,
escuché la dulce voz
de un arcángel de cariño:
es una santa mujer
que en su terrestre camino
va sembrando dondequiera
caridad y beneficios;
yo le debo cuanto soy,
y mi mujer y mis hijos
pronunciamos con repeto
su caro nombre bendito."

(*) Doña Josefa Ortiz de Domínguez

Una lágrima rodó,
diamante azul, cristalino,
por la faz emocionada
de aquél hombre agradecido.
—Perdonad ¡oh señor cura!
este homenaje sencillo
que tributo ante el recuerdo
de aquél ángel de cariño.
—Seguid, replicó el anciano,
que me son bien conocidos
los méritos y virtudes
de la esposa de un amigo (*)
que ha jurado defender
la tierra en que hemos nacido.
—Decía, señor, que vibraba
de "queda" el toque tristísimo,
cuando aquella gran mujer
con voz solemne me dijo:
"Ignacio, una gran desgracia,
"un espantoso peligro
"se cierne sobre las frentes
"de mis más caros amigos;
"un infame delator,
"tan malvado como inicuo,

(*) Don Miguel Domínguez, Corregidor de Querétaro.

"nuestros planes y secretos
"al español ha vendido,
"y en estos mismos instantes
"órdenes hánse expedido
"de prisión y de secuestro,
"de matanza y exterminio.
"Corre, vuela hasta Dolores,
"salva ese inmenso camino
"y cuenta al señor Hidalgo,
"lo que tus ojos han visto,
"y dile, que sólo espero
"como respuesta á mi aviso.
"escuchar de libertad
"el más estruendoso grito."

V

En ese momento oyóse.
sordo, confuso, lejano,
un rumor que se acercaba
de voladores caballos.
Desembocan en la calle
y, jadeantes, piafando,
se detienen al umbral
de aquél techo hospitalario.
Unos toques vigorosos
en la madera sonando

perdiéronse entre la sombra,
gimieron en el espacio.
Ante aquella novedad
levantóse el eclesiástico
y al zaguán se encaminó
con una luz en la mano.
Ya el indígena de marras
la puerta había franqueado
y chocaban las espuelas
en las baldosas y cantos.
—Buenas noches, señor cura,
dijo un militar gallardo
tan rubio como la espiga
que crece en el mes de Mayo.
—Usted las tenga mejor,
mi querido don Ignacio,
que en hora tan triste y fría
cruza estos lóbregos campos.
—El enemigo no duerme,
nos acecha, y confiado
de que nos ha de encontrar
como lirones roncando,
tiene expedidas sus órdenes
para mañana apresarnos
y en el cadalso acabar
con nuestros sueños dorados.
—Pasad, capitán, y hablemos,

que el tiempo vuela, y acaso
instante como el actual
á tener no lo volvamos.
Y aquéllos hombres cogiéndose
con gran cariño del brazo,
al aposento cural
lentamente penetraron.
En tanto afuera se oía
del sereno los silbatos,
el ladrido de los perros
y el breve cantar del gallo.

VI

Los dos tomaron asiento,
y el eclesiástico hablando
así dijo al militar
con acento de inspirado:
"Señor don Ignacio Allende,
"en el gigantesco horario
"de los siglos, va á sonar
"el momento sacrosanto,
"la hora de redención
"de innumerables esclavos.
"La ergástula va á caer,
"y al derrumbarse en pedazos
"entre sus ruinas y escombros
"sepultará á los tiranos.

"Correrá la sangre humana,
"devastaránse los campos
"y en voraz conflagración
"arderán ricos poblados.
"Las madres desventuradas,
"los huérfanos sin amparo
"llorarán inconsolables
"su aflicción y su quebranto;
"pero cúpese al soberbio,
"maldígase al inhumano
"que trata como á las bestias
"á los que son sus hermanos.
"Nos empuja el despotismo,
"nos provocan los malvados,
"y ese duelo sin cuartel
"esta noche lo acepetamos;
"moriremos en la lucha,
"quedaremos en el campo
"y quizás con nuestra sangre
"teñiránse los cadalsos;
"pero la idea vivirá,
"y ascendiendo del Calvario
"se asentará en el Tabor
"como Jesús, fulgurando...!
"Prometamos, capitán,
"en este instante sagrado,
"consumir nuestra existencia

"de la Patria en holocausto;
"juremos arrebatarla,
"con las armas en la mano,
de la infamia y opresión
"á que España la ha lanzado"...
. . . . . .
Allende se puso en pie,
sublime, transfigurado,
y con voz que asemejaba
de la tormenta los rayos,
contestóle al sacerdote:
"Por mi honor, señor Hidalgo,
"y ante mi conciencia y Dios,
"me comprometo y declaro,
"desde esta noche pelear
"contra el gobierno tirano
"que á mi patria sacrifica
"y escarnece á mis hermanos."
—Esa misma es nuestra voz
y también eso juramos,
dijeron dos militares
que en ese instante llegaron:
eran el valiente Aldama
y Abasolo don Mariano
que en alas del patriotismo
buscaban al Padre Hidalgo.
—Brindemos, pues, por la Patria,

mis capitanes bizarros,
dijo lleno de alegría
aquél fogoso eclesiástico.
—"La libertad ó la muerte,"
todos á una clamaron,
y en el aire se escuchó
el retintin de los vasos.
—Marchemos, pues, á la cárcel.
y, á la guardia desarmando,
tradúzcanse las palabras
en recios golpes de mano.
Y aquellos locos sublimes
á la calle se lanzaron
con gritos de ¡Viva América!
¡Guerra á muerte á los tiranos!

VII

Penetran en las prisiones
y los fusilees tomando
quiebran grillos y cerrojos
y aprehenden á los soldados.
Manda el caudillo que suban
Dos hombres al campanario
y repiquen sin cesar
los esquilones sagrados.
Al oír aquél clamor

despiértase el vecindario
y con música y cohetes
saluda á los conjurados:
en el relox de la iglesia,
melancólicos sonaron
unas doce campanadas
como lamentos humanos.

II

UNA BANDERA Y UN GRITO.

I

Aun no asomaba en Oriente
la luz primera del alba,
cuando en Dolores se oía
el toque de las campanas.
Hidalgo, el pastor solícito,
á sus ovejas amadas
de la misa al sacrificio
muy temprano las llamaba;
y éstas, prontas á la voz
de aquel padre que adoraban,

juntáronse en la parroquia
á saborear sus palabras.
Con la dulzura evangélica
por él siempre acostumbrada,
saludó á sus feligreses
aquella hermosa mañana;
y sublime, majestuoso,
cual si ocupase la cátedra,
de independencia y honor
dióles bellas enseñanzas;
les habló de propiedad,
de riqueza y bienandanza,
de honores y dignidades
que sólo obtienen y alcanzan
los ciudadanos de pueblos
y naciones soberanas.
Y por último, exhortólas
á vindicar de la Patria
los sacrosantos derechos
que el extraño le usurpara.
Entusiasmados los hombres
con aquellas frases mágicas
que de labios del Pastor
tan elocuentes brotaran,
sublevárons también,
y armándose con espadas,
con garrotes y con hondas

é instrumentos de labranza,
engrosaron la corriente
que inundar amenazaba
las ciudades y los pueblos
de toda la Nueva España.

II.

Cuando el sol hubo bañado
de roja luz las montañas,
salió Hidalgo de Dolores
con su gente alborozada.
Dirigióse á San Miguel;
y de toda la comarca
uníansele de gañanes
cuadrillas desarrapadas;
jinetes en sus rocines
los mayordoms llegaban
y los fieros caporales
con arcabuces y lanzas.
Junto á los viejos veíanse
los hombres de edad temprana
y hasta mujeres y niños
entre la turba formaban.
¡Qué hermoso y bello espectáculo
ofrecía aquella masa
de soldados y peones
de confusa indumentaria!

Pero á qué decir confusa,
si casi todos marchaban
medio desnudos, y apenas
con huaraches en sus plantas...!
Nuevos hijos de Israel,
con su jefe á la vanguardia
en pos de la Libertad
jubilosos caminaban;
y no les arredrarían
las sangrientas oleadas
del Mar rojo de la lucha
que ya á su frente bramaba,
antes bien, se exaltarían
con la sangre y la matanza,
con el fragor tormentoso
de mortíferas batallas.

III.

Vieron pronto, entre las huertas
que bordeaban el camino,
las casucas y jacales
del pueblo de Atotonilco,
y como flechas lanzadas
sobre un cielo de zafiro
las cruces de aquel Santuario
venerado y concurrido.
La turba allí descansó,

y penetrando el caudillo
en la humilde sacristía
de aquél misterioso asilo,
contempla la imagen dulce
de la madre de los indios;
como blanca inspiración
un pensamiento le vino:
hacer con aquella imágen
la bandera de sus hijos.
Presto izóla en una lanza
y con fe, con regocijo,
mostróla á la muchedumbre
como lábaro bendito.
¡Viva la Virgen Santísima
de Guadalupe (dijo)
y mueran los gachupines!
nuestros crueles enemigos.
Un clamor de tempestad
se escuchó tras de ese grito
que repitieron los montes,
las llanuras y los ríos;
y acogieron con amor
aquél sacrosanto símbolo,
como tormenta la turba
descolgóse en el camino.

IV.

Al expirar aquél día
de eterna y grata memoria,
á San Miguel ocupaba
el Caudillo con sus tropas:
la nubecilla pequeña
que brotara con la aurora,
ya en la noche revestía
la negrura de una tromba.

III

EN LA ALHONDIGA DE GRANADITAS.

I

El veintiuno de ese mes
tan fecundo en hechos magnos,
llamó el caudillo á las puertas
de la rica Guanajuato.
Una breve intimación
pronto recibió en sus manos
el valeroso intendente
don Juan Antonio de Riaño.

La respuesta fué inmediata
y con tono mesurado
revelaba el pundonor
de un hidalgo castellano
listo á defender el puesto
que le habían encomendado.

II

Previsor el intendente
y del pueblo recelando,
se encerró con los caudales
y prominentes hispanos
dentro la Alhóndiga ó fuerte
de "Granaditas" llamado.
Mandó á Calleja una nota
con especial emisario
diciéndole: "Voy á ser
"en este instante atacado;
"y en tal virtud, os suplico
"que sin demora ó retardo
"me saquéis de tal apuro,
"me libréis de este quebranto.
"Numerosas son las huestes
"del audaz americano;
"pero yo resistiré
como cumple á un hombre honrado."

III

Una inmensa polvareda
que entenebrece al espacio,
por el rumbo de Marfil
va envolviendo á Guanajuato;
la acompaña sordo ruido
que, prontamente llegando,
tiene acentos de huracán
y clamores de Océano;
y los ecos de los valles
y los cóncavos barrancos
acreciendo aquél fragor,
predisponen al espanto.
Pronto asoma, presto surge
las alturas coronando
roja selva de estandartes
por la brisa desplegados,
y magnífico, sublime,
todo un pueblo vitoreando
á sus jefes, á la Patria,
con las armas en la mano.
Impetuoso se descuelga
de los cerros por los flancos
aquél enorme turbión
de hombres y de caballos,
y cual aluď que desgaja

las encinas y peñascos
va á caer en las trincheras
rebosantes de soldados.
Una descarga horrorosa
de fusiles y bombazos
ilumina l'ancha fila
del ejército de Riaño;
y las mortíferas balas
como globos centellando
vánse á incrustar en la carne
de los desnudos indianos;
éstos páranse al oír
los tremendos cañonazos;
pero iracundos, al ver
humear su sangre en los charcos,
se adelantan como leones
deshaciendo, aniquilando
las trincheras y reductos
con que soñara el hispano
detener la enorme masa
de labriegos sublevados.
Ante aquél empuje horrendo,
desbándase hecha pedazos
la española infantería
y centenas de caballos;
más con furia perseguidos
y doquier acribillados,

con sus cadáveres cubren
la aspereza de aquél campo.
Buscan entonces abrigo
los restos ensangrentados
dentro las gruesas paredes
de aquél castillo titánico
que de roca modeló
el genio austero de Riaño;
pero una lluvia implacable
de pedruscos rebotando
sobre muros y azoteas,
sobre escaleras y patios,
los rechaza al interior,
los azota sin descanso
haciendo pronto sentir
el más invencible pánico
Un disparo de fusil
corta la vida de Riaño
que ante los suyos cae
como un gladiador romano.
Entonces crece la lucha,
y es más horrible el estrago
que ocasionan los fusiles
en uno y en otro bando.
Los españoles pretenden
en su furor insensato,
rechazar como leones

aquel espantoso asalto,
y sin dar ningún indicio
de temor ó de cansancio,
por las ventanas arrojan
férreas granadas de mano.

IV

Se oyó por fin el acento
viril y fuerte de Hidalgo
que la puerta del castillo
señalaba á sus soldados:
un heróico barretero,
cual un antiguo espartano
los deseos adivinó
de su jefe idolatrado;
y cargándose una losa,
y hachón ardiente en la mano,
bajo un diluvio de balas
adelantóse incendiando
aquella ferrada puerta
que estorbábales el paso.
Un espantoso clamor
que los ecos agrandaron
se escuchó trás del arrojo
de aquél hombre extraordinario;
y las turbas como ráfagas
del abismo se lanzaron

dentro aquella boca ígnea
que vomitaba el espanto;
y sin haber compasión,
ruego y lágrimas burlando,
á todos los que encontraban
con furor acuchillaron.
Opulento fué el botín
de aquel terrífico asalto,
cuya matanza y horrores
claramente demostraron
el odio mútuo que había
entre españoles é indianos.
Aquel pueblo escarnecido
por casi trescientos años,
duras cuentas exigía
á los que fueron sus amos.

IV

UN TE DEUM.

Las resonantes campanas
de más de cuarenta iglesias,
en Valladolid se oían
remedando una tormenta.

Saludaban majestuosas
de bronce sus roncas lenguas
al genio que allá en Dolores
gritara la Independencia.
La artillería detonaba,
y músicas vocingleras
alegremente aturdían
las calles y las plazuelas.
Abigarrada la turba
con sus vestidos de fiesta
corría para ver entrar
á la hueste gigantesca
que en Guanajuato clavara
después de lucha cruenta
de honor y de libertad
la sacrosanta bandera.
Cerca de cien mil indígenas
cual hoscas tribus guerreras
ocuparon la ciudad
y sus campiñas amenas
donde las flores más lindas
al cielo hermoso le muestran
su cáliz siempre cuajado
de brillantísimas perlas.
El clero abrió diligente
de su Catedral las puertas
y un magnífico "Te Deum"

cantó por la vez primera
en honor y acción de gracias
de haber surgido la idea
que destrozaba de un pueblo
las oprobiosas cadenas.
Y con la pompa litúrgica
que desplegó en la Edad Media,
levantó la excomunión
que contra Hidalgo y sus fuerzas
fulminara Abad y Queipo
al tener noticia cierta
de su audaz revolución
é innovadoras tendencias
En tanto afuera rugían
simulando una tormenta
las rimbombantes campanas
de más de cuarenta iglesias.

V

EN CHARO.

I

Después de instalar Hidalgo
su libérrimo gobierno
en Valladolid, marchó
con sus tropas rumbo á México
A la mitad de ese día,
del sol ardiente al reflejo,
divisaron cual fantasma
que se empina sobre un cerro,
la mole triste y sombría
de un humildísimo templo.
A sus pies pobres casuchas
de adobe crudo y de heno
extendíanse cual rebaño
por el declive paciendo:
era el pueblito de Charo
que adormíase en el silencio
de aquellas montañas vírgenes,
de aquellos campos desiertos
Se escucharon los clarines
y los tambores crujieron

saludando con sus voces
aquél aduar pintoresco;
y en las brisas que murmuran
entre sabinos y cedros,
volaron de libertad
los sonorosos acentos.

II

La Providencia que vela
por los hombres y los pueblos,
dispuso que aquel lugar
fuese el teatro risueño
do cruzasen sus palabras
dos adalides, dos genios
que juraron redimir
con su sangre el patrio suelo.
Hablaron de libertad,
de autonomía, de derechos,
de laureles y de triunfos
y de cadalsos sangrientos:
pero en el fondo veían
de porvenir tan incierto,
manumisos diez millones
de humanos seres abyectos.
Pronto diéronse la mano,
y en un adiós sempiterno

marcharon aquellos hombres
impulsados por su anhelo:
Hidalgo siguió al Oriente,
y de su tropa al estruendo
temblaban en sus alcázares
los orgullosos iberos,
en tanto que rumbo al Sur
dirigíase el gran Morelos
á defender de la Patria
los ultrajados derechos

VI

EL MONTE DE LAS CRUCES.

I

Como serpiente mostruosa
que con sus férreos anillos
va azotando las montañas
y la margen de los ríos,
el ejército de Hidalgo
sube por varios caminos
á la Mesa do reside
más pujante el poderío
de la España en esta tierra

que ofreciérale ha tres siglos
la espada bárbara y cruel
de sus soldados altivos.
Cual tormenta huracanada,
formando va remolinos
la incontable multitud
de indígenas atrevidos
que anhelan pronto clavar
su santo pendón bendito
sobre el obscuro almenaje
del opulento castillo
que luce en fiestas y galas
el pendòn de Carlos Quinto.
En sus sueños de patriotas,
han mirado y han creído
que Cuauhtémoc va á su lado
seguido de aquellos indios
que en una noche obscurísima
llorar hicieron, rendido,
al más bravo capitán
que produjera aquél siglo
de aventuras y de arrojos,
de hazañas y de prodigios,
en que el sol no se ponía
de la España en los dominios.
Y ensordeciendo el espacio
con sus clamores y gritos

que contesta el huracán
al retorcerse en los pinos,
se internan en la montaña
cuyas cimas de granito
envuélvense en su turbante
de vaporosos armiños.

II

Venegas puso á sus órdenes
de don Torçuato Trujillo,
una imponente sección
de los cuerpos aguerridos
que debían de sostener
el buen nombre y el prestigio
de la España en esta tierra
que donárale ha tres siglos
la espada bárbara y cruel
de sus soldados altivos;
y con gruesos cañones,
parque abundante y equipo,
salieron aquellas tropas
á encontrar en su camino
á la indiana multitud
cuyos clamores y gritos
semejaban de una tromba
los espantosos rugidos.
Después de varios intentos

parapetóse Trujillo
tras los peñascos enormes
de esos cíclopes andinos
que con nombre de las Cruces
son por todos conocidos;
y armando sus baterías
entre arboledas y riscos
cauteloso allí esperó
que asomase el enemigo.

III

En tanto los sublevados,
á la sierra han ascendido,
y en aquél augusto templo,
al pie de un altar sencillo,
que por dosel y techumbre
tiene un cielo de zafiro,
y por columnas y arcadas
verdes hileras de pinos,
prosternáronse á escuchar
de labios de su caudillo
las palabras misteriosas,
los melódicos sonidos
que ha señalado el ritual
al incruento sacrificio,
á la augusta ceremonia
que recuerda á Jesucristo

clavado sobre una cruz,
azotado, escarnecido.
Las brisas embalsamadas
con el perfume dulcísimo
que emerge al amanecer
de los robles y los pinos,
sacudían las hojas tiernas
de las violetas y lirios
que incensaban con su aliento
el altar del sacrificio;
y las aves en las frondas
con sus cantos peregrinos
respondían á la oración
del "Sacerdote y Caudillo."
Terminó la ceremonia,
y un imponente ruido
de aquel mar se levantó
poco antes tan tranquilo.
resonaron los tambores,
y las trompetas sus himnos
derramaron en los senos
del agrio monte sombrío.
Pronto inicióse el avance,
y de sus jefes al grito
treparon las bravas tribus
por el áspero camino.

IV

Cual la tremenda explosión
de un volcán embravecido.
se oye súbito tronar
la artillería de Trujillo.
Una sección de rebeldes
encuéntranse sorprendidos
ante la horrible agresión
que los diezma de improviso.
se arremolinan y no hallan.
en tal momento indecisos,
el punto de donde parten
las balas del enemigo;
pero Allende por los flancos
en aquel instante mismo
contesta con sus cañones
desde los montes vecinos.
Hidalgo con Abasolo,
y Aldama valiente y frío
conducen á sus soldados
á desafiar el peligro.
Encarnízase la lucha
y un monstruoso vocerío
va á apagar de la metralla
los espantosos rugidos.
Las hordas lanzan peñazcos,

y de la flecha el silbido
remeda de las serpientes
los horrorosos chillidos.
Al fondo de las cañadas
de obscuros antros hondísimos
derrúmbanse rebotando
los muertos y los heridos;
y encima, cubriendo el monte
con sus crespones fatídicos,
hoguera horrible, gigante,
retorciéndose en los pinos.
Por fin, una turba de héroes
desnudos y sin abrigo,
se arroja á las baterías
que lanzan el exterminio:
un clamor universal
y de gozo un alarido
saluda la intrepidez
de aquellos valientes indios.
Ante tamaña osadía
acobárdase Trujillo,
y, sin rubor, tembloroso,
deja el campo, fugitivo.
La derrota empieza entonces,
y, sin jefes, ni caudillo,
todo el ejército hispano
sucumbe bajo el cuchillo

de aquellos indios indómitos
cual bravos cual los antiguos
que en una noche obscurísima
llorar hicieron, rendido,
al más fiero capitán
que produjera aquel siglo
que pasear vió victoriosas
por el orbe conocido
las mesnadas y los tercios
de Felipe y Carlos Quinto.

VII

RETIRADA.

I

Un poco más y al Oriente
sobre el espléndido valle
que contemplara otro día
de su seno levantarse
los templos y los palacios
de un pueblo que era gigante
en la industria y el comercio,
een las ciencias y las artes,
y que al golpe de su brazo

rindiéranle vasallaje
las naciones más lejanas
y los imperios más grandes
encadenada se mira
la reina de las ciudades
que se alzan del Septentrión
á los altísimos Andes.
Densa sombra de tristeza
se cierne sobre sus calles,
en sus plazas, en sus templos
y en sus casas conventuales.
Dormita junto á sus lagos
de encantadores paisajes
donde nevados se miran
sus majestuosos volcanes.
Y en las noches muy obscuras
imagina que ya salen
en sus ligeras canoas
bravos caciques audaces
seguidos de sus vasallos
á arrojar tras de los mares
á los bárbaros que hollaron
sus templos y sus deidades.
En la bruma de sus sueños
como meteoro destácanse
de Moctezuma la pompa
y Cuauhtémoc arrogante;

recuerda del bosque augusto
las ricas fiestas triunfales
y los cánticos sagrados
de sus danzas y sus bailes;
recuerda que coronadas
de rosas y de azahares
brillaban más que la aurora
sus pudorosas beldades,
y que sus mancebos eran
leones en el combate
y palomas al cantar
sus versos y madrigales.
Pero ¡ay! que sólo quedan
escombros tristes y humeantes
de aquel pasado glorioso
de aquella raza gigante
que en el comercio y la industria.
en las ciencias y las artes
produjo máximos genios.
legó monumentos tales
que han cantado los poetas
y admirado las edades.
Hoy dondequiera se escucha
rumor de espuelas y sables
y del látigo el crujir
rompiendo desnudas carnes.
Derrumbáronse sus templos,

profanaron sus altares,
fueron ahorcados sus príncipes,
y entre violencias y ultrajes
robáronles el honor
á sus risueñas beldades.
Por eso mortal tristeza
se cierne sobre sus valles,
en sus lagos, en sus bosques
y en sus nevados volcanes.

II

Como el destello que alumbra
la lobreguez espantable
del abismo en que se ahoga
una raza entre su sangre,
la voz del Anciano Héroe
difundiendo claridades
hizo á un mundo comprender
las desdichas sin iguales
que bajo el duro gobierno
de sus amos implacables
cual único patrimonio
el Porvenir reservábale.
La Buena Nueva voló
con impulso centellante
por páramos y vergeles,

por rancherías y ciudades..
Hondamente conmoviéronse
todas las clases sociales
y rugieron como rugen
embravecidos los mares:
unos el final veían
de horrible opresión salvaje,
y otros la ruina segura
de su poder y caudales.
Por eso al saberse en México
el espantoso desastre
que sufrieron en las Cruces
los soldados virreinales,
tal terror se apoderó
del gobierno y los magnates
que hasta en el fondo sombrío
de los claustros sepulcrales
ocultaron sus familias
y riquezas incontables;
mas aviesa la fortuna
dispuso que se alejasen
de la gran Tenoxtitlán
los insurrectos triunfantes,
mandándole un ¡adiós!
á la reina de aquel valle
que tiene por centinelas
dos magestuosos volcanes,

retrocedieron después
de opinar sus capitanes
unos en contra ó en pro
de movimiento tan grave.
Una década terrible
de luchas y heroicidades
pasaría para volver
á derramarse en el valle
del sol de la libertad
las divinas claridades.
En tanto, tétricas nubes,
rojos vapores de sangre,
entoldarían con su sombra
los templos y los alcázares
de la cautiva beldad
señora de las ciudades
que se alzan del Septentrión
á los altísimos Andes.

VIII

LA BATALLA DE ACULCO.

I

Desandando las montañas,
repasando los senderos
que escalaran como cóndores
los caudillos insurrectos
descienden por el camino
que formando vericuetos
conduce desde Toluca
á la ciudad de Querétaro.
Después de cuatro jornadas
distinguen allá á lo lejos
el cuadro triste y sombrío
de un melancólico pueblo.
Es Aculco (San Jerónimo)
que al pie de estériles cerros
indolente desparrama
sus jacals cenicientos.
Hacen alto los indianos;
y los últimos reflejos
van del sol á juguetear
sobre el ancho campamento.
Negras sombras poco á poco

de los montes van cayendo
y en sus mortajas y pliegues
el paisaje queda envuelto.
Sólo las tristes hogueras
con su rojo parpadeo
iluminan la montaña
como cráteres sangrientos.

II

Mas allá, tras un recodo,
y á las espaldas del pueblo
los realistas vivaquean
confiados, somnolientos;
en pabellones descansan
los fusiles, y no lejos
de Arroyozarco las trojes
se levantan como espectros.
Calleja se halla en persona
al frente de aquel ejército
con potente artillería
y magníficos pertrechos.
Sus avanzadas recorren
olfateando cual sabuesos
la maleza y los peñascos
de aquél paraje desierto.
Así discurren las horas
y del alba al reverbero

se miran cinco columnas
de guerreadores iberos.
Como manga de tormenta
dirígense hasta los cerros
donde Allende los recibe
con cataratas de hierro;
retroceden, y formando
línea candente de acero
sobre los indios disparan
sus relámpagos y truenos.
Pronto Calleja dispone
terrible, audaz movimiento
que con furia va á envolver
la espalda del insurrecto.
Los indígenas se aturden
y sin orden ni concierto,
se retiran al azar
por encontrados senderos:
Allende va á Guanajuato
de mal humor y violento,
en tanto á Valladolid
Hidalgo marcha sereno.

III

Desesperado Calleja,
al ver de sus garras lejos
á los héroes que soñara

ver en cadalso cruento,
descargó toda su rabia
en los pobres prisioneros
que quintados allí mismo
con entereza murieron.
Desde entonces en la falda
de aquellos pelados cerros
vense en la noche vagar
largas hileras de espectros.
El viajero ó peregrino
que los mira desde lejos,
siente en su alma palpitar
todo un mundo de recuerdos;
y una voz que eterna vibra
como de Dios el acento,
le dice que los valientes
que en ese campo cayeron
firmaron con noble sangre
la Independencia de México

IX

EL DEGÜELLO.

I.

Tras las hermosas montañas
do Guanajuato se esconde
como sultana oriental
entre alcázares de bronce,
se escucha horrible el fragor
que producen los cañones
y la ronca gritería
de indígenas y españoles.
Calleja, el feroz Calleja,
marcha seguido de un Conde, (*)
que ha jurado no dejar
del insurgente ni el nombre.
Al compás de los clarines
y al toque de los tambores
la española infantería ,
se adueña de aquellos montes,
y la hueste americana,
sin armas ni municiones,

(*) D. Manuel Flon, Conde de la Cadena.

retrocede ante el empuje
de fuerzas tan superiores.
Los heróicos barreteros
sucumben como leones
en defensa de su patria,
de su honor y de sus dioses:
y después de horrible lucha
con su bandera en girones
se retiran poco á poco
los indianos luchadores.

II

Como hienas que hambre tienen
ó cual tígres en el bosque,
por calles y por plazuelas
se extienden los españoles.
Vibra el toque de degüello
y á sus terríficos sones
se alzan horcas y patíbulos
con sus escenas de horrores:
mueren ancianos y niños,
lindas mujeres y jóvenes,
y de sangre los raudales
forman siniestros rumores.
Como genios del averno
todas las calles recorren
Calleja, el feroz Calleja,

siempre seguido del Conde
que ha jurado no dejar
del insurgente ni el nombre.
Cuando la matanza impía
crece en su furia y horrores,
de un Apóstol del Señor (*)
la voz augusta se oye:
apostrofa á los sicarios
y dirigiéndose al Conde
de la Cadena, que absorto
contemplaba al sacerdote,
"Señor, le dice, mandad
"que cesen ya vuestras órdenes;
"no matéis ya más hermanos
"entre torturas atroces.
"Esas gentes que ahí véis
"son inocentes, si fueran
"criminales, vagarían
"fugitivas en los montes:
"yo os lo pido, os lo demando
"por este Dios que en el último
"día de los tiempos verá
"lo que son vuestras acciones."
Al influjo sacrosanto
de la voz del sacerdote

(*) Fray José de Jesús Belanzarán.

cedieron en su barbarie
los soldados españoles.
En tanto, lúgubres sombras
de triste y lluviosa noche,
de la ciudad envolvían
los palacios y las torres,
y como ronca protesta
de fantásticos clamores
las campanas sacudían
sus duras lenguas de bronce

X

EL PUENTE DE CALDERON.

I

Unas lomas escarpadas
cerrando el Norte y el Este;
un riachuelo (*) tortuoso
destrenzando su corriente
al pie de rocas enormes,

(*) Calderón, río pequeño que atraviesa de Sur á Norte aquellas lomas, en una extensión aproximada de tres kilómetros.—N. A.

puntiagudas, que se yerguen
como guardianes adustos
de inmensos valles estériles;
humildes chozas clavadas
en la rojiza pendiente
sombrada de casahuates
garambullos y magueyes;
pequeños hatos de cabras
rumiando el retoño verde
de mezquites y granjenos,
y de huizaches hirientes;
grandes bandadas de tordos
cual nubes negras cerniéndose
sobre los rastrojos secos
que embalsaman el ambiente;
por los estrechos huamiles
con paso tardo las reses
descendiendo á la cañada
á buscar alguna fuente,
y hacia el Sur, en la llanura,
sobre el riachuelo que duerme
dos pasamanos pequeños
á ambos lados de un puente:
eso era Calderón, (*)

(*) Campo escogido por Allende y Abasolo para esperar á Calleja que se acercaba á Guadalajara por el rumbo del Bajío.—N. A.

de Enero el día diecisiete
de mil ochocientos once,
al resonar prepotentes
las descargas espantosas,
los estallidos de muerte
de la hispana artillería
y cañones insurgentes.

II

Amanecía; y la aurora
derramaba luz tan tenue,
que los árboles del valle
y del río los ahuehuetes
semejaban escuadrones
de monstruos, sobre corceles
alados como las hidras
que los cuentos nos refieren.
Soplaba un aire glacial
tan áspero é inclemente
que arrasaba la campiña
con sus ráfagas aleves,
y rugiendo en los barrancos
y en las peñas retorciéndose,
bramaba como pantera,
silbaba como serpiente.
De pronto, desde la cima
de aquellas lomas agrestes,

oyóse de los clarines
la música enardeciente,
y, monstruoso, dilatado,
como el flujo que se extiende
bañando el negro confín
de algún ancho continente,
un ejército surgió,
masa confusa de seres,
cubriendo montes y llanos
con sus banderas y trenes:
más de noventa cañones (*)
en los riscos descubriéndose
dorados con el fulgor
que cabrilleaba en el Este,
y en la cúspide sombría,
arrogantes, imponentes,
domando briosos caballos
los capitanes rebeldes.

(*) La mayor parte de esa artillería fué traída de San Blas, significando su transporte uno de los episodios más bellos y conmovedores de aquella época de abnegación y patriotismo: allí el hombre, sin los recursos de la ciencia, luchó con la Naturaleza más bravía en el largo trayecto de cien leguas, cargando en hombros aquellas pesadas máquinas de guerra, y, como dice don Carlos M. Bustamante, "regando materialmente la tierra con el sudor de su cuerpo." —N. A.

III

Más allá, tras la llanura
que espira junto al riachuelo,
tres columnas aparecen
de guerreadores iberos.
Soberbia caballería
destácase protegiendo
los flancos de aquella nube
relampagueante de acero;
y á su frente, diez cañones
mortíferos y ligeros,
caminan á vomitar
sus cataratas de hierro.
Son las tropas de Calleja
que avanzan hacia los cerros
á atacar las baterías
del ejércieo insurrecto:
Flon se arroja por la izquierda (*)
con tal ímpetu y denuedo

(*) "Calleja dispuso que don Manuel Flon, "Conde de la Cadena, acometiese por la iz-"quierda; don Manuel Emparán por la de-"recha y don José María Jalón por el cen-"tro; en tanto que él (Calleja) se quedaba "con las reservas, para ocurrir á donde con-"viniera."—**Dr. Mora.**

que logra pasar el río
lanzando gritos guerreros.
Abasolo (1) le recibe
y es el choque tan sangriento
que el campo todo se cubre
con los heridos y muertos.
Al frente, desde las lomas
disparan todos los cuerpos
que á las órdenes pelean
de Torres (2) bravo y sereno

---

(1) Abasolo recibió órdenes de Allende para que con una gruesa división se situara al pie de las lomas y disputase á los realistas el paso del Puente.—N. A.

(2) Don José Antonio Torres, el adalid que hizo ondear sobre las torres de Guadalajara el sacrosanto lábaro de la Independencia, fué ajusticiado en aquella plaza el 23 de Mayo de 1812, después de pasearlo, por escarnio, en una carreta, por las calles de la misma ciudad. Su sentencia la firmaron don Juan J. de Sousa y Viana, don Francisco Antonio de Velasco, don Manuel García de Quevedo y don Domingo María Gárate, influenciados por el odio mortal que hacia el héroe sentía el comandante militar de la Nueva Galicia, don José de la Cruz, cuya saña de tigre llegó hasta el extremo de mandar descuartizar el cadáver del mártir, clavando sus miembros venerandos en los puntos más concurridos de la ciudad.—N. A.

y su enorme batería (*)
hace fuego tan certero
que el Conde de la Cadena
es rechazado y envuelto.
Los dragones de San Luis
y los de Puebla y Querétaro
acuden en su defensa
formando dos regimientos;
pero las tropas de Torres
á los llanos descendiendo
los arrollan y persiguen
hasta sus últimos puestos.
Vuela en persona Calleja
mandando sus Granaderos,
el Batallón de Patriotas,
de Frontera el Regimiento
y de Río Verde también
el cuerpo de Escopeteros;

(*) Allende, que dirigió en jefe esta batalla, apoyó su defensa estableciendo tres baterías: la principal, situada en la loma que ve al Puente, se componía de 67 cañones, y la defendía el grueso del ejército á las órdenes de Torres; á la izquierda de ésta, se encontraba la segunda, con 12 cañones, á las órdenes de Aldama; y pasando el río, en una altura que se extiende de Oriente á Poniente, se hallaba la tercera, con 7 cañones, á las órdenes de Portugal.—N. A.

y abalanzándose al puente
en un empuje tremendo,
va á cruzar sus bayonetas
con los bravos insurrectos.
Viendo Allende ese aluvión,
manda en el acto refuerzos
que disputen con su sangre
palmo á palmo aquel terreno:
y tras de horrible luchar
desesperado y cruento,
Calleja abandona el Puente,
desesperado y corriendo. (*)
En tanto, por la derecha,
Jalón, que mandaba el centro,
va en socorro de Emparán
que se encontraba maltrecho.
Portugal y el bravo Aldama
pronto sálenle al encuentro,
y en las rocas y declives
bregan y luchan cual buenos

IV

Ya el astro de la victoria
sus fulgores derramaba

(*) "Retiréme del Puente porque tenía delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición."—Parte de Calleja al virrey.

sobre el pendón que lucía
la hermosa Virgen Indiana.
cuando súbito cayó
terrorífica granada
sobre los carros de parque
de las tropas mexicanas:
un horroroso estampido
hizo temblar la montaña,
cual si con furia un volcán
dentro su seno bramara;
y en el espacio torciéndose
gigantesca llamarada,
el seco pasto incendió
que en las laderas se alzaba.
En ese instante aflictivo
desató sus negras ráfagas
un huracán espantoso
que los árboles tronchaba:
y con rigor infernal
ondas purpúreas de llamas
á la faz de los indianos
constantemente lanzaba.
Calleja presto informóse
de la ayuda inesperada
que ciega Naturaleza
en tal apuro le daba,

y deseando aprovechar
tan terrible circunstancia,
todas sus fuerzas lanzó
contra las huestes indianas.
Aquellas masas enormes (1)
de gente desharrapada,
careciendo de instrucción (2)
de disciplina y de armas, (3)

---

(1) De los noventa y seis mil insurgentes que asistieron á la batalla de Calderón, no excedían de siete mil los que estaban menos que medianamente instruidos y organizados.—N. A.

(2) "En Guadalajara, en los pocos días "que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo "se dedicó á organizar y disciplinar siete "batallones de infantería, seis escuadrones "de caballería y dos compañías de artille-"ros, que tenían por todo tres mil cuatro-"cientos hombres." Dr. Mora.

"La infantería arreglada se situó tras de "las baterías en otras tantas columnas ce-"rradas: la caballería de la misma clase, "se colocó en los flancos de las baterías pa-"ra apoyarlas: los flecheros debajo de ellas, "y en el llano que se hallaba á la izquierda "quedó al mando de Hidalgo lo que podía "llamarse la reserva, y que se componía de "una multitud incontable de gente sin disci-"plina, y en la que se encontraban más de "15,000 caballos."—Dr. Mora.

(3) "No llegaban á mil quinientos, viejos "y recompuestos, los fusiles de los insurgen-"tes, por lo que procedieron á la fabricación

pronto sintieron el pánico
y, huyendo á la desbandada,
internáronse en la selva,
perdiéronse en la montaña.
En vano Allende intentó
con unas fuerzas escasas
contener el recio empuje
de las columnas hispanas,
tuvo en breve que ceder
al número y á la táctica,
emprendiendo poco á poco
y en orden la retirada.

V

Estupefacto Calleja
ante el triunfo inopinado
que la fortuna le dabe
de Calderón en los campos;
se abstuvo de perseguir
á aquellos hombres tan bravos
que aún en derrota infundían

"de pequeñas granadas para lanzarlas con "hondas, y cohetes enormes con flechas ó "púas agudas de hierro que se debían arro-"jar á la caballería."—Bustamante. Cuadro Histórico.

en su espíritu el espanto;
sólo Flon el implacable
como tigre sanguinario
con su escolta se arriesgó
tras de Allende y sus soldados.
Al comprender el caudillo
los intentos del hispano,
dió media vuelta y cayó
sobre éllos como rayo:
el Conde de la Cadena
mordió los rojos peñascos,
que, cual guardianes adustos,
velaban aquellos campos;
é iracundos los indígenas,
su cadáver pisotearon.
recordando la barbarie
de aquel hombre en Guanajuato.

VI

En tanto la noche hundía
entre sus sombras arcanas,
los harapos y banderas
de la hueste americana:
y extendiendo por los vientos,
y rasgado por las balas,
magnífico y arrogante
con honor se retiraba

el pendón en que lucía
la hermosa Virgen Indiana.

XI

HIDALGO EN EL DESIERTO.

Viendo al Norte, cual marino
que zozobra entre los mares,
cruza el indiano caudillo (*)
por agrestes soledades.
Le acompaña ingente turba
con sus coches y bagajes
que asemejan de ancho río
los tumultuosos raudales.

(*) Después del desastre de Calderón, reuniéronse los jefes insurgentes en la hacienda del "Pabellón," cerca de Zacatecas, y allí, en conferencia solemne, Hidalgo entregó á Allende el mando en jefe de las tropas revolucionarias; conviniendo, además, en dirigirse inmediatamente rumbo á los Estados Unidos del Norte, para hacerse de armamento y gestionar cerca de aquella nación el reconocimiento de la Independencia Mexicana.—N. A.

¿Qué destino, ó quién dispuso
que en las arenas enclave
lúgubres tiendas un pueblo
que busca sus libertades?
¡La adversidad le ha negado
la victoria en los combates,
y le espera la agonía
de las noches invernales....!
Bajo un cielo siempre obscuro
de tristísimos celajes,
va á encender sus luminarias
y á levantar sus altares,
altares de peregrino,
fogatas de caminante
que se aleja á tierra ignota
á buscar sus libertades:
Por eso marchan al Norte
Hidalgo y sus capitanes
desafiando la inclemencia
de espantosas soledades;
pero un monstruo más horrendo,
y en sus iras, implacable,
les aguarda á poco andar
con ansia de devorarles.
La traición más horrorosa,
más inícua, abominable,
tuvo por teatro sombrío

aquellos tristes lugares.
Elizondo, (*) cuyo nombre
causa horror á las edades,
fué el fatídico instrumento
de manejos detestables...

. . . . . .

¡El anciano sin mancilla,
el creador de heroicidades
allí cautivo quedó
de las tropas virreinales.....!
Allende, el sin par Allende,
impetuoso y arrogante
su revólver disparó
sobre el rostro del infame;
pero en vano, allí el destino,
duro y cruel, incontrastable,
señalaba el ¡hasta aquí!
de patriotas sin iguales.

(*) En las primeras horas de la mañana del 21 de Marzo de 1811, un tal Elizondo, jefe insurgente vendido al gobierno virreinal, capturó, en Acatita de Baján, á Hidalgo y demás jefes que lo acompañaban. Condújolos á Monclova y de allí á Chihuahua en donde hicieron su entrada el 25 de Abril.

XII

EL PATIBULO.

I

Sollozantes las campanas
de Chihuahua, allá á lo lejos
mandan sus roncos clamores,
envían sus tristes lamentos:
parecen de almas en pena
los quejidos lastimeros,
esas voces que del monte
los ecos van repitiendo.
Trémula luz matutina,
vacilante en sus reflejos,
va muriéndose en la sombra
de nubarrones espesos:
y cual cirio entre crespones,
lúgubres galas de muerto,
deja ver sobre la bruma
pálido sol sus destellos.
La neblina se hace densa,
y, su mortaja extendiendo,
ciñe cúpulas y torres,
cubre campiñas y cerros.

Las avecillas se asustan.
y en su terror, vuelan lejos.
de Chihuahua y sus jardines.
de Chihuahua y sus desiertos.
Las arboledas umbrías
callan, atentas oyendo
el doblar de las campanas
de los lejanos conventos;
y en las alas de la brisa,
y en el rumor de los céfiros
gimen los roncos clarines.
lloran los parches guerreros.
¿Qué dice, ó qué significa
esa aflicción, ese duelo
que presenta la Natura
y se descubre en el pueblo
que cual las olas del mar,
choca en los muros espesos
de un edificio sombrío,
antiquísimo y enhiesto?
¿Qué expresa el hondo gemir
de las auras y los vientos,
y esa queja dolorida
de fuentes y de arroyuelos?
¿Por qué lloran las campanas,
y por qué tocando á muerto
arrancan del corazón

desgarradores lamentos?
La justicia de los hombres
defendiendo los derechos
que la conquista otorgara
á audaces aventureros,
ha sentenciado á morir
al varón augusto, excelso,
que lograra conmover
ocho millones de siervos;
y después de torturar
su noble espíritu inmenso.
atribuyéndole viles
retractaciones y miedo
que tendían á obscurecer
de su causa lo sincero,
la Inquisición lo entregaba
á aquel terrible gobierno
que, regido por Venegas.
despótico y altanero,
había jurado verter
la sangre del insurrecto.

II

¡Vedle ya cómo camina
con el semblante risueño
de los que abrigan una alma
colosal dentro del pecho!

Su ingente calma es mentís
á los procaces arteros
que intentaran empañar
con sus embustes perversos
la eterna gloria, el valor
de Caudillo tan excelso!
¡Vedlo ya con la dulzura
del sér simpático y bueno
ofrecer á sus verdugos
un regalo, y un recuerdo;
y al escuchar del tambor
los roncos sones guerreros,
adelantarse al lugar
del sacrificio sangriento....!
¡Vedlo, en fin, arrodillarse
tranquilo, ocupando el centro
de cuadro que parpadea
con respiandores siniestros:
su mirada es apacible
de magestuosos destellos
y se clava en el azul
inmaculado del cielo:
escucha con atención,
con cariño y en silencio
las dulces exhortaciones
de sacerdote discreto.
Y al fulgurar imponente

la espada que ordena ¡fuego!
se derrumba noble y digno
sin proferir un lamento;
sólo en sus labios palpita
el suspiro postrimero
que va hasta Dios demandando
la Independencia de México.

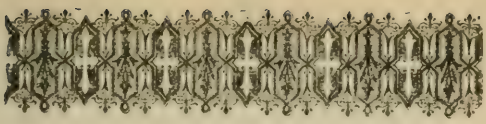
XIII

APOTEOSIS.

No satisfecho el rencor
de aquellos hombres infames
con derramar de los héroes
la noble y bendita sangre,
les cortaron las cabezas,
y, con odio de salvajes,
dejáronlas insepultas....
¡desalmados! ¡miserables!
Y para colmo de escarnio,
de ignominia y de maldades,
las colocaron en jaulas
de negro hierro punzante;

y en un castillo sombrío
de paredones feudales,
colgáronlas para espanto
de venideras edades.
¡Hidalgo, Allende, Jiménez
y Aldama, sublimes mártires,
esas jaulas oprobiosas
hánse trocado en altares,
á cuyos pies todo un mundo
prorrumpe en cantos triunfales
de gloria y de gratitud
á vuestros hechos gigantes;
y en el curso de los tiempos,
y al volar de las edades,
siempre os darán los poetas
sus más hermosos cantares.....!

RAFAEL RUIZ RIVERA.



MORELOS

I

EL JURAMENTO DE UN HEROE.

I

Es de noche, y en las selvas
del abrupto Veladero,
percíbense los rumores
que al andar van produciendo
los infantes y caballos
de un valeroso insurrecto.
Densas nubes encapotan
los lindes del ancho cielo,
y sólo de cuando en cuando
su belleza descubriendo
la luna, la nívea luna,
marca el angosto sendero.

Los árboles se doblegan
con los alazos del viento;
y en el fondo inextricable
de matorrales y setos
se escucha de los leopardos
el resoplido siniestro.
Las lechuzas en las ramas
mueven los ojor inquietos
atisbando á los que rompen
la eterna calma, el sosiego
de aquella virgen natura,
de aquel boscaje desierto.

II

Cuando los fantasmas llegan
que tal parecen por cierto
al lugar más escondido,
al paraje más escueto,
resuena la voz de "alto"
que obedecen al momento.
Erguido como alto roble,
robusto cual un abeto,
se adelanta majestuoso
el jefe de los guerreros;
y rebasando la cima
de aquellos picos enhiestos,

se detiene á contemplar
los horizontes inmensos.

¿Qué descubre su mirada?
¿Qué adivina allá á los lejos?
Es un monstruo que aparece
llenando el confín incierto
con su espinazo de nieblas
y su bramar sempiterno;
furibundo se estremece,
y en hostil sacudimiento
quiere ahogar á las estrellas,
quiere lanzarse hasta el cielo.

Sobre su lomo retumba
del huracán el flagelo,
cabalgan las tempestades
con horrísono serpeo;
mas dominando el fragor
de relámpagos y truenos,
se oye la voz poderosa,
se oye la voz del guerrero
que increpando á la fortuna
tan adversa á sus anhelos
jura jamás envainar
avergonzado su acero
mientras estruje á la patria,
mientras profane su suelo

la maldad de los hispanos,
la ambición de los iberos.

III

¿Quién es el ser singular
quién es el hombre sin miedo
que acercándose hasta el mar
en las alas de su genio
va con su espada á tocar
la puerta de un monumento
que el despotismo feudal
llenó de pólvora y hierro?
¿Quién es que jura luchar
hasta el último momento
por su patria y por su hogar
contra el audaz extranjero?
Nació en la linda ciudad
que arrulla dulces ensueños
velada por un titán
denominado "Quinceo."
Lo más bello de su edad
pasó cruzando los cerros,
la espesura virginal
del Sur ardiente de México;
y allá en el ancho palmar,
bajo exúberos mangueros,

al rugir el huracán
doblando pinos y cedros,
comprendió la libertad
en la aspereza del viento.
Habló le de ella el turpial
desde el alto cocotero,
la guacamaya locuaz
y los gorriones parleros.
Contemplóla en el cristal
del escondido arroyuelo
que libre va á fecundar
las entrañas del desierto;
en la lumbre sideral,
en los pálidos reflejos
que discurren sin cesar
la extensión del firmamento.
Tradújola en el bramar
de los leones sedientos
disputando un manantial
entre "cayacos" y ceibos.
Aprendióla al restallar
el oleaje violento
sobre el agrio peñascal
de los morros gigantescos.
Y escuchando en el volcán (*)
de horrible cráter sangriento

(*) Popocatepetl.

el plutónico roncar
y los herbores siniestros,
palpó la lucha tenaz,
sintió el empuje tremendo
que es constante y natural
en las cosas y en los pueblos.
Y después de abandonar
los encantos del desierto,
buscó en el templo un fanal
arrastrado por su tiempo;
y allí en horas de solaz
á los clásicos leyendo,
libó el jugoso panal
de Cicerón y de Alceo;
y en su patriótico afán,
gratos y dulces anhélos,
soñó en la tierra inmortal
de los romanos y griegos:
pero vano delirar,
doquier miraba un espectro
que con segur infernal
tronchaba vidas sin cuento.

IV

Tres meses han trascurrido
desde que en un lugarejo (*)

(*) S. Miguel Charo.

cercano á Valladolid,
verificóse un encuentro
que de hazañas y de glorias
fué un manantial, un venero.
Vivaqueaba á la sazón
en las afueras del pueblo
la muchedumbre confusa
del ejército insurrecto,
cuando el héroe de Dolores,
rodeado de subalternos,
escuchó las confidencias
de un presbítero viajero.
Era éste en sus maneras
algo rudo, un poco envuelto
pero en cambio, en su mirada,
relampagueaba del genio
la chispa que había de arder
como un volcán gigantesco.
Vestía las ropas talares
y en la cabeza un pañuelo
velaba con su penumbra
un enérgico entrecejo.
Era su voz la tormenta
que en el azul percutiendo
rodaba como cascada
por el ancho campamento;
describía con entusiasmo

sus belicosos proyectos,
sus risueñas esperanzas
y sus ardientes deseos
de ver á la Patria libre
sin opresores ni dueños;
recordaba el heroísmo
de Cuauhtemoc el excelso,
su bravura sin igual,
su entereza y su denuedo;
y electrizada su alma
con el épico recuerdo
de aquel monarca viril,
de aquel ilustre guerrero;
ansiaba verse en el campo
de la lucha, combatiendo
por vindicar de su raza
los más sagrados derechos.
Conmovido el padre Hidalgo
Allende y sus compañeros
al oír aquel lenguaje
tan persuasivo y sincero;
no pudieron contener
la admiración en sus pechos;
ofreciéronle la mano,
su amistad y sus afectos,
en tanto que el alto Jefe,
en un papel escribiendo,

lo nombraba coronel
del ejército Insurrecto.
—"Tomad, le dijo, y partid
"hacia el Sur, y pronto espero
"recibir la fausta nueva
"de que en la costa sintieron
"flamear cortante la espada
"del invencible Morelos."

V

Breves instantes después
sólo, en humilde jamelgo,
dirigíase á su curato
el presbítero viajero,
el bisoño coronel,
que sin ningún elemento
iba á Acapulco á medir
sus fuerzas con los iberos.

II

EL BAUTISMO DE SANGRE.

I.

Tendidos en la llanura
y apoyándose en un monte,
los insurgentes aprestan
sus lanzas y sus bridones.
Al campo llegan jadeantes,
los vigías y exploradores
y anuncian que Páris viene
con mil quinientos leones.
Las avanzadas se pliegan
y en la espesura se esconden
para formarse en compacta
columna de tiradores.
Morelos en briosa yegua
el campo todo recorre
animando á sus soldados
á batir los españoles.
Sobre la cresta sombría
de unos peñascos informes
Galeana coloca á "El Niño"
con todas sus dotaciones;

y aguijoneando un corcel
veloz como los condores,
va á escuchar del general
las breves disposiciones:
éste á la cúspide monta
de aquellas rocas enormes
á investigar el espacio
por donde espera que asome
la negra nube cargada
de elementos destructores.

II.

En tanto por el Oriente
despuntan los arreboles
y bañan de rosa y oro
los distantes horizontes.
Resuenan las armonías
de mil pájaros cantores
que al saludar á la autora
se despiden de la noche.
Al suspirar de la brisa
muévense plantas y flores
y el espacio se satura
de frescas emanaciones.
La plegaria matinal
que á Dios elevan los bosques,

tradúcese en el rumor
de los pinos y los robles.

III

Apenas un sol de fuego
se cierne sobre los montes,
derrochando su caudal
de mágicos esplendores,
cuando Morelos descubre
surgir allá por el Norte
una inmensa polvareda
que obscurece el horizonte;
y cual si en alas viniese
de los fieros aquilones,
pronto llega, presto invade
la extensa llanura donde
serenos los insurgentes
aguardan tremendo el choque.
Indistintos y confusos
van llegando los rumores
como de hierros que chocan
y de caballos que corren;
y heridos por el fulgor
de ígníferos resplandores
colúmbrase el centelleo
de fusiles y cañones.

Como una tromba se acercan
furiosos los españoles
á escarmentar á sablazos
á aquellos perturbadores
del orden y de las leyes,
que, "como maternos dones
dignárase España dar
en bien de estos moradores."

IV

Morelos baja impasible,
arenga á sus batallones,
y empuñando férrea lanza
á la vanguardia se pone;
le siguen entusiasmados
en negros potros veloces
Galeana con sus costeños
valientes como leones.
Comienza el ruido marcial
de clarines y tambores;
y al grito de ¡Viva América!
que exalta los corazones,
el jefe de los hispanos
con sus trompetas responde
lanzando á paso de carga
de hierro sus escuadrones.

Con la violencia del rayo
se encuentran los contendores,
se arrollan y se exterminan
á lanzadas y mandobles.
Por los aires vuelan trozos
de armaduras y morriones,
de miembros ensangrentados
horrorosos y deformes

La llanura se estremece,
las montañas y los bosques,
al estallar las granadas
y detonar los cañones;
alaridos espantosos
al caer lanzan los hombres
partidos por la metralla,
deshechos por los bridones.

La tierra se inunda en sangre
que ardiente á raudales corre,
y de cadáveres se alzan
terroríficos montones.

Morelos crece en la lucha,
se prodiga, se antepone
donde quiera que la muerte
con su séquito de horrores
más víctimas despedaza
entre torturas atroces;

y cual si fuése relámpago,
vuela en todas direcciones
ordenando movimientos
que los realistas feroces
no pueden menos que ver
con espanto y con temblores.
Tres veces lo han atacado
con ímpetu de tifones
los bizarros descendientes
de los tercios españoles,
y otras tantas, rechazados,
en confusión y desórden,
han mordido la aspereza
de aquellos épicos montes;
y al extinguirse en Ocaso
los nítidos resplandores
de aquél sol que presenciara
tan gigantescas acciones,
se retira el enemigo
exhausto ya, sin vigores
buscando donde alojar
sus diezmados batallones.

V.

Jonaltepec es el campo
que en sus breñales esconde

la retirada fugaz
de las hispanas legiones.
Silencio profundo reina
en todos sus derredores
que yacen entre la sombra
de obscura y lluviosa noche;
cuando súbito se escuchan
terribles detonaciones
que parten del fondo mismo
de las arboledas, donde
disfrutan de dulce sueño
los incautos españoles.
Trepida el cerro y el llano,
incéndiase el horizonte,
y fragorosas, vibrantes
retumban claras las voces
que gritan ¡viva Morelos!
¡Mueran los dominadores!
El pánico se apodera
de infantes y de dragones
que á la desbandada huyen
sin rumbo fijo ni norte;
el propio Páris revela
tal terror en sus acciones,
que, inconsciente, por Morelos
pregunta á sus vencedores.

VI.

Prisioneros y fusiles,
víveres, parque y cañones
fueron el rico botín
que dejaron esa noche
en poder del gran Morelos
de Castilla los leones.

III

EL FUERTE DE ACAPULCO.

Era una noche obscurísima,
en hora muy avanzada,
cuando Morelos llegó
con sus tropas á la rampa
de aquél soberbio castillo
cuya mole gris, titánica,
refléjase en el cristal
de las purísimas aguas
que de Acapulco acarician
las costas embalsamadas.

Sobre el fondo de la noche
la fortaleza se alzaba,
como un pájaro monstruoso
abriendo sus negras alas.
El silencio más profundo
dentro y afuera reinaba,
cual si en aquellos contornos
alma alguna se encontrara;
sólo el pausado rumor
de las olas en la playa
mansamente interrumpía
de aquella noche la calma.
Llega el caudillo á la puerta
seguido de Galeana;
y á poco del interior
por Morelos preguntaban;
al oír la negativa
por él mismo aconsejada,
de roja luz se bañaron
las torres y barbacanas.
El edificio tembló
con el fragor de las armas,
y los cañones surgieron,
y silbaron las granadas;
y al redoblar con furor
las mortíferas descargas,
la hueste se desbandó

que al caudillo acompañara;
éste, ceñudo, sombrío,
con fiereza contemplaba
aquél cuadro aterrador,
aquella horrible matanza;
y al mirar que sus soldados,
cobardes vuelven la espalda,
á un angosto sendero
indignado se adelanta;
y derrumbándose allí,
con voz iracunda clama:
"Que pasen por este puente
"los cobardes, la canalla,
"que apenas oyen un tiro
"como liebres se amilanan."
Los fugitivos al ver
pundonor y audacia tanta,
retroceden, y á su jefe
de la tierra lo levantan;
y al escuchar el clarín
que á sus puestos los reclama
se forman para emprender
con honor la retirada.
En tanto crece el rumor,
de las olas en la playa,
broncamente interrumpiendo
de aquella noche la calma.

IV

LA TOMA DE TIXTLA.

I

Es un blanco amanecer,
de esos que sólo han visto
los que pasan su existencia
en el Trópico florido;
mañana linda y serena
de dulce esplendor y brillo,
de sonrientes armonías
como el lenguaje de un niño.
Brota el alma cual paloma
de alas níveas y aureo pico,
y volando del Oriente,
de perlas y de zafiros
la senda alfombra del astro,
del astro su bien querido.
Canta el cielo, y en su clámide
que es de azul bello y tranquilo,
festones cuelgan de oro,
de púrpura y de jacinto.
Los campos ríen, y en su fabla
de rumores infinitos,

saludan al día que viene
y entónanle un epinicio.

II.

Gasa leve, inmaculada,
cual un cendal marfilino,
de la sierra va á posarse
sobre el blanco caserío
de Tixtla, el hermoso pueblo
que despierta á los vagidos
del céfiro que ha robado,
en sus incansables giros,
el blando aroma del cedro,
la rica esencia del pino.
Bandadas de cuitlacoches
alegres dejan el nido,
y en el follaje desgranan
sus melancólicos himnos.
Las silvestres florecillas
que orgullo son del Estío,
abren con ansia su seno
de pasión estremecido,
al presentir las caricias
y los besos del rocío;
y mil hálitos emergen,
arrobadores, divinos,

que la atmósfera trasuntan
del Edén, del Paraíso.
Las fuentes murmuradoras,
los torrentes y los ríos
su eterna canción modulan
bajo la arcada de encino,
dentro los muros hojosos
del bosque austero y sombrío;
que allí donde la Natura,
de las frondas alza el ritmo,
más grandiosa es la armonía
del despertar matutino.
Mas turbando aquél concierto,
eschúchanse de improviso
de los clarines hispanos
los penetrantes tañidos;
lanzan el toque de alarma
y anuncian que el enemigo
está á la vista, y pretende,
temerario y decidido,
asaltar la población
á sangre, fuego y cuchillo.

III.

Sobre el despejado fondo,
de aquél cielo nacarino,

se yergue como baluarte
de un imponente castillo,
la mole vetusta y gris
de un campanario macizo;
al través de sus cornisas
y capiteles corintios,
arcabuces y mosquetes
fulguran con rojo brillo;
por sus ojivas angostas
y ventanales antiguos,
los grandes cañones muestran
su espantable poderío
y enfilando con sus bocas
las calles y los caminos,
esperan sólo que suene
de combate el fiero grito
para pronto vomitar
la muerte con sus rugidos.

Cerrando las bocacalles
se alzan trozos de granito,
montones de roja tierra
y gruesas vigas de pino;
y tras los densos reductos
conque se hallan defendidos
los cuarteles de Guevara,
de Fuentes y de Cosío,

los sables y bayonetas,
con fulgor adamantino,
se mueven como las olas
de mar inquieto y bravío.

IV.

En tanto que los de España
con su valor no mentido
se aprestan para la lucha
alborozados y listos;
en el campo independiente
la diana vibra y los himnos
que del pecho del soldado
acrecientan los latidos.
Fogosas caballerías
atruenan con sus relinchos
los fragosos altozanos
y los barrancos umbríos;
y al herir sus cascos férreos
los duros y ásperos riscos,
arrancan del pedernal
chispazos de fuego vivo.
La voz tonante se escucha
de Morelos el invicto
que dirige á sus guerreros
discurso breve y conciso:

—¡Camaradas!

Ha llegado
el momento decisivo
de probar á los iberos
cuánto valor y heroísmo
se encierran dentro del alma
del mexicano oprimido;
es ya tiempo que comprendan
y recordarles preciso,
que somos del gran Cuauhtémoc
los descendientes, los hijos;
y si él de guerreadores
fué un modelo, fué un prodigio,
nosotros imitaremos
su lealtad y su civismo

Ha muchos años que somos
el escarnio y el ludibrio
de esos hombres desalmados
más crueles que los felinos,
que en su ignorancia y soberbia.
¡miserables! han creído
que nos falta la razón,
que nos guía el solo instinto.

Burlan á nuestras mujeres,
degradan á nuestros hijos,
y en las minas y en los campos
los azotan cual borricos.

Y ahí están, y nos esperan
cual tigres embravecidos.
soñando en rico festín
con la sangre de los indios.
Jactanciosos de su número,
buen armamento y equipo,
y que sus recursos son
numerosos, infinitos,
se juzgan invulnerables.
nos ven con tal pesimismo
cual si fuésemos pandilla
de soeces foragidos;
empero, su necio orgullo,
su insolencia y quijotismo,
los habremos de vencer
antes que el astro divino
vaya á hundirse en su sepulcro
de esmeraldas y zafiros
Como retumbos del mar
escucháronse los gritos
de las tropas insurgentes
aclamando á su caudillo

V

Una obscura nubecilla
manchando el cielo argentino.

se escapa de las trincheras
seguida de un estampido:
es el primer cañonazo,
saludo ronco y sombrío,
que las huestes virreinales,
encarándose al destino,
disparan sobre Morelos
en señal de desafío;
y cual si fuera un conjuro
de matanza y exterminio,
los cañones insurgentes
contestan con sus rugidos,
lanzando plomo á torrentes
y de fuego un torbellino.
De un campo al otro se cruzan
con horrísono silbido,
los cascos de las granadas,
que al reventar en añicos,
montones hacen de muertos,
de contusos y de heridos.
Los españoles se baten
con el valor desmedido
que mostraron sus abuelos
luchando con los moriscos;
y á la memoria se vienen
grandes nombres y apellidos
de Anglesolas y Guzmanes,

de Moncadas y Rodrigos;
y á la voz de los recuerdos
de aquellos tiempos huídos,
responde el Gran Capitán
en los campos granadinos.
Pero, ¡ay!, ahora luchan
con el hombre de quien dijo
el vencedor de Marengo:
que si lo hubiera tenido
á su lado en las llanuras
de Waterloo, el destino,
menos cruel y más humano,
jamás habría permitido
que en Santa Elena llorase
decepcionado y cautivo.

VI

Seis largas horas de ataque
furibundo, no han podido
amenguar en los realistas
su bravura y poderío;
antes bien, como si fueran
de la batalla el principio,
se nota por ambos lados
igual arrogancia y brío.
Al acercarse la tarde
con sus fulgores rojizos,

incendiando el horizonte
desmelenado y bravío,
Galeana el impetuoso
se abalanza decidido,
al frente de su columna,
sobre un reducto enemigo;
en tanto por el Calvario
los Bravos han ascendido,
y con sus fuegos dominan
el templo y el caserío;
Avila en pos de Guerrero,
de Ayala y de Valdovinos,
realizan con sus espadas
maravillas y prodigios;
y tras ellos, los surianos
con un arrojo inaudito,
van sembrando la pavura,
la derrota, el exterminio;
y dominando aquel cuadro
tan horroroso y sombrío,
la figura se destaca
del insurgente caudillo.

Los españoles previendo
su fin nefasto, rendidos,
vánse al templo á demandar
la dulce paz, el abrigo

de tan augusta mansión,
de tan sagrado recinto.

El cura de aquel lugar,
que era por cierto fiel tipo
del realista furibundo.
fanático, empedernido,
tomó en sus manos impuras
una hostia y pan bendito,
y apostándose al umbral
de la iglesia, allí maldijo,
exorcizando iracundo,
al espíritu maligno
que inspirara las maldades
de aquellos "hombres perdidos"
rebelados contra el rey,
contra España y contra Cristo.

Sabedor el gran Morelos
de aquel descaro y cinismo
que á la religión quitara
su pureza y su prestigio;
dispuso con energía
que el clérigo fementido
se marchara á practicar,
de modo más noble y digno.
su verdadera misión
de concordia y de cariño.

En seguida manda abrir
las puertas, y los vencidos
que llenaban todo el templo
desde el altar á los nichos,
deponen el armamento,
é inclinándose sumisos
como prisioneros quedan
lamentando su destino.

V

LA ZONA CALIENTE.

I

Acababa de extender
la noche su manto frío
sobre la escarbada tierra
de aquellos tétricos sitios,
en que el genio de la muerte
se entronizara sombrío,
cuando el vencedor, dejando
débilmente guarnecido
el pueblo donde retara
los más tremendos peligros,

se internó por los zarzales
y los vergeles floridos
que llenan de encantos mil
el poético camino
que conduce á la ciudad
hermosa de Chilpancingo.

II

¡Salve, encantada región
más bella que el paraíso!
En tus montañas azules
y en tus bosques infinitos;
en los límpidos espejos
de tus lagos y tus ríos;
en el carmín de tus flores
y en tus paisajes bravíos;
en la inmaculada nieve
de tus picachos andinos;
en el cielo de tus noches,
y en el espléndido brillo
de tus risueñas auroras
tan puras como el armiño,
la mirada del viajero
encuentra doquier escrito
que Plutarco, en ´ureo libro,
puesto en parangón habría
con Alejandro y Filipo.

Y ese nombre lo repiten
tus brisas en sus gemidos,
tus aves enamoradas,
tus arroyos cristalinos;
tradúcese en el fragor
de tus volcanes altísimos,
en el terrible bramar,
en el ciclópeo rugido
de tus torvos huracanes
que azotándose en tus riscos
y salvajes serranías,
caminan enfurecidos
á revolver el cristal
de tus golfos de zafiro.
¡Salve, encantada región
más bella que el paraíso!
Es tu gloria y es tu orgullo
que en tus vergeles umbríos
y en tus espesas montañas
el viajero conmovido,
palpitantes ven surgir
las huellas y los vestigios
de aquel grande capitán,
heroico cual los antiguos,
que en Tixtla y en Acapulco.
en Cuautla y en Tenancingo
la soberbia pisoteara

y el orgullo desmedido
de los Páris y Callejas,
de los Bonavias y Armijos.
¡Salve, encantada región
más bella que el paraíso!

VI

LA ASUNCION EN CHILPANCINGO.

I.

Chilpancingo está de fiesta,
y á celebrar la Asunción
de María, se han juntado
los pueblos del derredor.
En la plaza principal,
las barracas en montón
extienden sus anchas alas
de abigarrado color.
Murgas típicas deleitan
con melancólico son
al montañés que ha bajado
de mil placeres en pos.
Los dados y los albures,
la ruleta y "el plumón",

"Tía Marianita y la argolla"
despluman que es un primor
al astroso campesino
y al burgués bobalicón.

Las campanas y cohetes,
el pífano y el tambor
invitan hasta á los muertos
á tan alegre función.

Arrogante es "la tapada"
de gallos, y siempre halló
contrincantes que pujasen
en apuestas y en valor.
Acróbatas han venido
de muy lejana región,
artistas que sólo lauros
han conquistado y honor.

Los títeres y los toros
embriagan el corazón
con sus marciales trompetas,
su algazara y su clamor.

Las danzas tradicionales
de aspecto bravo y feroz
con los gigantes y enanos
recorren la población.
Todo es jácara y ruido
desconcertante y atroz

de panderos y flautines
de gaitas y de tambor

Las muchachas que acarician
del connubio la ilusión.
el más flamante ropaje
de seda se visten hoy;
y con flores y con cintas.
mariposas de listón,
el genio de los encantos
sus guedejas matizó.
Velando núbiles formas
de algún talle cimbrador,
de Manila se contempla
el riquísimo mantón;
é incendiando corazones
con su fuego abrasador,
discurren ojos que alumbran
más que los rayos del sol.

Los mancebos rivalizan
en compostura y ardor,
y en sus jubones deslumbran
los caireles y el galón;
anchos sombreros de palma
ó de pelo de castor
usan con gruesas toquillas
de artística confección;

las medias de seda ó lana
que la industria acá aportó
encubren sus pantorrillas
de hercúlea musculación;
de gamuza son las botas
ó de bruñido charol
con botones ajustadas
ó con sedeño cordón;
en el hombro los sarapes
del más variado color,
y entre los labios un puro
que más parece un tizón;
y así discurren en grupos
buscando lides de amor
por las calles y las plazas
de la hermosa población.

II

Cuando han llegado las fiestas
á su mayor esplendor,
resuenan gritos de alarma,
de espanto y de confusión;
es un cuerpo de insurgentes
que llega á paso veloz
y sorprende y aprisiona
á la ibera guarnición.

Como rayo por el pueblo
circula pronto la voz
de que es Morelos el jefe
del ejército irruptor;
la muchedumbre se agita,
como el bramido feroz
del simún el seco polvo
de la africana región.
Y corren y se atropellan
por ver de cerca y mejor
al hombre que el sueño roba
de Calleja el español
Jinete en negro caballo
que es esbelto y corredor,
como el ciervo allá en las Pampas
al acercarse el ciclón,
aparece el gran Morelos
y dirígele la voz
á aquella turba que al verle
lanza un ¡viva! atronador.
"En pie, les dice, ¡oh valientes!
"los que tengáis corazón
"para retar la soberbia
"del ejército español.
"Dejad el ocio y luchemos
"por nuestra patria y honor
"hasta borrar el estigma

"que nos llena de baldón;
"y al destrozar las cadenas
"en la faz del opresor,
"recobraremos los bienes
"que nos otorgara Dios;
"que es indigno de vivir
"el que sin ningún rubor
"acepta la servidumbre
"con calma y resignación."

Los mozos que allí vagaban
buscando lides de amor,
al oír del Padre insigne
la elocuentísima voz,
sus hogares abandonan,
sus ensueños é ilusión,
y á combatir se apresuran
por la Patria y el honor.

III

Breves horas han pasado
cuando Morelos recibe
en su alojamiento, un pliego
de Galeana, el invencible;
en cortas frases el héroe,
pólvora y balas le pide
para salir y romper
el círculo que lo oprime.

El oidor Recacho y Fuentes,
sabiendo que en Tixtla existe
reducida guarnición
é insuficientes fusiles;
á recobrar esa plaza
prontamente se deciden
soñando en fácil victoria
y en recompensas á miles;
y aprovechando la sombra
de noche obscura y horrible,
como huracán hacia Tixtla
con sus tropas se dirigen.
Bravo y Galeana no duermen
custodiando sus fortines,
que el corazón les avisa
que cual lobos invisibles,
por la llanura se acercan
los "astutos gachupines."

IV

Aun no asomaba en Levante,
del alba azul el esquife,
cuando rumor de caballos
los insurgentes perciben;
y á medida que transcurren
los momentos, se distinguen

las voces de los soldados
y el ladrar de los mastines.
Son los realistas que llegan,
y con choque irresistible,
á la plaza se encaminan
al tocar de sus clarines.
Galeana al pie del cañón,
con pulso sereno y firme
un saludo con metralla
al instante les dirige;
y al repentino fragor
de aquel disparo terrible,
retroceden espantados
á buscar donde cubrirse;
los parapetos fulguran
de hachones y de candiles,
y el grito de ¡viva América!,
¡y mueran los gachupines!
estalla con el clamor
de una tormenta irascible.
Entonces Fuentes espera
que el alba al campo ilumine
para pronto retornar
en pos de fiero desquite;
y ordenando sus columnas
á las trincheras embiste

con bravura de león
y con astucia de tigre.
Galeana vése en apuros
sin hombres ni proyectiles;
pero ha jurado morir
en su puesto y no rendirse.
Cuando las tropas del rey
ya tocaban los fortines,
alegre se oye en el templo
un estruendoso repique;
los españoles lo juzgan
uno de tantos ardides,
pues su situación es negra,
angustiosa, insostenible;
pero un rugiente cañón
que á retaguardia despide
chorros de fuego y metralla,
con sus estragos les dice
que ha llegado el gran Morelos
y con su espada invencible
les corta la retirada,
los despedaza y persigue;
y en vano fórmanse en cuadro
para mejor resistirle;
que Galeana y Bravo llegan
con férreas lanzas en ristre

haciendo que la matanza
surja espantosa y horrible.
Ochocientos prisioneros
y cuatrocientos fusiles
á los realistas costó
esa jornada terrible:
y entre los primeros hubo
dos traidores malandrines (*)
que con la vida pagaron
sus maldades y sus crímenes

VII

EL SITIO DE CUAUTLA.

I

Cuautla está ahí..... la ciudad
de las frutas y las flores;
la sin rival amazona
de las calientes regiones.
Cuautla está ahí; la guerrera
que se adiuerme á los rumores

(*) Antonio Gago y Toribio Navarro.

de ricos cañaverales
gigantes como sus bosques.
Cuautla está ahí; la beldad
que en sus trópicos ardores
se abreva con los torrentes
que, en obscuros borbotones.
descienden estrepitosos
de sus lomas y sus montes.
Cuautla está ahí; la gentil
luchadora que se esconde
bajo perfumadas selvas
de naranjos gemidores.
¡Salve, Acrópolis augusta!
en tí las generaciones
del porvenir, alzarán
sus cánticos y loores
en honor del paladín
que al frente de sus leones,
setenta días humilló,
en tus calles y en tus torres.
el orgullo militar
de Calleja y sus legiones;
frente á tí retrocedieron,
espantados y en desorden,
los cuerpos más aguerridos
de las iberas legiones;
y cuantas veces quisieron

capturarte en sus furores,
otras tantas las voló
el soplo de tus cañones.
¡Salve ciudad inmortal,
tus vientos abrasadores
reproducen todavía
los acentos y las voces
de Galeana y de Morelos
mandando sus batallones!
¡Salve ciudad inmortal
sobre tus campos de flores,
y enfrentada á los volcanes
razas viejas, nuevos hombres,
te hallarán eternamente,
más que el granito y el bronce
recordando las hazañas
de mis ínclitos mayores!

II

No bien á Cuautla ocupaba
Morelos con sus soldados,
cuando un vigía anunció
que una nube de caballos
seguidos de infantería,
se acercaba como el rayo
cubriendo de negro polvo
el horizonte lejano.

Las guerrillas insurgentes
á las órdenes de Larios,
con las tropas que se acercan
se han venido tiroteando;
repléganse hasta la plaza,
y el capitán denodado
va á dar parte al general,
que Calleja el sanguinario
entre sus fuerzas trae
lo mejor del virreinato.
Al escucharle Morelos
pide un corcel y volando
con su escolta va á encontrar
á los guerreros hispanos.
El fragor de la metralla
ensordeciendo el espacio,
la alarma hizo cundir
en el insurgente campo;
Galeana piensa en todo,
hasta en la infamia de un lazo,
y violento vuela á allá
en las alas del relámpago;
el insurrecto caudillo
se halla, en efecto, cercado
por los dragones del rey
que intentan aprisionarlo.

Su escolta al choque feroz
muy pronto se ha desbandado,
y él, esgrimiendo un revólver,
se retira paso á paso.
Los costeños como furias,
sus fusiles arrojando,
desnudan el corvo alfanje
y á la fuerza de su brazo
la salvación encomiendan
de su jefe idolatrado.
Fué cuestión de instantes brev
aquel luchar sobrehumano
que á los realistas quitó
la presa que habían soñado;
y entre vivas y clamores
del más ardiente entusiasmo,
Cuautla volvió á recibir
al adalid mexicano.

III

Más de siete mil fusiles
al día siguiente, á los rayos
de un ígneo sol, se miraban
frente á Cuautla fulgurando
Poderosa artillería,
de las batallas espanto,

se aprestaba á combatir
aquel abierto poblado.
Orgullosos y engreídos
sentíanse aquellos soldados
con sus victorias de Aculco,
de Calderón y Zitácuaro;
é impacientes esperaban
el momento del asalto,
para probar otra vez
su pundonor castellano.

IV

Morelos, el gran Morelos
impasible contemplando
de fuerza y de poderío
aquel imponente cuadro,
dirige festivo y dulce
la palabra á sus soldados,
diciéndoles que "morir
"por la Patria es bello y grato."

V

Apenas el sol doraba
las crestas de los collados,
cuando Calleja inició,
cuatro columnas lanzando

por la calle principal,
la tormenta del asalto.
Impertérritos llegaban
los batallones hispanos
á atacar los parapetos
de San Diego, encomendados
á la bravura sin par
de Galeana el bizarro,
cuando un audaz coronel,
sus filas abandonando,
retó á duelo singular
al valiente americano;
presto salvó Galeana
las trincheras, aceptando
aquel viril desafío
digno de algún espartano;
mutuamente se hacen fuego,
y el español, noble y bravo,
se derrumba agonizante
sobre el suelo ensangrentado.
Galeana conmovido,
lo levanta entre sus brazos
para prestarle en la plaza
los auxilios del cristiano.

VI

En tanto los españoles
sus baterías armaron,
y sobre Cuautla rugió
tormenta de cañonazos;
los reductos de San Diego
vigorosos contestaron
y la batalla empezó,
la destrucción, el espanto.
Densa humareda sus nubes
extendió por todo el campo,
acreciendo la pavura,
los horrores aumentando.
El cuerpo de los honderos,
tras de San Diego apostados,
sobre Calleja un montón
de pedruscos dispararon;
y al tocar los asaltantes
aquel fortín codiciado,
los sables y bayonetas
con furor se ensangrentaron.
Implacables los costeños,
cuerpo á cuerpo y á sablazos,
hicieron retroceder
á los infantes hispanos;
vuelven éstos á la carga

sostenidos en sus flancos
por los dragones que apenas
doman sus briosos caballos;
se introducen en las casas,
las paredes horadando,
y así poder acercarse
á San Diego, paso á paso;
y en las míseras mujeres,
en los niños y ancianos
con vileza y cobardía
su cólera descargaron.

Galeana, firme espera
ese ataque solapado,
para mostrar más y más
la pujanza de su brazo;
y al coronar los iberos
las azoteas y tejados,
con "El Niño" los batió
y las granadas de mano.

Estas ventajas, no obstante,
corrió en el punto un malvado
la voz de que Galeana
estaba hecho pedazos.

Cundió muy pronto el desorden,
y, su deber olvidando,
los defensores sus puestos

dejaron abandonados.
Comprendiendo Galeana
lo funesto del engaño,
á los fugitivos vuelve
á cachetes y porrazos;
sólo un mancebo (*) quedaba,
valiente como un romano,
al pie de su batería
al ibero ametrallando;
este rasgo de valor
anonadó al castellano
que, sin parque y sin moral,
se retiró avergonzado.
Más de cuatrocientos muertos
dejó Calleja en el campo
donde por primera vez
recibiera un descalabro;
y atónito, confundido,
los hechos le demostraron
que ante Morelos y el mundo
se encontraba derrotado;
y de su orgullo á despecho,
su altivez pisoteando,
buscó en Cuantlixco cuarteles
á su ejército diezmado.

(*) Narciso Mendoza.

Cuenta la Historia, que entonces
sobre la ciudad lanzando
una mirada terrible
preñada de mil relámpagos,
juró ni piedra dejar
de aquel "inmundo poblacho"
donde la tierra mordieron
sus más valientes soldados.
Pero Cuautla ahí quedó
como un monumento santo,
las grandezas y las glorias
de mi patria recordando.

VII

Pronto á México llegó
la noticia del desastre
con los soldados dispersos
y las notas oficiales.
Del héroe el nombre se oyó
en las plazas y las calles,
y hasta en los versos sencillos
de los cantos populares.
El virrey dispuso luego
que prontamente marchasen
nuevas tropas y cañones
con pertrechos y caudales.
Los batallones de Asturias,

Lobera y Mixto, pujantes,
con Llano al frente salieron
al campo de los combates.
En Izúcar atacaron
á Guerrero el indomable,
y éste con mínimas fuerzas
los hizo "marchar" á escape.
Calleja tomaba en tanto
posiciones formidables
para batir con ventaja
de la ciudad los baluartes;
y al acercarse del Llano
con sus tropas arrogantes.
circunvalada quedó
la plaza y sus arrabales
Amelcingo y Buenavista,
Santa Inés y Tejacaque
semejaban una selva
de pendones y estandartes.
y por encima flotando
un sol hermoso y radiante
con sus océanos de luz
y sus fuegos tropicales.

VIII

El mexicano caudillo,
no se daba un instante

de reposo en artillar
las torres y bocacalles;
y presintiendo un asedio
de duración espantable,
se dedicó á acumular
provisiones abundantes.
Todo el pueblo lo ayudaba,
y soldados y oficiales
diligentes atendían
sus menores voluntades;
nunca un general logró
ganar cariño tan grande
cual el que al noble Morelos
sus valientes demostrábanle.

IX

Una luciente mañana
de las primeras de Marzo
de mil ochocientos doce,
desde los fuertes hispanos
sobre Cuautla se azotó
una lluvia de bombazos;
era el preludio marcial
de aquel homérico canto
que setenta días tronó
bajo el cielo americano.

Calleja, el duro Calleja,
destruir á Cuautla ha jurado
como á las urbes antiguas
los procónsules romanos·
al efecto, en su redor
los recursos ha agrupado
que Venegas le otorgara
tan "liberal y magnánimo;"
y en su infernal pretensión
y orgullo desatentado,
resuelto estaba á inmolar
sus más valientes soldados.

X.

Hacer sentir el infierno
de la sed á los sitiados,
se propuso con fruición
aquel hombre sanguinario,
y, en consecuencia, sus tropas
el "ojo de agua" cegaron
que á la población surtía
del elemento preciado.
Al informarse Morelos
de aquel terrífico daño,
manda al valiente Galeana
prontamente á remediarlo;
llega el resuelto oficial,

y en pos de él Víctor Bravo,
y á los custodios del agua
con fiereza acuchillaron;
y en seguida y bajo nube
de balas y metrallazos,
fabricaron un torreón
con tres piezas artillado.
Pronto supo el gran Morelos
la hazaña de sus soldados;
y en su honor, una jamaica
y un banquete celebraron.
Calleja quiere ocupar
aquel fuerte improvisado,
y á los cuerpos de Lobera
manda otra vez al asalto.
Con imponente arrogancia
los españoles llegaron
á disputar el fortín
que guarnecían los surianos;
dispáranse los fusiles,
y bayonetas calando,
con arrojo y bizarría
frente á frente se encontraron.
Comienza el duelo mortal,
y rabiosos, enconados,
se destrozan, se atraviesan
con empuje sobrehumano;

multiplícanse los lances
de valor desesperado,
y de ingente sangre fría
se admiran no pocos casos;
después de horrible luchar,
el camino ensangrentando.
retiráronse en derrota
del virrey los veteranos

XI

Una noche obscura, triste,
de repente se escucharon
el ruido de los tambores
y el clamor de los soldados;
y no de un lugar tan sólo,
sino que de puntos varios
aquel rumor se esparcía
alarmante, inesperado;
era el toque de degüello
que en el céfiro volando,
prontamente se extendió
de la ciudad por los ámbitos
Una atroz fusilería
y relinchos de caballos
siguió á los toques siniestros
fragorosos resonando.
De Cuahuistla por el rumbo,

Santa Inés y el Calvario,
aumentó la gritería,
las descargas redoblaron;
los morteros y cañones
tronaban de cuando en cuando,
y con las sombras crecían
el terror y el espanto.
Tranquilo en su alojamiento
el general mexicano
solía no más preguntar
por Anzúres y por Bravo.
No largas horas se habían
lentamente deslizado,
cuando el intrépido Anzúres
por el jefe interrogando,
á un ordenanza daba
las riendas de su caballo;
y ascendiendo la escalera
con las alas del relámpago,
pronto en la presencia estuvo
del caudillo americano.
"Mi general—dijo Anzúres—
"los manejos de un malvado,
"con Calleja en connivencia,
"hicieron que á nuestro campo
"esta noche se acercasen
"más de ochocientos hispanos;

"y torpes, ó muy imbéciles,
"de aquel tramoyista fiando.
"creyeron tomar la plaza
"en menos que canta un gallo;
"pero advertido que estuve
"de proceder tan villano,
"como á los lobos hambrientos
"caer los hice en un lazo."
Y siguiendo el capitán
con acento breve y claro,
á Morelos refirió
que al toque desesperado
de un tambor los españoles
cuerpo á cuerpo se encontraron;
y sin mediar más señales,
todo rumor acallando,
como fieros enemigos
con furor se destrozaron
El caudillo por respuesta
tendióle la franca mano
que el capitán estrechó
conmovido, emocionado.

XII

Setenta veces el sol,
el horizonte inflamando,

á contemplar la epopeya
de Cuautla se ha presentado;
y en la púrpura oriental
de su flamígero manto,
hazañas mil escribió
la heroicidad con su mano:
unas veces es Galeana,
que al enemigo asombrando,
de la victoria se ciñe
los más espléndidos lauros;
otras el gran Matamoros
que con solo cien soldados
rompe el férreo valladar
para reunirse con Bravo;
ó bien el ilustre jefe,
cayendo sobre el Calvario,
y en un instante arrollar
el campamento de Llano.
Si en salida tan bizarra,
los insurgentes más cautos
persiguen al enemigo,
los víveres despreciando,
el jefe español habría
encontrádose en el caso
de no poder dominar
entre sus tropas el pánico;
pero la suerte dispuso

que los hambrientos soldados
desdeñasen la victoria
por galletas y tabaco.

XIII

Han transcurrido los días
y con ellos aumentado
el hambre y la enfermedad
en el insurgente campo;
las carnes y las semillas
por completo han terminado,
hasta el grado de comerse
las pieles de los caballos;
en tan horrible festín
fueron riquísimo plato
los asquerosos ratones
y los perros y los gatos;
como lujo permitíanse
trozos de cuero tostados
y mieles ya corrompidas
que la peste desataron;
pero en medio de esa angustia,
de esa miseria y espanto,
roncos y alegres se oían
los himnos de los soldados,
que al caer sus compañeros

de la Parca al golpe insano,
llevábanos al sepulcro
con músicas y con cantos;
pena capital había
sobre el infeliz menguado
que expresase en sus palabras
algún temor ó desmayo;
que ante su conciencia y Dios
defender habían jurado
la causa noble y bendita
de Cuauhtemoc y de Hidalgo.
El mismo jefe español,
tanta grandeza admirando,
confesólo en sus mensajes
al señor del virreinato:
(*) "Si el valor y la constancia
"de los que en Cuautla sitiados,
"día á día nos escarnecen
"nuestras leyes insultando,
"se hallasen por la moral
"y la justicia amparados,
"su causa merecería,
"en un futuro cercano,
"un lugar muy distinguido

(*) Bustamante, "Cuadro Histórico."—Carta 5a., pág. 7a.

"en la Historia y en los fastos,
"y, sobre todo, en el alma
"de los buenos mexicanos."

XIV

Viéndose también Calleja
hondamente quebrantado
y sin esperanza alguna
de triunfar en un asalto,
á Venegas se dirige,
y, en tono contristado,
manifiéstale sus cuitas,
un consuelo demandando.
Guarda la Historia imparcial
en su augusto relicario
esa nota (*) que revela
el humor desesperado,
la impotencia, el desaliento
de jefe tan veterano.

(*) Excmo. Sr.—Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible; y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no la acudo en el corto término que ella pueda darme, llegarán tarde los auxilios.—V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer.—Dios, etc. Campo sobre Cuautla, Mayo 2 de 1812.—Bustamante. "Campañas de Calleja." Pág. 172.

También á Morelos manda
un hábil parlamentario
ofreciéndole su indulto,
el de Galeana y de Bravo;
pero el ilustre caudillo,
leyéndolo á sus soldados,
en el reverso escribió
concediéndole otro tanto

XVI

Comprendiendo el gran Morelos
que el instante era llegado
de romper los eslabones
con que quisieran ahogarlo;
convoca á sus generales,
y á una voz acordaron
entre el enemigo abrirse
con sus aceros un paso;
y en una callada noche
de las ardientes de Mayo,
á la hora en que domina
el sueño como tirano,
dentro de Cuautla escuchóse
un ruido prolongado
de sables y de fusiles,
de hombres y de caballos;
era el primer movimiento

del ejército sitiado
que se hallaba pronto y listo
para burlar al hispano;
y al acento de sus jefes,
gruesa columna formando,
arrogante se encauzó
por el rumbo del Calvario.
Galeana, como siempre,
decidido y arrojado,
á la vanguardia se puso
con las armas en la mano;
le seguían en el centro
los batallones de Bravo,
y entre éstos y Galeana
el héroe con su resguardo;
la retaguadia confusa
de familias y soldados,
á las órdenes salió
de Anzures el denodado.
Más de una hora tenía
la columna caminando
sin hallar ningún estorbo
que entorpeciera su paso,
cuando al rebasar un puente,
de improviso á ambos lados
un ¿quién vive? resonó,
al enemigo alarmando.

Galeana contestóles
con un certero disparo,
y la columna avanzó
cual torrente desbordado.
Entónces los españoles
lluvia de plomo lanzaron
sobre aquella masa negra
que inundaba todo el campo;
los insurgentes también
furiosos les contestaron
y la tierra estremecióse
al bramar los cañonazos.
Galeana como león
que ruge desesperado,
avanzaba sin cesar
destruyendo, aniquilando;
y al caer como una tromba
los realistas á sus flancos
la batalla se ensañó,
los sables se ensangrentaron.
Dividida la columna
del ejército sitiado,
reanudó pronto su marcha
por caminos encontrados;
y las tropas españolas,
confundiéndose en el campo,

mutuamente, enfurecidas,
con tesón se desgarraron.

XVI

Rumbo á Cuautla de la Sal
convergieron los sitiados
y allí revista los jefes
a sus valientes pasaron;
unas cuantas bajas hubo
en la clase de soldados,
y en las superiores una
siendo don Leonardo Bravo
Este ilustre general
que de la lucha en el campo
siempre á la gloria llevó
á sus queridos surianos,
cayó en la pérfida red
de unos hombres desalmados;
y en la Acordada fatal,
con su sangre de abnegado,
los tigres de la colonia
su innoble sed apagaron;
pero cual sublime aroma
celestial, inmaculado,
frente á los restos del mártir
surgió un arranque magnánimo:
su hijo don Nicolás

en un encuentro pasado,
victorioso aprisionó
más de trescientos hispanos;
y creyendo, con justicia,
que el virrey por sus soldados
la vida respetaría
de su padre idolatrado,
esperaba pronto asir
con cariño entre sus brazos
aquel modelo de padres,
aquel dignísimo anciano;
mas, ¡oh negra realidad!
por un mensaje privado
el héroe llegó á saber
el desenlace nefando;
su tropa se enfureció,
y con gritos destemplados,
la vida le reclamaban
de los míseros hispanos;
pero el noble general,
las pasiones acallando,
la vida les concedió
á aquellos desventurados.....!
Hechos como éste, la Historia
muy pocos ha registrado,
y son el mejor laurel
que ceñirán los humanos.

VIII

EN OAXACA.

Calleja á Cuautla ocupó,
y en su recinto sagrado
sólo halló como trofeo
niños, mujeres y ancianos;
y en ese grupo que amparan
los hombres civilizados,
él, rencoroso, sació
sus instintos sanguinarios.
Después escribió al virrey
mintiendo como un bellaco,
pues que llamaba victoria
lo que sólo fué un fracaso.
En México, al informarse
de suceso tan nefasto,
al caudillo suponían
prisionero y aherrojado;
pero pronto en Huajuápam
sus clarines resonaron
al vencer á los realistas
que cercaban á Trujano;
y en las selvas dilatadas,

y en los montes y los llanos
los ecos repercutían
el jadear de sus caballos.
Tehuacán en sus vergeles
y Orizaba entre sus prados
laurel y palmas tejieron
para sus bravos soldados.
Oaxaca, la gran ciudad,
con sus viejos campanarios,
las miradas atraía
del guerrero americano;
cual plaza fuerte mostraba
sus bastiones artillados,
sus barbacanas sombrías
con la muerte amenazando:
cuarenta y dos parapetos
de fusiles erizados
antojábanse una selva
herida por los relámpagos;
y en su redor anchos fosos
defendíanla, y á lo alto
los extremos se veían
de dos puentes levantados;
pero el héroe, aquel alarde
de soberbia despreciando,
á sus generales dijo
con acento de inspirado:

"Antes que el sol de mañana
"se desvanezca en Ocaso,
"habré de hallar en Oaxaca
"cuarteles á mis soldados:
"y para ello confío
"en el valor ya probado
"de Victoria y de Terán,
"de Sesma, Galeana y Bravo."
Con un ¡hurra! atronador
á su jefe contestaron
aquellos hombres sin tacha,
valientes como Bayardo;
y el día siguiente, al nacer
el rojo fulgor del astro,
Morelos mandó intimar
rendición á los hispanos.
El gobernador Saravia,
pundonoroso y osado,
la intimación contestó
con orgullo y desacato;
los insurgentes entonces,
cuatro columnas formando,
sobre Oaxaca al compás
de sus clarines marcharon;
los españoles se aprestan
á repeler el asalto
y sus cañones vomitan

tormenta de metrallazos.
La columna de Galeana
devora casi el espacio,
y á Santo Domingo llega
sus bayonetas calando;
por la Merced se desbordan
los batallones de Bravo
y ocupan la plaza de armas
á sus jefes aclamando.

Victoria para luchar
tiene que salvar á nado
el foso que detenía
el ardor de sus soldados;
arrójase á las trincheras
con la violencia del rayo
y á los golpes de su acero
se retiran los hispanos.

Los cañones de Terán
hábilmente manejados,
deshacen los parapetos
con sus certeros bombazos;
y el inmortal Matamoros
con sus infantes llegando,
consuma la dispersión,
la derrota y el espanto.

¡Un jubiloso repique

de todos los campanarios
anunciaba que Morelos
la plaza había ocupado;
y los ¡vivas! se mezclaban
con los últimos disparos
que tonantes se perdían
de las calles á lo largo.
En poder del vencedor
grandes recursos quedaron
y presos los generales
del ejército adversario.

IX

TOMA DE LA CIUDAD Y FUERTE DE ACAPULCO.

I

Dueño el héroe, de Oaxaca,
en su mente resurgieron
de Acapulco y su castillo
los imperiosos recuerdos;
se transporta á aquellos días
que con pocos elementos

temerario desafiara
aquel coloso soberbio;
y deseando ocupar
en el Pacífico un puerto
que á sus tropas proveyese
de víveres y pertrechos,
prontamente reorganiza
sus más aguerridos cuerpos.
y se lanza con placer
por los montes y los cerros.

Marchan con él Galeana
y Avila el noble y modesto;
los dos soldados que nunca
terror en su alma sintieron:
y después de atravesar
los más abruptos senderos.
frente á Acapulco una noche
sus fogatas encendieron.

Vélez, en jefe mandaba
la fortaleza y el puerto,
y en seguida recibió
una nota de Morelos:
en ella el héroe exigía
inmediato rendimiento,
la entrega de la ciudad
y castillo de San Diego.

Vélez, audaz mexicano,
y valiente hasta el exceso,
contestó que lucharía
hasta el último momento.
Cerró con gruesas trincheras
cuanto punto daba acceso
á la rica población
encomendada á su celo,
y en el fuerte acumulando
lo mejor del armamento,
en guardia se colocó
determinado y sereno.

II

Casa Mata enardecía
con sus terribles aprestos
al valiente entre los bravos
del ejército insurrecto;
es Galeana, y allí va
y le siguen los costeños
que, lo mismo que su jefe,
en luchar son los primeros:
y el combate se acentúa
desesperado y sangriento
hasta cubrir el fortín
con centenares de muertos.

Los realistas recularon
ante choque tan violento,
y en desesperada fuga
se internaron en San Diego.
Avila en tanto ascendía
con arrogancia y denuedo
capturando los fortines
de aquellos ásperos cerros;
y al asentarse en la cumbre
sus batallones intrépidos,
el grito de libertad
conmovió todos los ecos.
Encerrados los realistas
en el fuerte de San Diego,
juzgábanse más seguros
que los ángeles del cielo,
pues su gruesa artillería,
sus obuses y morteros
dominaban el contorno
con sus terríficos fuegos;
la despensa era de príncipes,
y en bodegas y graneros
la abundancia sonreía,
la riqueza y el contento;
sus municiones también
antojábanse un venero
para poder resistir

años y lustros enteros;
y para colmo tenían
un camino sin tropiezo
que verían de aprovechar
en casos graves y serios:
el Océano Pacífico
en sus azules espejos
ancha salida ofrecía
á los soldados iberos.

III

A dos leguas del castillo
y arrullado por los vientos
un islote se levanta,
glauco nido de misterios:
La Roqueta, así la llaman
los geógrafos y viajeros,
es pequeña, es hermosa
cual la Venus que los griegos
flotando entre las espumas
amorosos concibieron.
Sus rocas fingen fantasmas
que en las nubes escondiendo
sus graníticas cabezas,
velan el plácido sueño
de las nereidas azules
y los tritones traviesos.

Los árboles milenarios
en sus pequeños oteros
levántanse majestuosos
mirando un límpido cielo:
y en sus frescos bosquecillos,
de césped blando cubiertos,
se columpian al murmurio
de las auras y los céfiros,
las campánulas y lirios,
las madreselvas y almendros.
Una ola verdinegra
de abedules y palmeros,
es su hermoso litoral
al distinguirse á lo lejos;
y al chocar la marejada
en sus cantiles morenos,
de azules conchas y perlas
se forma lindo reguero.

IV

De aquel encantado islote
sacaban los de San Diego
frutas ricas, pesca y caza
en sus esquifes ligeros;
en tal virtud, el caudillo
juzgó prudente y certero

apoderarse de él
sin perder nada de tiempo;
y al efecto, Galeana,
de una noche en el silencio,
lanzóse en pobres canoas
sobre el traidor elemento;
y al reflejarse en la mar
los matutinos destellos,
sorprendió con sus soldados
de la isla á los cerberos.
Sin embargo esta ventaja,
los realistas no cedieron
y el sitio se prolongó
con sus horrores sin cuento.
Ante tamaña osadía,
y cañones no teniendo
el héroe con que abatir
aquellos muros enhiestos,
á volarlos se decide,
y en un espantoso incendio
para siempre sepultar
el grandioso monumento;
pero influenciada su alma
con la imagen y el recuerdo
de tanto ser inocente
que se abrigaba en su seno,
intenta un asalto más;

y Galeana, bajo el fuego
de más de veinte cañones,
llega á tocar con su acero
la balaustrada gigante
de aquella puerta de hierro;
en tanto al opuesto rumbo
y escalando voladeros,
Felipe González llega
inquebrantable y sereno;
y al herir sus bayonetas
aquel monstruoso esqueleto,
el terror se apoderó
de Vélez y compañeros.

V

Rebasando las almenas
de corte grave y severo,
blanca bandera se ve
agitada por el viento;
simultáneamente cesa
por ambas partes el fuego,
y el mismo Vélez se aboca
á pedir el parlamento.
Trae en la mano las llaves
del gigante "caballero"
que se rinde á discreción

del general insurrecto;
éste, admirando las prendas
del vencido de San Diego,
le otorga la libertad
y á sus bravos compañeros.

X

EL CONGRESO DE CHILPANCINGO.

I

"Morir ó salvar la patria"
fué el sublime pensamiento
con que el héroe convocó
aquél famoso Congreso
que en acta inmortal, eterna,
á la faz del universo
consagró la libertad
é independencia de un pueblo.
Demócrata cual ninguno,
fué su ideal, era su anhelo
establecer en su patria,
como único gobierno,
el creado por el voto
unánime de los pueblos;

y apóstol de la igualdad,
desdeñando privilegios,
rechazó con energía
el pomposo tratamiento
que conferirle acordaron
los miembros de aquel Congreso.
Y se escuchan todavía,
y los hombres recogieron,
sus palabras rebosantes
de patriotismo sincero:
"No soy más, el héroe dijo,
"que de la nación, el siervo,
"pues sólo en ella reside,
"inalterable y eterno,
"el principio de que emanan
"soberanías y derechos."

II

El imponente clamor
de las tropas y del pueblo,
á la América anunciaba
que en la sacristía del templo
parroquial de Chilpancingo
instalábase un congreso,
el cual iba á sancionar,
inconmutable y austero,

la santa revolución,
el heróico movimiento
que en Dolores iniciara
un sacerdote modesto.
Las campanas del lugar
echadas todas á vuelo
y el majestuoso rugir
de cañones y morteros.
con su fragor saludaban
el histórico momento;
las músicas recorrían
las calles todas del pueblo
entusiasmando las almas
con sus acordes guerreros:
y por encima de todo,
levantándose hasta el cielo,
el grito de ¡viva América!
¡muera el déspota gobierno!

XI

VALLADOLID Y PURUARAN.

I

Después que hubo cerrado
sus sesiones el Congreso
é investido al general,
con los poderes supremos,
éste se lanza otra vez.
imperturbable y resuelto,
á proseguir con ardor
aquél titánico duelo;
y relinchan sus corceles,
y retumba su armamento.
y á Valladolid se va
en las alas de los vientos;
tramonta vírgenes selvas,
recorre campos desiertos,
y entre rocas y zarzales
extiende su campamento;
y al palidecer un día,
nuevo Moisés, á lo lejos
vislumbra la gran ciudad
con sus ricos monasterios;

más de treinta campanarios
erguían sus puntas al cielo
esfumándose en los tintes
de azul crepúsculo incierto.
Al percibir los realistas
al ejército insurrecto,
de Valladolid se alzó
ronco toque de degüello;
y las torres y las cúpulas,
los muros y parapetos,
de lanzas y de fusiles
prontamente se cubrieron;
el sol hundíase en Ocaso,
y, coincidencia ó misterio,
también la sombra tocaba
la estrella del gran Morelos;
y el eclipse avanzaría
en sus sombras escondiendo
al más grande capitán
de nuestros fastos guerreros.

. . . . . .

. . . . . .

II

Valladolid, Puruarán,
fueron los bloques siniestros

donde el bajel encallara
del impávido Morelos.
En ambos campos rodó
el pabellón insurrecto
empapado con la sangre
de los valientes costeños;
y en ambos campos también,
como fatídico espectro,
á Iturbide se veía
á sus hermanos hiriendo...
Y en vano luchó Galeana
cual león en el desierto
cobrando caras las vidas
de sus bravos compañeros;
y en vano caudillo y jefes
magnas proezas hicieron;
que Matamoros quedó
derrotado y prisionero.
Y entonces del horizonte
brotar espesas se vieron
las neblinas del desastre
á la gloria obscureciendo;
y sobre el negro montón
de cenizas y de huesos,
la Patria plegó sus alas
lanzando hondos lamentos.

III

¡Valladolid, Puruarán!
Cuántas veces, peregrino,
he llegado hasta vosotros
á evocar esos recuerdos!
¡Cuántas veces sobre el musgo
ó en las rocas del sendero,
heme puesto á meditar
en los hombres y en los pueblos.
Y melancólico, errante,
he buscado tristes restos
que señalen todavía
tan fatídicos encuentros.
¡Cuántas veces al rugir
el huracán torvo y fiero
he creído adivinar
de Iturvide el ronco acento!
Y acaso entonces de mi alma,
mordida por el despecho,
se habrá escapado una queja,
un reproche ó un lamento.
Y cuántas veces también,
de la luna al reverbero,
he atisbado en la campiña
blancas falanjes de muertos:
son las almas de los héroes

que en esos campos cayeron
bajo la espalda implacable
de aquel soldado funesto;
por eso al caer la noche,
dejando sepulcros yertos,
nimban sus sienes augustas
con la luz de los luceros.
¡Valladolid! ¡Puruarán!
¡Cuántas veces, peregrino,
he llegado á vuestros campos
á llorar esos recuerdos!!

XII

ABNEGACION.

Como el águila que asciende
soberana en el espacio,
y en la roca inaccesible
busca ligero descanso;
después de aquellos desastres
vuelve el caudillo á los campos
donde otra vez recogiera
de la victoria los lauros;
y en las márgenes boscosas
del "Mexcala" y "Papagayo"

sus tiendas de roble y mimbres
los insurgentes alzaron.
Con ardor inacabable
se alistan nuevos soldados
que están prontos á ofrecerse
de la patria en holocausto;
y en breves días espera,
de aquellos montes bajando,
sobre el audaz enemigo
descolgarse como rayo;
pero voluble la suerte
no quiso ya acompañarlo,
disponiendo que el Congreso
lo requiriese á su lado.
El héroe sumiso y fiel
á aquel cuerpo soberano,
prontamente obedeció
tan insólito mandato;
y ¡adiós, geniales proyectos
del entendido soldado!
¡Adiós, incendios de gloria
sobre el suelo americano!
Las exigencias políticas
cual tempestad arreciaron,
hasta arrojar al caudillo,
de Tesmalaca á los campos.

XIII

EN LA INQUISICION.

I

Inmensa turba salía
de México rumbo á Tlalpan
anhelando presenciar
de Morelos la llegada.
Los desgraciados sucesos
que en hora triste y aciaga
como teatro tuvieran
los cerros de Tesmalaca,
rápidamente alcanzaron
tan enorme resonancia,
que pronto á la capital
llegó de la Nueva España.
Consternáronse los pueblos
ante nueva tan infausta,
que al caudillo se esperaba;
y en tumultuoso tropel
en los puntos se agolpaban
por donde cruzar debía
la imponente caravana.

Cargado de duros grillos
el adalid caminaba
en medio de la rechifla
de una tropa desalmada;
aquellos hombres indignos,
cual cobardes se burlaban
del hombre que fué su espanto
en más de veinte batallas;
pero impasible Morelos
con entereza apuraba
hasta el fondo aquella copa
de las flaquezas humanas.

Enternecidas las madres
á sus párvulos mostraban
al que á la patria alumbró
con el sol de sus hazañas;
y los hombres, los ancianos,
formándole espesa valla,
á su paso, respetuosos,
con amor le saludaban;
ese afecto popular
hizo temblar el alcázar
donde arrullaba Calleja
sus ensueños de monarca;
y en consecuencia, dispuso
que el Santo Oficio "alojara"
en sus prisiones sombrías

al hombre que frente á Cuautla
hízolo morder el polvo
con la fuerza de sus armas.

II

Depuesto el ilustre mártir
del carácter de presbítero,
la Inquisición entrególe
á la justicia del siglo.
Un tal Bataller, entonces,
amplió la célebre causa
cuyo epílogo criiel
todo el mundo adivinaba;
pronto, en efecto el fiscal
pedía que se le amputaran
las manos y la cabeza
para enviarlos en Oaxaca.
Pero el valor asombroso
que el caudillo desplegara
en los instantes más plenos
de abrumadora desgracia,
despertó la admiración,
avasallando las almas
de aquella inmensa ciudad
del Continente sultana;
y al propagarse en la gente
el rumor que aseguraba

la oprobiosa petición
de aquella pena nefanda,
subleváronse los ánimos,
y en hirviente catarata
iba la turba y venía
por las calles y las plazas.
Temiendo el virrey que el pueblo
le arrancase de las garras
la inerme presa que tanto
en su vida codiciara,
á Concha mandó en secreto
que sin ninguna tardanza
se dispusiese á pasar
á Morelos por las armas.

XIV

EL SACRIFICIO.

I

Un vago tinte de nácar
diluyéndose en el cielo,
anuncia la pobre luz
de una mañana de invierno;
aire sutil, penetrante,

recorre el valle de México
rizando la superficie
de sus límpidos espejos;
la neblina es blanca y fría
como el sudario de un muerto
y en girones va á colgarse
de los picachos enhiestos;
piando las aves dejan
de dulce nido desierto
y se alejan á buscar
del almo sol los destellos;
en las tristes alquerías
brillan los íntimos fuegos
que encendieran los pastores
para calentar sus miembros;
y medrosas las ovejas
con el ladrar de los perros,
se internan en la montaña,
se pierden en el sendero;
entre los "tules" del lago
percíbese el chapoteo
de los ánsares y patos
que emprenden rápido vuelo;
y en los juncos de la orilla
las garzas mueven el cuello
al oír el matutino
cantar de pobres labriegos.

Del seno del ancho valle,
sobre el turquí de los cielos,
de cúpulas y de torres
se yergue manto soberbio:
es la gran Tenoxtitlán,
señora de un hemisferio
á quien rendían vasallaje
muchas ciudades y pueblos;
pero que en hora fatal
un terrible aventurero
su diadema le robó,
su libertad y su cetro;
y desde entonces cautiva
ha gemido sin consuelo
encadenada á los pies
de los monarcas iberos;
mas un anciano, un día,
sus hondas penas sintiendo,
decidióse á vindicar
sus ultrajados derechos;
y á su voz, cual un conjuro,
héroes y héroes surgieron
inundando las ciudades,
animando los desiertos;
y el cataclismo rugió,
la tempestad, el incendio,

rasgándose la tiniebla
con relámpagos sangrientos.
En efecto, ved allá,
del alba al primer reflejo,
una escolta pertrechada
con magnífico armamento;
de la ciudad se desprende
con cautela y en silencio
marchando por la calzada
que lleva al Norte de México;
entre filas rueda un coche
y junto á él granaderos
con órdenes de volarlo
en el menor contratiempo.
Después de tocar las calles
de aquél histórico pueblo
donde un santuario se alza,
cita de tantos romeros,
doblan el paso á la izquierda,
y de su jefe al acento
se esconden en los breñales
de triste y áspero yermo.

II

¿Quiénes son? ¿A dónde van
aquéllos hombres siniestros

que cual el tigre caminan
con zozobra y con recelo?
¿Son acaso una manada
de astutos lobos hambrientos
que en el horizonte husmean
algún cadáver infecto?
¿O bien la infernal jauría
de inicuos encomenderos
que azuzada va á cazar
pobres indios indefensos?
Son los soldados de Concha,
de Concha implacable y fiero,
que sueña matar de un golpe
la causa del insurrecto.
Triunfador en Tesmalaca,
quiso el destino funesto
que el héroe fuera á caer
en sus manos prisionero;
y ahora va á epilogar
con el plomo y con el hierro
aquel drama que iniciara
un cobarde traicionero; (*)
por eso va desconfiado,
por eso marcha con miedo,
pues va á fusilar al grande,

(*) Carranco.

al titánico Morelos;
y teme que de la sombra
broten millones de espectros
á disputarle la presa
con sus fulmíneos aceros.
¡Justo terror del verdugo
en el instante supremo!
Aquél horrible atentado,
aquél suplicio criiento,
ahogaría entre sus raudales
la iniquidad de un gobierno;
y al calor de sus cenizas
germinaría un gran pueblo
que más tarde llenaría
con su fama el universo.

III

De México, á legua y media,
y al Noroeste situado,
enclávase un pueblecillo (*)
sobre un estéril ribazo;
melancólica mansión
de humildes indios cuitados,
llena el alma de tristura
su paisaje desolado.

(*) San Cristóbal Ecatepec.

Negras columnas de polvo
recorren la haz del llano
que rodea aquél lugar
antiquísimo, hierático;
y pequeñas caravanas
que crúzanlo á todos lados,
nos hablan de viejas tribus,
señoras de aquellos campos.

A sus pies llegan rugiendo
las olas de turbios lagos
cuando el huracán chasquea
enfurecido su látigo;
y al resonar el clamor
del líquido en los peñascos,
cree el viajero escuchar
lamentos desesperados.

Grises pirámides térreas
fórmanle espeso vallado
que la cúspide rebasa
de sus rojizos tejados;
yacen ahí las salinas,
riqueza de aquel poblado,
que desde tiempos remotos
otras razas explotaron.

Sólo cual dulce esperanza
levántase el campanario
dándole vida y color

á aquél tristísimo cuadro.
y allá... muy lejos, enormes,
atalayas soberanos,
los volcanes gigantescos
el horizonte cerrando.

IV

En ese pueblo el virrey
clavó sus ojos airados;
"ahí será, dijo á Concha,
"Morelos ajusticiado."
Y en efecto, vedlos ya
las calles atravesando
y su marcha detener
de la parroquia ante el atrio.
En la propia sacristía
fué el caudillo encapillado,
y cual austero creyente,
prosternóse ante el vicario
y de su alma mostróle
los horizontes arcanos.
Después de ajustar sus cuentas
con el ministro sagrado,
retiróse á departir
con los adustos hispanos;
entonces con modo ingenuo
su valor extraordinario

irradiaba en su semblante
y en su decir reposado.
Concha admiraba en silencio
conmovido, cabizbajo,
aquella ecuanimidad,
aquel comporte bizarro,
y al igual sus oficiales
hondamente impresionados,
se inclinaban ante el hombre
de los hechos legendarios.
De repente, al escuchar
del parche el ronco llamado,
el héroe se irguió imponente,
majestuoso, soberano;
y dirigiéndose á Concha:
"Coronel, venga un abrazo;
no mortifiquemos más
que ya el instante es llegado."
Cogió en la diestra una cruz
y su sotana abrochando,
murmuró: "he aquí la mortaja
que el sino me ha deparado."
Quisieron vendar sus ojos,
mas él con acento blando
repuso: "aquí no hay objetos
que puedan turbar mi ánimo;"
pero ante nueva insistencia,

hízolo él con su mano,
yendo presto al sacrificio
como mártir resignado.
Al sentir la efigie augusta
de Jesús, entre sus brazos,
se detuvo y exclamó:
"¡Señor! ¡Señor! Si mis actos
fueron buenos, tú lo sabes;
mas si erré, y fueron malos,
en tu gran misericordia,
bajo tu bondad me amparo."
La ansiedad se hizo entonces
espantosa en aquel acto;
el pueblo se estremecía,
los jefes y los soldados.
Al colocarse por fin
el héroe dentro del cuadro,
una descarga se oyó
ensordeciendo el espacio.
Como la encina cae
sobre la roca azotando,
Morelos se derrumbó
En el suelo, ensangrentado;
quiso incorporarse, y luego
vibró segundo disparo
que la existencia arrancóle
con un grito sobrehumano...!

La Naturaleza entonces
estremecida de espanto,
á aquél grito respondió
con clamores subterráneos;
crujieron las cordilleras,
las llanuras trepidaron,
y los volcanes ignívomos,
negros monstruos rebramando,
sus melenas encrespadas
encendieron cual relámpagos.
Callaron las armonías,
los colores se apagaron
y el huracán como nunca
rugió desencadenado.
Las aguas antes tranquilas
de aquellos azules lagos,
olas gigantes enormes,
hasta el cielo levantaron;
y arrojándose impetuosas
del patíbulo hasta el campo,
la noble sangre del mártir
en su cristal se llevaron.
Frente de aquél cataclismo
los verdugos aterrados
confiaron su salvación
al correr de sus caballos;
y en las alas de los vientos,

por el terror azuzados,
como fantasmas corrían
por los montes y los llanos.

. . . . . .

. . . . . .

El pueblo se dispersó
un alarido lanzando;
era un reto al porvenir,
un anatema á sus amos.

. . . . . .

. . . . . .

V

Peregrino, cuando llegues
á aquel lugar venerando,
arrodíllate y saluda
la memoria del soldado
que por amor á su Patria
y por bien de sus hermanos,
¡en ese sitio cayó
por el plomo atravesado!

RAFAEL RUIZ RIVERA.

———

GUERRERO É ITURBIDE

I

ECLIPSE.

Muere Hidalgo destrozado
por las balas españolas:
sus capitanes sucumben;
y entre angustias y zozobras
quedan las huestes indianas
diseminadas y solas.
Morelos, el gran Morelos
encadena la victoria,
y enarbolando su enseña
sobre la cima orgullosa
de torres y de castillos,
de montañas y de rocas,
va sereno á declarar,
en acta augusta y famosa,

que la América es ya libre
y de sus actos señora:
pero implacable el destino,
marca la fecha angustiosa
en que el héroe preso sea
de los soldados de Concha;
y en un horrendo patíbulo
de infausta y triste memoria.
por la Patria va á verter
su noble sangre preciosa.

El ilustre guerrillero
que es de Navarra prez y honra,
salta á la arena, y al mundo
con sus hazañas asombra;
mas prisionero de Orrantia,
en las faldas rocallosas
del "Bellaco" ofrece á México
su limpia sangre española.

Terán y Sesma se indultan;
y en agrias sierras boscosas
perseguido y sin soldados
cruza el valiente Victoria.
Encerrados en obscuras,
tristes y horribles mazmorras,
se encuentran Bravo y Rayón
y otros cientos de patriotas.
Todo parece augurar

la decisiva derrota
y el eclipse abrumador
de la idea libertadora:
sus adalides no existen;
y la Junta que da forma
política al movimiento,
desmembrada y recelosa
vive sólo en la espesura
de las montañas umbrosas.

II

ORTO.

Sólo en el Sur, cual atleta
de las antiguas edades,
se alza fiero un capitán
entre peñas y zarzales.
Harapientas son sus tropas,
pero en la lucha, titanes
que han hecho el polvo morder
á las huestes virreinales.
Sufrido como ninguno
y cual ninguno constante,
ni le embriaga la fortuna
ni le espantan los azares.

Con hondo desprecio ha visto
las riquezas deslumbrantes
y honores con el virrey
háse propuesto comprarle.
Se ríe de las amenazas,
y su espíritu gigante
no ha comprendido jamás
temor ni debilidades.
El Gobierno, en sus obscuras
artimañas detestables,
ha recurrido á los ruegos
y lágrimas paternales;
pero inflexible el suriano,
y en su empeño incontrastable,
ha jurado no dejar
de la guerra el estandarte.
El comprende, no lo ignora,
que en tan críticos instantes
es de la Patria el sostén
y el solo representante.
Por eso con fe que asombra,
denuedo y valor gigantes,
se atrinchera en los picachos
de los montes tropicales.
Y cual águila, batiendo
las férreas alas pujantes,
desde la cima cae

sobre las tropas reales;
las despedaza, las rompe,
y en sus garras formidables
se estrellan del enemigo
los guerreadores audaces.
Iturbide, Armijo y Concha,
todos marchan al desastre,
y en derrota y dispersión
se encierran en las ciudadades.
Despiertan de su estupor
los antiguos capitanes
que retirados vivían
en sus modestos hogares;
Rayón y Bravo se lanzan
con arrojo á los combates
y refrescan de otros días
sus laureles incontables.
Victoria deja los bosques,
y enérgico, infatigable,
vuelve otra vez á llamar
con su espada fulgurante
sobre la ferrada puerta
de los hispanos alcázares.
Ante tal conflagración,
Apodaca y sus secuaces
se amedrentan y hasta el cielo
ponen sus gritos, sus ayes;

convocan á sus soldados,
y entre aquellos militares
queda Iturbide investido
con cargo de comandante
de las regiones del Sur,
do Guerrero y sus titanes
han hecho el polvo morder
á las huestes virreinales.

III

CAMBIO DE FRENTE.

Allá en las lindas montañas
y en los hermosos parajes
donde el Mexcala entre flores
riega sus limpios caudales;
allá donde las palmeras
sus anchas hojas flotantes
despliegan entre las nubes
de vaporosos encajes;
allá donde Primavera
con encantos sin iguales
cubre de verdor los montes
y de vergeles los valles;

allá donde la armonía
de las fuentes y las aves
tiene suspiros de virgen
y remedo de cantares;
donde el gemir de las auras
en los tiernos cafetales
finge el plácido murmurio
de las endechas amantes;
y donde en horas solemnes,
al bramar las tempestades,
se oye el acento de Dios
en las trombas y huracanes;
Iturbide fué á chocar
con sus cuerpos arrogantes
en la estrategia y valor
de Guerrero y sus parciales;
y en las montañas abruptas,
y en los recodos salvajes,
los realistas señalaron
el camino con su sangre.
Ascencio, el terrible Ascencio,
con arrojo insuperable
repetía sus emboscadas
y sus violentos ataques;
y con furia de leones,
y con fuerza de titanes
de los peñascos surgían

los insurrectos audaces.
Pronto trocaron sus hondas
con los fusiles flamantes
que á los iberos quitaban
en sorpresas y combates;
y de lo alto de las lomas,
aterradores, tonantes,
de sus cañones se oían
los disparos formidables.
Iturbide, comprendiendo
lo inminente del desastre
si se obstinaba en vencer
á Guerrero el indomable,
resolvióse á dirigirle
un elocuente mensaje,
en que le dice y expone:
que han cambiado sus ideales,
y que decidido está
desde aquél supremo instante,
á pelear y combatir
por las patrias libertades.
Le suplica con ardor
crea sus palabras veraces,
que no dude ni vacile
en tal empresa ayudarle,
y le pide con vehemencia
que en Acatempan le aguarde

para allí conferenciar
y descubrirle sus planes.
En una nota sencilla,
patriótica y no arrogante,
el caudillo contestóle
con estas sinceras frases:
"Si el coronel Iturbide
"jura derramar su sangre,
"por defender los derechos
"de la Patria, inalienables,
"yo prometo por mi honor
"y mi nombre militares,
"en campaña tan gloriosa
"su subalterno llamarme:
"que mi única ambición
"y mis desvelos constantes
"sólo son por vindicar
"las indianas libertades."

IV

EN ACATEMPAM.

Ya con sus rientes colores
asoma brillante el alba
tras las crestes y picachos
de la sierra no lejana.
Los gorriones y turpiales,
los tordos y guacamayas
sus cancioncillas entonan
entre los robles y palmas;
las gemidoras torcaces
ya desplegaron sus alas
y en la espesura se escuchan
sus quejas enamoradas.
Descienden los arroyuelos
filtrándose en las barrancas
entre peñascos y hierbas
copudas, enmarañadas.
Los cervatillos retozan,
y las reses y las cabras
se esconden entre las quiebras
sinuosas de la montaña.
Palidecen los reflejos
de las humeantes fogatas

que los labriegos encienden
al borde de sus cabañas.
Y lejos el canto breve
del gallo en la madrugada,
el ladrido de los perros
y el mugido de las vacas.
¡Cuán hermosa la Natura
luce esta linda mañana
sus encantos y armonías,
sus esplendores y galas!
Y completando tal cuadro
de belleza soberana,
dos ejércitos se extienden
bordeando negras montañas
como serpientes monstruosas
de fulgurantes escamas.
Son inmensos los clamores
y tremenda la algazara
que del seno tormentoso
de aquellas huestes se escapa;
y á los pálidos reflejos
y juguetones del alba
cual ígnea selva parecen
sus arcabuces y lanzas.
Los estandartes flamean
y los colores de España
se enfrentan con los que viste

la hermósa Virgen Indiana.
Los cañonazos retumban,
y de montaña en montaña
los ecos van despertando
con explosión soberana.
Las músicas lanzan himnos,
sonoras y alegres marchas,
en tanto que jubilosas
repiquetean las campanas
de iglesita pintoresca
que asoma por la enramada.
Los realistas hánse puesto
sus uniformes de gala,
y aplauden y vitorean
á la hueste mexicana.
Los insurgentes también
de vez en cuando levantan
su grito de libertad,
de independencia y de Patria.
De pronto dejan sus líneas
los jefes de aquellas tropas
y parten y se saludan,
al pie de una extensa loma.
Se abrazan con tal cariño,
con tanto afecto se nombran,
que más parecen hermanos
y no enemigos que se odian,

que se odiaban, es verdad;
más ya desde aquesta hora
se comprometen y juran,
por su Dios y por su honra,
libertar al patrio suelo
de la opresión española.
Retumban los cañonazos
y sones marciales tocan
las músicas y clarines
de aquellas huestes patriotas.
Los cohetes van rasgando
los aires, y jubilosas
las campanas de la aldea
lanzan su voz armoniosa.
Con el nombre de "El Abrazo
de Acatempan", en la Historia
es conocido aquel hecho,
aquella fecha gloriosa
que dieron término y fin
á la guerra destructora,
que por salvar á la Patria
de opresión ignominiosa,
sostenían con ardor
muchos y bravos patriotas.

V

EL HOMBRE DE IGUALA.

Es el corazón humano
un abismo inescrutable,
y en vano lucha el psicólogo
por querer interpretarle.
Hay hombres que son enigmas
ó misterios insondables
que á cada paso presentan
los más extraños contrastes:
amalgamas de egoísmo
y abnegación y bondades,
á veces semejan monstruos
y á veces parecen ángeles.
Las crónicas, las historias
en sus fecundos anales,
con frecuencia nos describen
á esos raros personajes
que tanto arrancan aplausos
como fallos condenables.
Iturbide, entre nosotros,
es ejemplo palpitante
de lo que puede el impulso
de las pasiones gigantes:

enemigo poderoso,
y quizá el más implacable,
de los que fueron de Anáhuac
libertadores audaces,
en muchos campos dejó
negras cenizas humeantes
y hecatombes que nos hablan
de su saña y sus crueldades;
pero un día la Providencia,
remediando tantos males,
llamó á las puertas umbrías
de su conciencia insondable;
y, cual Saulo vuelve atrás,
y de enemigo implacable
se convierte en defensor
de la Patria agonizante.
Y á su voz, cual un conjuro
de los magos orientales,
aquella lucha acabó
que rugia formidable
con horror ensangrentando
los campos y las ciudades.
Y en las cúspides altivas
de los palacios y alcázares
que orgullo fueron y gloria
de los tiempos coloniales,
una bandera enclavó,

bello pendón trigarante,
como símbolo sublime
de las patrias libertades.

VI

UNA FECHA CELEBRE.

Veintisiete de Septiembre
era del año veintiuno
del siglo décimo nono,
cuando con inmenso júbilo
la altiva Tenochtitlán,
señora del Nuevo Mundo,
sus anchas puertas abría,
sus baluartes y sus muros
á la hueste poderosa
que, en breve campaña, hubo
de vencer á los tiranos
y abatir á los verdugos
de esta tierra que á millares
héroes y genios produjo.
Desde temprano, al brotar
la lumbre del astro rubio,
fué tan grande el clamoreo,

el movimiento y barullo,
que la ciudad parecía,
desde el centro á los suburbios,
monstruoso mar sacudido
por el ábrego iracundo.
Los españoles rugían,
y en su impotencia y orgullo
clamaban trágicamente
contra el caudillo que pudo
en siete meses destruir
su poderío sin segundo.
Las campanas de cien templos
dando voces, el agudo
resonar de mil trompetas
y el jubiloso tumulto
de aquella grande ciudad,
eran épico saludo
que la nación ofrecía
á los guerreros augustos
que con su sangre y valor
roto habían el férreo yugo,
los grillos y las cadenas
que ataran á todo un mundo.
  En balcones y azoteas,
alcázares y tugurios,
se ostentaba todo el fausto,
la pompa toda y el lujo

de la linda capital
que, con amor y con júbilo,
sus regias puertas abría
sus baluartes y sus muros
al capitán decidido
que, en breve campaña, pudo
la altivez aniquilar,
la omnipotencia y orgullo
de los que fueron de Anáhuac
opresores y verdugos.
Montando un caballo negro (1)
soberbiamente enjaezado,
Iturbide se presenta,
dulce, afable, conversando.
Calza botas de charol
que contrastan con el albo,
pantalón de franjas de oro
del arrrogante soldado;
luce frac de tinte verde,
y desde el hombro hacia abajo
una banda tricolor
va su espalda sujetando;
sombrero airoso con tres
hermosas plumas montado

(*) Veanse las notas correspondientes al fin de este Romance.

y tricolor escarcela
dando aspecto soberano.
Le rodean sus ayudantes
de continente bizarro
cuyo heroísmo y valor
lo tienen bien demostrado.
Cinco batidores abren
la marcha con lento paso,
y en seguida el vencedor
con aire noble y gallardo
se adelanta á consumar
la empresa que ha comenzado.

* * *

En el orden más perfecto,
honra y vidas respetando,
dieciséis (2) mil combatientes,
en cien batallas fogueados,
van heróicos á clavar
en las torres y palacios
de la ciudad encantada
capital del virreinato
el pabellón trigarante
que en Iguala fué aclamado
como símbolo de honor,
como emblema sacrosanto
de gloria y de libertad

para el pueblo mexicano.
A la vanguardia desfilan
los campeones esforzados
que ciñéronse un laurel
de Arroyo Hondo (3) en los campos;
les siguen los granaderos
del coronel (4) denodado
que en Tepeaca conquistó
justo renombre de bravo.
Viene después Bustamante (5)
que triunfó en Atzcapotzalco
y aclamó la libertad
en Pantoja (Guanajuato.)
Sucédenle los leones
que con Guerrero asombraron
al mundo, por su constancia
y su valor sobrehumanos.
Don Luis Cortazar (6) asoma
de Santa Rita mandando
los dragones que en Amoles
la libertad proclamaron.
Viene luego Barragán (7)
Y tras él Nicolás Bravo, (8)
conocido en todo el mundo
como valiente y magnánimo.
Manuel de Mier y Terán, (9)
noble, marcial y bizarro,

va su cuerpo de artilleros
dignamente encabezando.
Ramiro (10) déjase ver
con sus cuerpos veteranos,
y Zarzosa y Joaquín Parres
sus divisiones mandando.
Aparece Filisola, (11)
pundonoroso y honrado,
haciendo crujir las calles
sus impacientes caballos;
y, cual último eslabón,
Chávarri llega cerrando
la marcha regia y triunfal
de aquél ejército magno.
Al acercarse Iturbide
á aquél grandioso edificio
que las crónicas llamaron
"Convento de San Francisco,"
descendió de su caballo,
y saludó conmovido
al alcalde y los ediles
que llegaban á tal sitio.
Don Ignacio de Ormaechea,
Presidente del Cabildo,
con estas ó iguales frases
al vencedor así dijo:
—"Señor, el Ilustre Cuerpo

"que, honrándome, yo presido,
"me ha confiado el alto honor
"de saludar al Caudillo,
"al Patriota singular
"cuyo valor y heroísmo
"le empujaron en Iguala
"á lanzar segundo grito
"que los derechos vindica
"del suelo en que hemos nacido:
"y en su nombre, á vos entrego,
"cual depositario digno,
"la llave (12) de la ciudad
"con su adhesión y cariño.
—"Señor, respondió Iturbide,
"decid al pueblo que ha sido
"mi obligación y deber,
"procurar con mis servicios
"su dicha y felicidad:
"y á vos y al leal cabildo
"por tan grande distinción
"os quedo reconocido;
"pero guardad esa llave,
"que en vuestras manos es símbolo
"de honor y de independencia,
"de autoridad y civismo."
Un repique atronador
saluda al bravo caudillo

que resuelto va á clavar
su santo pendón, bendito
sobre el almenaje obscuro
del viejo alcázar sombrío
que soporta la bandera
de Felipe y Carlos Quinto.
La muchedumbre se agita,
y es monstruoso el vocerío
de aquella masa que forman
los descendientes, los hijos
de los guerreros famosos,
de los indómitos inndios
que en una lúgubre noche,
llorar hicieron, rendido,
al más bravo capitán
que produjera aquél siglo
en que el sol no se ponía
de la España en los dominios.
Las mazmorras se derrumban,
se despedazan los grillos,
y el águila prisionera
se posa sobre el altivo
pabellón de tres colores,
que sobre el cielo purísimo
del Porvenir se alzará
respetado y bendecido.

RAFAEL RUIZ RIVERA.

(1) La parte subsecuente de este romanse lo escribí en vista de un artículo histórico del señor D. Revilla, publicado en el "Museo Mexicano," en Septiembre de 1843. —N. A.

(2) El ejército trigarante se componía de 7,416 infantes, 7,955 caballos y 763 artilleros con 68 piezas de todos calibres, haciendo un total de 16,134 hombres.—N. A.

(3) El 7 de Junio de 1821, se libró en Arroyo Hondo, cerca de Querétaro, la célebre acción de "Treinta contra cuatrocientos;" y en la cual, Epitacio Sánchez, al frente de 15 dragones; y Mariano Paredes y Arrillaga, á la cabeza de 15 cazadores del Fijo de México, derrotaron á 400 realistas mandados por el teniente coronel don Froylán Bocinos.—N. A.

(4) Don José Joaquín Herrera, más tarde Presidente de la República.—N. A.

(5) Don Anastasio Bustamante, también después Presidente de la República.—N. A.

(6) Gobernador de Guanajuato.—N. A.

(7) Presidente de la República.—N. A.

(8) Vicepresidente de la República. — N. A.

(9) El suicida de Padilla.—N. A.

(10) Don Rafael Ramiro, uno de los pocos patriotas que, durante la época más aciaga de la revolución, manifestaron fe inquebrantable por el éxito y buen porvenir de su causa.—N. A.

(11) Este ameritado coronel, á la cabeza de la 13a. división, había ocupado la Capital desde el día 24; pero cumplimentando la orden general del 25 al 26, habíase incorporado al ejército en las primeras horas de la mañana del día 27.

Creemos oportuno rememorar, en estos humildes renglones, aquella orden que vino á

dar cima, tanto á la empresa iniciada con Iguala, cuanto á la gloriosa lucha de once años comenzada por Hidalgo y terminada por Iturbide:

"Estado Mayor del Ejército.—Orden ge-
"neral del 25 al 26 de Septiembre de 1821.—
"El jueves 27 del corriente deberá entrar á
"la capital el ejército imperial, llevando la
"vanguardia la división del centro al man-
"do del segundo, el señor coronel don Anas-
"tasio Bustamante, con su correspondiente
"artillería, formando á su vanguardia una
"compañía de cazadores formada en guerri-
"lla; á ésta, las piezas de artillería con su
"parque; luego toda la columna de infante-
"ría, dividida por mitades ó frentes igua-
"les; seguirá la caballería con su frente
"proporcionado al que deban ocupar en las
"calles: éste ejército formará su cabeza
"apoyándola por el camino que llaman de la
"Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapul-
"tepec, y deberá estar en su formación en
"punto de las siete de la mañana.

"A esta división seguirá la de retaguar-
"dia en los mismos términos y orden de for-
"mación, apoyando su derecha á la izquier-
"da de la que le precede, tomando parte
"del camino de los Hospicios que se dirige
"hacia Tacuba.

"Seguirá, á la izquierda de esta división,
"la de vanguardia, ocupando el terreno que
"necesite hasta Tacuba, en el de Atzcapot-
"zalco; para no retardar el movimiento ge-
"neral en todo el ejército, el señor jefe de
"la vanguardia procurará dar sus órdenes
"y emprender su marcha con la anticipa-
"ción que sea necesaria.

"Las tropas de este cuartel general, em-
"prenderán su marcha á las cinco de la ma-

" ñana, con el objeto de ir á ocupar sus pues-
" tos en las respectivas divisiones á que per-
" tenecen en la línea que á cada una le está
" señalada.

" La tropa del mando del señor coronel
" Filisola, saldrá de México antes del ama-
" necer, dejando en dicha capital sólo la fuer-
" za muy precisa con los rancheros, y pasa-
" rá á ocupar el puesto que la compete en
" la división á que pertenecen.

" Las cargas de los batallones y escua-
" drones, con los equipajes de los señores
" oficiales, quedarán al cargo de un oficial
" con una pequeña escolta á retaguardia del
" todo del ejército, y no entrarán por pre-
" texto alguno, ninguna en la ciudad, hasta
" tanto se avise, que siempre será una hora
" después de haber entrado el ejército; para
" lo cual se detendrán sin distinción, todas
" en la garita de Belén, única por donde se
" permite la entrada.

" Desde que empiecen á marchar las co-
" lumnas, irán todos los señores oficiales de
" infantería pie á tierra, y sólo podrán ir
" á caballo los señores jefes y ayudantes,
" para lo cual dispondrán que los caballos
" de los que deben ir á pie se queden con las
" cargas.

" Los ayudantes del estado mayor, desti-
" nados en las divisiones, irán al lado de
" los señores jefes que las manden, como
" igualmente los ayudantes de orden de di-
" chos jefes, y todos éstos irán á caballo.

" El estado mayor general irá al lado del
" señor primer jefe para cuando se le ofrez-
" ca mandar.

" El señor primer jefe encarga muy par-
" ticularmente á los señores jefes de los ejér-
" citos, y á los de los respectivos cuerpos
" que los componen, procuren que la tropa

"se presente con el mayor aseo que sea po-
"sible, atendidas las circunstancias de falta
"de vestuario; con el armamento y correa-
"je en el mejor estado de aseo; y por últi-
"mo, encarga el mayor silencio y modera-
"ción, tanto en la marcha el día de la en-
"trada, como también en los subsecuentes
"de la permanencia en la capital, haciendo
"que todos los individuos que componen el
"ejército trigarante, guarden la mejor ar-
"monía con los habitantes, dando con eso
"más pruebas de su disciplina, subordina-
"ción y buen comportamiento.

"Los cuerteles serán señalados por el je-
"fe del estado mayor, para lo cual acudirán
"los ayudantes de éste, destinados á los
"ejércitos, por las respectivas boletas de alo-
"jamiento.

"Para no molestar á las otras tropas dis-
"tantes, se mantendrán en sus puestos, ex-
"cepto las señaladas en esta orden, las que
"deberán marchar como está indicado. —
"Cuartel general en Tacubaya, Septiembre
"25 de 1821.—Melchor Alvarez, jefe del es-
"tado mayor."

(12) En rica fuente de plata, sostenida por cuatro maceros, le fué presentada á Iturbide la áurea y refulgente llave por el primer alcalde de la ciudad.—N. A.

LA CAMPANA DE DOLORES.

Era un pueblo, era una aldea
Entre moreras frondosas
Y parras de hojas lustrosas,
En donde el sol espejea.
El ambiente juguetea
En el campo solitario;
Cada rosa es incensario
Que mece al pasar la brisa.
Y á lo lejos se divisa
La aguja del campanario.

Ya va la noche avanzando,
Las calles están desiertas;
Y de ventanas y puertas
Que pausadas van cerrando,
Se escuchan de vez en cuando

Los aldabones de hierro:
Y allá en el lejano cerro,
Como una loca que llora,
Oyéndose está á deshora
El triste aullido del perro.

Sólo tras de la vidriera,
En la ventana del cura,
Estrella en la sombra obscura
Y que triste reverbera,
Hay una luz, luz postrera
Que se extingue hasta muy tarde:
De vigilia haciendo alarde
En la soledad inmensa;
Es que un cerebro allí piensa
Junto á la lámpara que arde.

Allí está el hombre inmortal,
Reclinada la cabeza
En la tallada corteza
Del respaldo del sitial.
Sus ojos no dan señal
De ver lo que le rodea;
Y es que acaso centellea
En su cerebro profundo,
Llevada de mundo en mundo,
La vibración de una idea.

Quien pudiera penetrar
Por el velo de su mente.
Hallara allí la imponente
Tormenta como en el mar;
Es que de tanto pensar
No se comprende á sí mismo,
Y en alas del fatalismo
El y su genio, los dos,
Como en el génesis Dios,
Caminan por un abismo.

Avanza la sombra obscura
Que cubre el pueblo y el valle,
Cuando se oye por la calle
El golpe de la herradura.
Llega una cabalgadura,
Y la puerta del curato,
Abriéndose á poco rato,
Le da á un jinete la entrada;
La puerta queda cerrada
Y él entra con gran recato.

Sale á su encuentro el anciano
Lleno de inquietud y afán;
Y el valiente capitan
Le besa al cura la mano.
Al mirar al veterano,

De su apostura al través,
La vista duda si es,
Por lo audaz y lo bizarro,
Un capitán de Pizarro,
O un cabo de Hernán Cortés.

Hay una dura expresión
De su rostro en el contorno,
Y revelan su trastorno
Los golpes del corazón;
Rasga el airado infanzón
Los ojales de su peto,
Y como un cartel de reto
Que duelo de muerte anuncia,
Saca un papel que denuncia
La violación de un secreto.

Denuncia que fué arrancada
Por miedo y terror profundo,
De labios de un moribundo
En la postrera boqueada:
Cuando ya sintió quebrada
El ala de la existencia,
Del sacerdote en presencia,
Por obtener el perdón,
Consintió en la delación;
¡Así te burlan, conciencia!

Sintióse herido el poder
A tan formidable amago:
Oponiéndose al extrago,
A Hidalgo manda aprehender;
Pero una santa mujer,
A quien Dios señalar quiso,
Mira la orden de improviso,
El gran secreto sorprende,
Y angustiada manda á "Allende"
El más oportuno aviso.

A los postreros fulgores
Del muerto sol de occidente,
Parte el capitán valiente
Hacia el pueblo de "Dolores:"
Viento y lluvia en sus furores,
Nada son para su brío;
El vuelo de su albedrío
No hay quien detenerle pueda,
Y al triste toque de "queda",
Penetra al pueblo sombrío.

Hidalgo es la inteligencia
De aquella gigante trama,
Y su labio es quien aclama
Al Dios de la "Independencia;"
Mas ¡ay! que ya una sentencia,

Fragor de rayo potente,
Va á caer sobre su frente
Hundiéndola en el ocaso.
¡Quién puede avanzar el paso
Sobre de la mar rugiente!

¡La muerte! el capitán grita,
Y su frente se obscurece;
El sacerdote enmudece
Por largo rato y medita;
Mueve los labios, se agita,
Y sin esperanza alguna,
Viendo extinguirse una á una
Las ilusiones que abarca,
Con fe se tira á la barca,
Cual César y su fortuna.

A sus ojos se presenta
La batalla aterradora
Y su voz atronadora
Invoca la lid sangrienta.
Al enemigo no cuenta,
Mira á sus soldados fieles
Cosechando sus laureles,
De la batalla á las luces;
Relámpago de arcabuces
Y revólver de corceles.

Airado torna la vista,
Y á la luz de su memoria
Mira revivir la historia
Terrible de la Conquista.
¡Ah! ¿quién habrá que resista
A su espada vengadora?
Ya de otro siglo en la hora
Su ánimo audaz no se arredra,
Y salpica al Dios de piedra
La sangre conquistadora.

Su corazón se reviste
De una coraza de acero,
Y busca airado al guerrero
Que con más ardor embiste.
Penetra en la "Noche Triste,"
Y tal su despecho es,
Que, de la sombra al través
Ve al conquistador tirano
Llorar, y en su misma mano
Bebe el llanto de Cortés.

Mira la terrible hoguera
Donde Cuauhtémoc perece;
Y hasta un genio le parece
Que le entrega una bandera.
Con el aliento quisiera

Luchar, y fiero luchara,
Hasta que rudo alcanzara,
De venganza como ejemplo,
Poner sobre el mismo templo
De Huitzilopochtli el ara.

Tender osado la vista,
Y al correr de sus corceles,
Ir hollando los laureles
Que arrebató la conquista.
Hallar, como un fatalista
En las sombras del camino,
La clara estrella del sino
Cuyo fulgor reluciente
Daba un mundo independiente,
Como cifra del destino.

Como un relámpago ardiente
Que en el cielo centellea,
Rápida cruzó la idea.
Por el campo de su mente;
Volvió la vista doliente
Hacia un Santo Crucifijo,
Nadie sabe qué le dijo;
Pero algo terrible fué,
Que el sacerdote de pie
Estuvo un momento fijo.

Murmuró después en calma:
"Eres luz, libertad, gloria;
"De tu martirio la historia
"Se conserva en una palma;
"Ves el fondo de mi alma,
"Inspírame con tu aliento;
"Al obscuro pensamiento
"Que brota en mí, dale luz!
"¡Ah! ¡Tú has muerto en una cruz
"Y yo mi muerte presiento!

"Que mi honra postrera sea,
"Cuando yo mire seguro
"En el horizonte obscuro
"El porvenir de mi idea!
"La ardiente luz que flamea,
"Haz que mi mano no arroje,
"Aunque tu justicia enoje,
"En tu altar yo la encendí;
"Este suelo en que nací
"Deja que mi sangre moje!"

La augusta calma recobra,
Y queda parado entonce
Como una estatua de bronce,
Sin inquietud ni zozobra.
Mide lo inmenso de su obra,

Y mantiene un rato largo,
En parasismo ó letargo,
Entre dormido y despierto;
Y como Cristo en el "Huerto,"
Apura el cáliz amargo.

El tiempo corre insensible;
Y el capitán, impaciente,
Interrumpe de repente
Aquél silencio terrible.
"Salvarnos es imposible;
"Morir sin nombre y sin gloria,
"Sin dejar una memomia,
"Cuando el corazón alienta!...
"Obscura mancha de afrenta,
"Donde eche un velo la historia!

"La patria tu sangre pide,
"Dijísteis entusiasmado;
"Y yo, patriota y soldado
"Que nunca el peligro mide,
"La ofrezco, y hoy se decide
"El azar que voy buscando;
"Al destino estoy rogando
"Que temple mi duro acero,
"Porque á rendirme prefiero
"Morir en la lid matando!

"¡Combatir hasta vencer
"Sosteniendo una bandera!
"Y si es preciso que muera,
"Lidiar hasta perecer;
"No como débil mujer
"Que llora tras la muralla;
"Ir al combate sin malla,
"Y envolverme temerario
"En ese blanco sudario
"Del humo de la batalla!"

Calló el joven; del anciano
En la pálida mejilla
Lágrima candente brilla;
Gota que encierra el arcano,
De aquél valor sobrehumano
Que ya su mirada advierte.
Con pulsación ruda y fuerte
Tiende el capitán los brazos,
Y sellan aquellos lazos
El heroísmo y la muerte.

—"Así os quiero, capitán,"
Dice con tranquilo acento,
Descubriendo el pensamiento
Que mueve su eterno afán.
—¿Dónde las huestes están?

Dice Allende: no me asombra,
Cuando á la patria se nombra,
Lucharé solo, he aquí mi acero!
—Daros esas huestes quiero,
Se las pediré á la sombra.

Con una ansiedad febril
Y su voz airada y bronca,
Despierta á un indio que ronca
En las losas del pretil.
Se alza asustado el "topil,"
Murmura el cura á su oído
Una frase, y sin ruido
Abre con calma la puerta,
Y por la calle desierta
Se ve en la sombra perdido.

Mientras más la noche ahonda,
Se arrastra más con cautela;
Se esquiva del centinela
Y esconde el bulto á la ronda.
No hay dintel do no se esconda,
Y cumpliendo como bueno,
De inquietud y miedo ajeno,
Llega á la última casa,
Y en cada esquina que pasa
Le da una "cita" al "sereno."

Tórnase después de un rato;
Los "guardas" van silenciosos,
Penetrando cautelosos
Por el zaguán del curato.
El indio con gran recato
Avisa al cura que aguarda;
Ni un instante se retarda,
Sale animoso el anciano:
Todos le besan la mano,
Mientras él silencio guarda.

De aquél volcán que revienta,
A la terrible explosión,
Se acobarda el corazón
Y el ánimo se amedrenta.
Ya ninguno se da cuenta
De lo que escucha y espanta;
Dogal se hace la garganta;
Quieren huír, imposible;
Hay una mano invisible
Que su voluntad quebranta

¡A morir! todos clamaron,
Lanzados sin saber cómo,
Y sobre la cruz del pomo,
¡INDEPENDENCIA, juraron!
Libertad, todos gritaron!

Sonó su grito en la historia,
Y para inmortal memoria,
Se oyeron lentas, pausadas.
Vibrar "once" campanadas
Como once ritmos de gloria.

Convierte en tienda de guerra
Aquel "curato" ruín,
Y tiembla el vasto confín
De la americana tierra.
Ya nadie su paso cierra;
Se oyen repiques á vuelo:
Brota guerreros el suelo,
Y el ibérico dominio
Oye el grito de exterminio
Que rompe y vibra en el cielo!

La Virgen de Guadalupe
Pone en la blanca bandera,
Y aquella turba altanera,
Cual ola que el mar escupe,
Lluvia torrencial que tupe
En la montaña y desierto,
Dirige su paso cierto;
Y ya en los campos de Marte
Iza el glorioso estandarte,
Cual nave que llega al puerto.

Quedóse el templo cerrado;
Despareció el sacerdote,
Y de la guerra al azote
Va en su corcel el soldado;
El caudillo denodado
Hace estremecer la tierra;
Nada su valor aterra;
Audaz, terrible, valiente,
A su voz toda la gente
Levanta el grito de guerra!

Mira el peligro el blasón
De la antigua monarquía,
La tierra que presentía
En sus ensueños Colón.
Siente roto el eslabón
De la americana zona;
Nueva conquista pregona,
Y jura á Dios y á sus leyes,
De los católicos reyes
No quebrantar la corona.

Torna á emprender la cruzada
Con el estandarte aquel,
Que vió la reina Isabel
En los muros de Granada.
Atrevida es la jornada,

El lance terrible es,
Ya tiene puesto el arnés
Y se lanza decidida,
Cuando ha quemado atrevida
Sus naves como Cortés.

Puede el sepulcro encontrar,
Luchando con fiera saña,
Como Hernando allá en España
La rota de Villalar;
Abandonando el altar,
Y con el místico arreo,
Busca á España en el torneo,
El sacerdote cristiano,
Y del estandarte hispano
Hace su primer trofeo.

En Guanajuato la altiva,
Lanza el turbión de su gente,
Cual desatado torrente,
Desde las rocas de arriba;
Allí el combate se aviva;
Terrible se hace el torneo;
Y entre el rudo clamoreo,
Que llena el gigante foro,
Siente sus entrañas de oro
Temblar con el cañoneo.

Le contemplan las edades,
Sobre su corcel violento,
Atravesar como el viento
Los campos y las ciudades,
Rumor de las tempestades
En ese grito que estalla
En sus filas de batalla,
Cuando á las primeras luces
Llega al "Monte de las Cruces,"
En busca de la metralla.

¡Cuánta admiración provoca,
Cuando de virtud ejemplo
La bóveda azul por templo,
Y por altar una roca;
Allí á la victoria invoca
En aquel terrible embate!
¡Angustiado el pecho late
De duda, nunca de espanto;
Que allí el "Sacrificio Santo"
Es prólogo de un combate.

Ronco grito al fin estalla,
Cuando al descubrirse el sol
El ejército español
Llega al campo de batalla.
Heridas por la metralla,

Del combate en el espanto
Allí se encuentran en tanto
De la lucha en los horrores,
La "bandera de Dolores"
Y la que triunfó en "Lepanto."

El caudillo denodado;
De la batalla en el centro,
Acude á cualquier encuentro
Como un experto soldado.
En el momento angustiado,
Llegan y llegan legiones,
Y lanza sus batallones
Y los roncos alaridos
Hasta cubrir con su pecho
La boca de los cañones.

Del anciano á la influencia,
Sigue la lucha empeñada,
Sobre la arena escarbada
Venden cara su existencia;
Heróica es la resistencia;
Pero su valor se agota,
Lívido el pánico brota,
Habla entusiasta el caudillo,
Y en el campo de Trujillo
Se declara la derrota.

De aquella sangrienta arena
Como un sonámbulo sale:
Sólo su valor le vale;
Su actitud noble y serena
Su voz tonante resuena;
Donde el desorden se nota
Carga la hueste patriota;
El arma en el fuego templa;
Y "Guanajuato" contempla
Su más terrible derrota.

Quiere recobrar su fama;
Con los restos de su gente
Cierra denodado el "Puente,"
Y allí la victoria llama,
Con el corazón la aclama
Que rudo en su pecho late;
¡Mas ¡guay! su pendón se abate,
Y guarda como un blasón
El "Puente de Calderón"
La historia de aquél combate!

Entre soñando y despierto,
Va del desastre en la sombra;
A su espíritu no asombra
La soledad del desierto.
Por la traición descubierto

Cae en la red que le tiende:
El enemigo sorprende
Aquellos heróicos restos
Y encuentra firme en sus puestos
A Aldama, Abasolo, Allende.

Hidalgo, con faz serena
Y con ademán severo,
Va, como siempre, el primero;
Alma de temor ajena,
El sicario lo encadena,
Con una furia cobarde;
Y á la luz del sol que arde,
Chihuahua los mira entrar
Entre el rumor popular
De su presa haciendo alarde.

El sacerdote se entrega
En brazos de su destino;
Es que un aliento divino
A su ser sublime llega.
Desde el patíbulo lega
Al mundo que está delante,
Ese espíritu gigante
Que aún palpita en esta tierra,
En cuanto aprisiona y cierra
Del Pacífico al Levante.

¡Sube con tu frente clara
Al cadalso, heróicc ejemplo
Para tí la historia es templo
Y el patíbulo es el ara!
¡Lleva tu fama preclara
Luz esplendente de gloria!
¡Oh qué gigante memoria!
¡Qué recuerdo tan profundo!
¡Cumpliendo estás en el mundo
La ley fatal de la historia!

De la existencia la tea
Se extingue al golpe instantáneo,
El plomo al herir tu cráneo
Dejará intacta la idea;
El rojo sol que flamea
Recorriendo el firmamento,
Con el ímpetu del viento
Que arrolla las tempestades,
A las futuras edades
Llevará tu pensamiento!

¡No temas, no; tu nombre
No lo tragará el olvido;
Que un pueblo lleva esculpido
Con luz de estrella tu nombre!
Tú serás, y no te asombre,

Mito en las libres naciones,
Y al sombrear tus pendones
Los altares de la gloria,
Adorarán tu memoria
Siglos de generaciones!

Esa campana que un día
Entre el rudo desconcierto,
Resucitó á un pueblo muerto,
A una nación que dormía;
La escuchamos todavía,
Timbre augusto en nuestra historia,
Que guardará esa memoria
Entre su bronce bendito,
Con aquel solemne grito
De "Independencia" y de gloria.

LEONA VICARIO (*)

I

Reclusión y Libertad

Del Colegio de Belén
los recios muros ocultan
á doncella que es tesoro
de bondad y de hermosura.
Luce en su frente el candor
del alma sin nube alguna,
y de sus ojos tan negros
como sus cejas obscuras,
escápanse de virtud
los destellos que fulguran

(*) Se consultó la interesante obra: "Leona Vicario," del señor Lic. don Genaro García, para escribir el presente romance.—N. A.

á la manera del astro
al disiparse la bruma.
¿Qué tiene la hermosa joven,
por qué sus quejas se escuchan
lo mismo al rayar el alba
que cuando el sol ya no alumbra?
De Nueva España nacida
en la metrópoli culta,
en Abril de setecientos
ochenta y nueve, su cuna
cubrióse con los cendales
de la existencia que arrullan
los cánticos del amor
en bienhechora coyunda
con la suerte bonancible
que calma y dicha asegura.
En breve quedóse huérfana,
y aunque posición la ayuda,
siente en su pecho el vacío
de seres que no la escudan;
que si un tío la acompaña
del mundo en la horrible lucha,
es de distinto pensar
y esto su confianza trunca.
Agustín Pomposo vive
sirviendo al rey sin disputa,
como antiguo caballero

fiel al trono que le busca.
Leona Vicario es ardiente
partidaria de la "chusma"
que allá en Dolores alzó
por la Independencia un cura;
y en el campo donde alienta
con Morelos la fortuna,
hay un bravo paladín
á quien la brega no asusta,
ni el castigo que á traidores
los virreinales auguran.
Andrés Quintana es el bravo
paladín que con fe pura
á Leona brinda su amor,
sus afecciones profundas.
Y lejos se halla el amante
y el lloro la faz inunda
de la joven que á su Andrés
idolatra como nunca.
Don Agustín, que comprende
de su sobrina las luchas,
su adhesión por los guerreros
de la libertad augusta,
al Colegio de Belén
la lleva como reclusa,
para que el Gobierno juzgue
su devoción y su culpa.

Allí vive la doncella,
los recios muros la ocultan;
allí de sus puros labios
las hondas quejas se escuchan,
lo mismo al rayar el alba
que cuando el sol ya no alumbra.

Más de un mes ha transcurrido
desde el día en que reclusa
se viera en aquél colegio
la joven hermosa y pura.
Sus amigos, los parciales
de la Independencia, luchan
por salvarla á toda costa
de la prisión que la abruma;
y entre aquellos defensores
del suelo que vió su cuna,
está Andrés el adorado,
que la proteje y escuda.
No falta entre los realistas
que de la joven se ocupan,
personaje que asegure
que el colegio no se ajusta
á quien esconde en el pecho
ideas de importancia suma;
que temiendo la evasión,

indispensable lo juzga
sea trasladada sin tregua
á otro sitio la reclusa.
Mas corre el tiempo y no cambia
de los jueces la conducta,
y ya mira realizada
Leona Vicario su fuga.

Corre Abril del año trece,
y al abrigo de la obscura
noche que tiende su velo
por la metrópoli culta,
seis embozados se acercan
á la fábrica vetusta
donde la joven Vicario
con sus pensamientos lucha.
Dos se encaminan en breve
á la portería muda;
con presteza á los guardianes
de aquél lugar aseguran;
dirígense al aposento
que á la joven les oculta,
y dos minutos después
emprenden la ansiada fuga
llevando el rico tesoro
como emblema de fortuna.

Algunos días más tarde,
cuando vigilancia suma
disminuyó sus ardores
sin esperanza ninguna,
pobres arrieros salían
de la metrópoli culta
con un atajo de burros
llevando cueros y frutas.
Sobre "huacales" marchaban
mujeres con caras mustias,
demostrando en sus harapos
las indigencias que abruman.
Entre aquellas infelices
caminaba alegre una
negra, de aspecto infernal,
en cuyo semblante, nunca
hubiérase sospechado
á aquella joven reclusa
que se demostrara ardiente
partidaria de la "chusma
que allá en Dolores alzó
por la Independencia un cura.
Ella había dicho al borrar
con la tinta su hermosura:
"No importa que yo parezca
"de los avernos la furia,
"si así logro contribuir

"á la libertad futura
"de aqueste suelo bendito
"donde se meció mi cuna."

II

Un matrimonio de insurgentes

Alegre está la campiña,
muy alegre el campamento;
la naturaleza viste
de ricas galas el suelo.
En todas partes la luz,
el perfume, los conciertos;
endechas en la espesura,
entre las flores el céfiro,
arriba el azul sin mancha
sobre los picos excelsos.
¡Qué entusiasmo en los hogares,
qué día tan puro y sereno;
cómo se eleva el espíritu
á la región de lo bello,
y cómo brinda el amor
con sus plácidos ensueños,
al que un instante se acoge
á dulce paz y sosiego!

Agítanse los soldados,
bulle la gente del pueblo;
la música con sus sones
va aumentando el embeleso
de que poseídos se hallan
los corazones aquellos
de la turba campesina
y de los bravos guerreros,
que treguas dando al combate
y á los heróicos esfuerzos
por conquistar en el mundo
la Independencia de México,
se olvidan de la amargura,
de la inquietud y el desvelo,
para unir sus ilusiones
al mutuo contentamiento.

Tras largos meses de ausencia
en que marchitas se vieron
las flores de la pasión,
de los deleites supremos,
y agobiadas por el soplo
de vendavales maléficos,
sin aroma ni matices
rodaron por el desierto;

don Andrés Quintana Roo,
del insurgente modelo,
torna á mirar en sus brazos
al dulce y cándido objeto
de su risueña esperanza,
de sus amores sin término.

Y el buen Dios, que sus bondades
derrama sobre los buenos,
premiando así las fatigas
y los dolores acerbos,
une al fin con lazo fuerte
á los que vida pusieron
y bien estar y reposo
en bien del nativo suelo. (*)

Mas la tregua no se impone
de lucha en horribles tiempos;
es preciso que á la lid
tornen los bravos guerreros;
que si por la patria luchan
y su innegable derecho,
indigno de mexicanos
fuera hundirse en el beleño
que la dicha les ofrece
con su quietud y sosiego.

(*) No ha podido averiguarse todavía el lugar y fecha exactos del matrimonio de los dos insurgentes.—N. A.

Y allá van los combatientes
con su titánico esfuerzo,
á medir sus energías
con el valor del ibero;
y quédense en lontananza,
para los ánimos quietos,
endechas en la espesura,
entre las flores el céfiro,
arriba el azul sin mancha
sobre los picos excelsos.

III

El Sacrificio y la Gloria

Apenas brota la luz
del Congreso en Chilpancingo,
y ya se obliga á sus miembros
á emprender aquel camino
de lutos y privaciones,
de desengaño infinito,
que fué imágen del Calvario
para los patriotas dignos
que en las aras del deber
y del santo patriotismo,
sacrificáronse fieles

sin exhalar un gemido,
la cabeza erguida y firme,
en la mirada los vivos
fulgores que centellean
de genios nunca extinguidos,
y en el corazón lo noble,
lo que se eleva, lo altivo,
lo que desafiando está
la furia del enemigo,
con ese ardor que presiente
libertades ó suplicios.

Y así marchan sin temor,
en pugna con el destino,
por los montes y los valles,
los pueblos y los bohíos.

En Tlacotépec descansan
por un momento tranquilos,
y luego sigue la errante
comitiva por los sitios
de Las Animas, Uruapan,
Potuco, Tiripitío.

En todas partes se yerguen
los realistas enemigos;
mas al acero se oponen
los denodados civismos
de los que llevan por guía
en la ruta del martirio

la estrella de redención
para México cautivo.
Entre aquellos luchadores,
los de sin par heroísmo,
levántase la mujer
de Quintana Roo el invicto,
que desafiando las penas,
dolores y sacrificios,
de grupo en grupo camina
impartiendo sus auxilios
y derramando en las almas
de los pobres fugitivos
las frases consoladoras
de un futuro bendecido
en que la hoguera no alumbre
de la matanza y el vicio,
sino la aurora feliz,
de la contienda al abrigo.

Con la muerte conquistaron
la corona del martirio,
Morelos y Matamoros,
Galeana y otros dignos
de sempiterno laurel
y de inmarcesible olivo.
Ya no funciona el Congreso

que naciera en Chilpancingo;
la traición y la perfidia,
la desconfianza, el olvido,
surgir hicieron las crueles
escenas de San Francisco (*)
mas por los montes y valles,
los pueblos y los bohíos,
encamínanse afanosos
los patriotas fugitivos;
la dolencia no quebranta
su valor y su prestigio,
ni hiere sus ilusiones
lo próximo del peligro.
Estrechados más y más
y á cada paso seguidos
por virreinales que quieren
aprehenderlos de continuo,
don Andrés Quintana Roo
y su esposa, pobre asilo

(*) "El Supremo Congreso entró en Te-
"huacán, el 16 de Noviembre (1815), y el 10
"del siguiente mes, acordó transladarse al
"pueblo de Coxcatlán, para gozar de mayor
"seguridad; pero poco tranquilo aún, se re-
"tiró de allí á la hacienda de San Francis-
"co, donde fué aprehendido y disuelto, po-
"cos días después, por fuerzas insurgentes
"rebeladas en su contra."—Obra del señor
Lic. García, ya citada.—N. A.

demandan en Achipixtla,
y una cueva les da abrigo.
Falta de dulce calor,
sin pañales, sin armiños,
mas con el fuego sagrado
que brota del patriotismo
y el santo amor de sus padres,
reflejo de amor divino,
vió la luz una criatura,
Genoveva, cuyo brillo
iluminó como aurora
el horizonte sombrío. (*)
Y la leyenda refiere,
en su lenguaje sencillo,
que en un "huacal" fué llevada
la niña al alto recinto
que alzaba lejos, muy lejos
su campanario mezquino.
Allí en brazos de Ravón,
del general noble y digno,
purificáronla entonces
con las aguas del bautismo;
y aquella niña fué el lazo

(*) El Nacimiento de la niña Genoveva, tuvo lugar en la cueva de Achipixtla, el 3 de Enero de 1817, según consta en el libro citado en la nota anterior.—F. V.

que mas unió los destinos
de dos grandes redentores
de nuestro suelo oprimido;
el imán al que tendieron
culto y afecciones íntimos,
y en la futura contienda
con los dolores prolijos,
el bálsamo bienhechor,
de sus penas lenitivo.

¡Sublime culto á la patria
que así elevas al cautivo
de la condición de esclavo
á la de hombre redimido;
culto que engendras fortuna,
levantas á los caídos
y haces brillar en la Historia,
como diamantes purísimos,
las prodigiosas labores
que los genios redivivos,
que, como Leona Vicario
con su ardiente patriotismo,
ejemplo dieron al mundo
de abnegación, de cariño,
labrando con sus virtudes,
por los siglos de los siglos,

la recompensa de gloria
que ofrecen los redimidos
al que surge en el Tabor
después de los sacrificios!

FULGENCIO VARGAS.

VILLALONGIN.

I.

El caudillo de Dolores,
el gran padre de la patria,
que fué el primero que heróico
apresuróse á salvarla;
Si bien triunfó en Guanajuato,
donde entre lluvia de balas
tomó, al fin, de Granaditas,
la Alhóndiga amurallada,
Y en el Monte de las Cruces,
con sus huestes entusiastas,
alcanzó sobre Trujillo
de la victoria la palma;
En San Gerónimo Aculco,
de la fortuna voltaria

sufrió los crudeles desdenes,
y vió humilladas sus armas.
Pero tan grave desastre
al gran héroe no amilana,
que es de un acerado temple
su ardiente y fogosa alma.
Tal derrota fué aguijón
para su valiente espada,
y la sangre de sus bravos
juró, cuanto antes, vengarla.
Para reparar sus fuerzas,
para proveerse de armas,
y ponerse en aptitud
de emprender nueva batalla,
Resuelve á Valladolid
dirigir luego su marcha,
y sus tropas se encaminan
á esta ciudad michoacana.

II

Érase el diez de Noviembre,
cuando difundióse pronta
la noticia de que Hidalgo,
con el grueso de sus tropas
Llegaba por la garita
que del "Zapote" se nombra,

y á ocupar la población
se disponía sin demora.

El intendente Anzorena
que Hidalgo en ocasión otra,
nombró para tal encargo
por ver que era buen patriota,

Se apresuró á recibirlo
con la esplendidez y pompa
que merecía el caudillo
de nuestra América hermosa.

Su presencia, el entusiasmo
despertó en las almas todas,
y en defensa de la patria
quisieron volar fogosas.

Muchos vallisolitanos,
ansiosos de lustre y gloria,
se aprestaron á engrosar
del héroe ilustre las tropas.

Entre ellos fué Don Manuel
Villalongín, cuya esposa,
doña Josefa de Huerta,
era su delicia toda.

Pero amante al mismo tiempo
de su patria encantadora,
se resolvió ir á la guerra
dejando á aquélla llorosa.

Dice ¡adiós! á su consorte;
en su brioso corcel monta;
y marcha á Guadalajara
con Hidalgo á quien adora.

III.

El valiente Antonio Torres
que en terrenos de Jalisco,
de la sacra Independencia
propagara el fuego activo;
Sale al encuentro del héroe
con inmenso regocijo,
y llega á San Pablo Analco
á donde fué á recibirlo.
Todas las autoridades
y principales vecinos,
con un suntuoso banquete
le obsequiaron contentísimos.
Al llegar á la ciudad,
el clero todo reunido,
cantó un solemne "Te Deum,"
dando gracias al Altísimo.
Y después allá en palacio,
respetuosos y sumisos,
á darle fueron sus plácemes
los galantes tapatíos.

La oficialidad de Hidalgo
provoca elogios muchísimos
por su elegante apostura,
su aire marcial y su brío.
El, para excitar su aliento
y darle mayor estímulo,
les brinda ascensos honrosos
á los que juzga más dignos.
En Villalongín notando
gran valor y patriotismo,
él, de Mariscal de Campo
le honra luego con el título.
El valiente michoacano,
y éndose así distinguido,
jura de grado tan alto
jamás, nunca hacerse indigno.
Jamás rendirse cobarde,
y jamás, pedir sumiso,
en ninguna circunstancia
el indulto al enemigo:
Pelear siempre sin descanso
hasta triunfar por su brío,
ó en las aras de la patria
perecer, como buen hijo.

IV.

Calleja, al tener noticia,
de que se encontraba Hidalgo
en Guadalajara al frente
de su ejército esforzado,

Se apresura ir á batirlo,
y dejando á Guanajuato
emprende luego su marcha,
llegando impaciente á Lagos.

Se une con Cruz, y reunidos
ya los ejércitos de ambos,
forman uno solo y fuerte
do va el marqués de Gallardo.

Hidalgo no se intimida;
sino que por el contrario,
lleno de fe y de confianza
y latiendo de entusiasmo,

Salir al encuentro vuela
del enemigo, tomando
posiciones en el Puente
que es de Calderón llamado.

Calleja el ataque emprende,
el regimiento San Carlos
retrocede por dos veces
y su coronel Ceballos.

Hidalgo, Torres y Allende
se baten cual leones bravos,
y hacen esfuerzos heróicos
que admiran aún los hispanos.
En medio de la refriega,
como un paladín luchando,
se mira un bravo insurgente
sobre arrogante caballo;
Es Villalongín que alcanza
de gloria espléndido lauro,
y entre medio de las balas
se ve sereno y gallardo.
La victoria que indecisa
se le miró vacilando,
al fin brinda sus favores
al ejército contrario.
Nuestras tropas se dispersan,
para el Norte marcha Hidalgo,
y Villalongín retorna
hácia el suelo michoacano.

V.

Así cual basta una chispa
para incendiar desde luego
los campos, en una hornaza
los poblados convirtiendo;

Del mismo modo la guerra,
con su devorante fuego,
en el vasto Michoacán
hizo resonar su estruendo.

En las regiones del Sur
si el intrépido Morelos,
seguido de la victoria,
iba blandiendo su acero,

Rayón sostenía en Zitácuaro
con gran heroísmo el cerco,
y allí Benedicto López
se distinguía por su esfuerzo.

Manuel Muñiz en Tacámbaro,
intrépido guerrillero,
recorría Turicato,
Ario, Acuitzio y Undameo.

El valiente Antonio Torres,
cual ninguno, bravo, intrépido,
con el Padre Navarrete,
en Zacapu, en Zipimeo,

Con Castillo Bustamante
medían sus armas violentos
y en Pátzcuaro y Cucupao
escursionaban ligeros

Entre todos, quien sus bríos
como indomable guerrero

mostraba, y nunca cobarde
se le vió huir como ciervo.
Era aquel Villalongín
que juró morir primero,
que rendirse al enemigo,
ni traidor venderse pérfido.
Por eso grande ojeriza
le tenían los europeos,
y de tomar de él venganza
abrigaban los intentos.

VI

Corría el año de once,
y el sanguinario Trujillo,
en Valladolid mandaba
como un cruel tirano inicuo.
El rencor hervía en su pecho;
el odio era su delirio
y la terrible venganza
la sed de su innoble espíritu.
Siempre en perpétua zozobra
estaba en su domicilio,
pues los bravos insurgentes
no le dejan tranquilo.
Cualquiera detonación
le parecía el enemigo,

y temblaba al escuchar
el más inocente ruido.
Muñiz, Torres, Navarrete,
Rayón y Verduzco Sixto,
eran hombres que le hacían
temblar y ponerse lívido.
Villalongín entre todos,
que excursionaba atrevido
por los pueblos inmediatos
sin conseguir destruirlo,
Era el que más le inquietaba:
y para que, al fin, sumiso
el temible guerrillero
viniera á indultarse tímido,
El demonio le inspiró
el proyecto más maligno
que pudo en cabeza humana
caber, y en un pecho impío.
A ejecutarlo se apresta
aquel tirano maldito
que siempre será en la historia
el borrón más renegrido.

VII.

Doña Josefa de Huerta,
de Villalongín la esposa,

que en su hogar vivía tranquila
como una honrada matrona;
Pasaba los largos días
y de la noche las horas,
en su consorte pensando
y suspirando amorosa.
A la reina de los cielos,
consuelo de los que lloran,
en silencio dirigía
oraciones fervorosas,
Para que de los peligros
y las balas silbadoras
librara á su esposo amante,
como madre cariñosa.
Dulce consuelo tenía
en su soledad recóndita,
y un alivio á sus pesares
hallaba la fiel esposa.
Cuando con toda reserva,
cuando con cautela toda
de su Manuel le venía
alguna carta afectuosa,
Donde el bravo guerrillero
le refería las victorias
que en los campos alcanzaba
con su espada vencedora.

Así pasaba los días
y de la noche las horas
suspirando por su esposo
aquella digna matrona.
Cuando hé aquí que de repente
penetran hasta su alcoba
los esbirrros de Trujillo
con saña amenazadora.
Y sin respeto á su sexo
ni á su calidad notoria,
con ultrajante manera
presa violentos la toman
Y por la calle, cual reo
vulgar, con palabras toscas
la llevan hasta la Casa
de Recogidas, la arrojan
En asquerosa prisión;
confundiendo á la matrona
con las viles criminales
que allí encarceladas moran.

VIII

—¿Qué delito he cometido?
A solas se preguntaba,
al verse en mazmorra oscura,
aquella inocente dama.

¿Qué delito ha cometido?
¿Qué de su prisión es causa?
Muy pronto el tígre maldito
se acercará á revelársela.

En efecto, el cruel Trujillo
que tiene más negra el alma
que el sombrero que le cubre
y el embozo de su capa,

Al calabozo penetra
y con ásperas palabras,
y con acento furioso
así le dice á la dama:

—"Usted, señora, es la esposa
de un vil bandido que anda
con gavilla de insurgentes,
contra el rey sobre las armas."

—"Mi esposo no es un bandido,
le contesta ella indignada,
es un valiente que lucha
por libertar á su patria."

—"Es un bandido, repito;
y vengo á notificarla,
que si dentro de tres días
de la presente semana

No se indulta su marido
y no depone las armas.

usted, esa es su sentencia;
usted será fusilada.
Puede hacérselo saber;
un propio irá con la carta,
y procure persuadirlo
á que deje la campaña.
De lo contrario, ya sabe:
la muerte es la que le aguarda,
y él, cuando fuere aprehendido,
le destrozarán las balas."
Y con ademán grosero,
sin proferir más palabras
del calabozo salió
dando arrogantes pisadas,
Dejando á la infeliz presa
afligida, consternada,
con el dolor en el pecho
y en los ojos con las lágrimas.

IX.

En el campo se encontraba
el aguerrido insurgente,
cuando observa que un correo
hacia en dirección de él viene.
Le da un vuelco el corazón;
una desgracia presiente.

y al encuentro del que llega
va pronto sin detenerse.
una carta aquél le entrega,
rompe el sobre prontamente
y con el alma angustiada.
de prisa, de prisa lee.
Al concluir, fuego sus ojos
arrojan, estremecerse
de ira é indignación el alma
el bravo guerrero siente.

—"Está bien, dice al enviado,
procurando contenerse,
yo veré lo que resuelvo,
vuélvase inmediatamente."

Cuando el correo en el camino
al irse, desaparece,
Villalongín así exclama
con voz iracunda y fuerte:

—"¿Conque el infame Trujillo
que yo me indulte pretende,
y pone presa á mi esposa
para así más compelerme,
Y llega su tiranía
hasta sentenciarla á muerte,
si yo no rindo las armas,
como un cobarde? ¡qué aleve!

¡Indultarme! ¡Jamás! ¡Nunca!
En juramento solemne
lo ofrecí y he de cumplirlo
aunque á todo el mundo pese!
¡Dejar que mi esposa amada
como víctima inocente
sea sacrificada! ¡nunca!
¡Debo ir á salvarla, y breve!
Y con ademán resuelto,
con los acicates hiere
su caballo, y sus soldados
hace reunir prontamente.

X

De Valladolid Trujillo
la marcha emprende ligera
para ir á conferenciar
á Acámbaro con Calleja,
La situación que aquél guarda
es apurada y extrema,
pues las tropas insurgentes
de amenazarle no cesan.
Deja encargada la plaza,
entre tanto que él regresa,
al teniente coronel
Sola, que á él se asemeja

En crueldad, y á quien le encarga,
ó más bien dicho le ordena,
que si dentro de tres días,
sin más prórroga ni espera,
Villalongín no se indulta,
ejecute la sentencia
sin remisión ni piedad,
dándole muerte á la presa.

Esta ve pasar las horas
en una angustia suprema,
solo esperando el momento
postrero de su existencia.

Y aunque morir le es amargo,
y más de tan cruel manera,
lo prefiere así mejor,
que no, por salvar á ella,
Su esposo arroje una mancha
en su honra tan limpia y tersa
indultándose cobarde,
traicionando su bandera,
Y solo siente no verle
por la vez última y tierna
en sus brazos estrecharle
como su fiel compañera.

En eso en su calabozo
llora, suspira y se queja

de su suerte infortunada
la infelice prisionera.

XI

Las luces del nuevo día
tiñen de carmin y gualda
las regiones del Oriente
donde el "Punguato" se alza.
Del "Zapote" en la garita
vigilante el retén se halla,
aquel punto resguardando,
que es de México la entrada,
Aparece de repente,
de la loma por la falda,
que viene hácia la garita,
un grupo de gente armada.
El retén pronto lo observa,
se pone al instante en guardia,
y—"¡Quién vive!"—el centinela
con voz imponente exclama.
—"¡La Independencia! contestan
los que llegan, y sus armas
tienden, hacen fuego—"¡Adentro!"
grita el jefe que los manda.
Y cual leones irritados,
los asaltantes se lanzan

sobre el retén, este huye
rápido por la calzada,
De la ciudad hacia el centro
volteando las espaldas,
seguido por los valientes
que pican su retaguardia.
Al llegar á la plazuela
que de "Animas" se llamaba,
el jefe con su asistente
se dirige hacia la "Casa
De Recogidas," y en fuga
consigue poner la guardia,
y montando en su caballo,
y con increíble audacia,
Al edificio penetra;
nadie detiene su marcha;
angosta escalera sube;
pregunta, inquiere, amenaza,
Y logra dar con su esposa
que en la prisión se encontraba.
—"¡Manuel!" exclama ella al punto
con grande gozo en el alma.
Y él la dice:—"¡Esposa mía,
ven, que tu esposo te salva!"
Al instante, presuroso
en sus brazos la arrebata;

La coloca en su caballo,
y por la escalera baja;
sale á la plazuela, entonces
llevando tan dulce carga,

Triunfante y lleno de orgullo,
se dirige á la calzada,
y llegando á la garita
allí al enemigo aguarda

Que á atacarle se presente.
En efecto, sin tardanza,
Sola, al ver en la ciudad
la conmoción y la alarma

Que los de Villalongín
produjeron en la plaza,
un escuadrón, al momento,
sobre el insurgente manda.

Llega á la garita: entonces
con una lluvia de balas
lo recibe, y lo destroza
el guerrero con su espada.

Los soldados del gobierno
vuelven pronto las espaldas,
y huyendo despavoridos
corren ya por la calzada.

Entonces los insurgentes,
pues su jefe así lo manda,

en vez de darles la muerte,
cual pudiera por venganza,
En corrida se contenta
con ponerles, y las ancas
azotan de sus caballos,
por burla, con sus espadas,
Los soldados europeos
llegan temblando á la plaza,
y Villalongín, valiente,
llevando á su esposa amada,
Vuelve airoso al campamento,
donde sus bravos le aguardan,
y elogiando el heroísmo
de su caudillo, le abrazan.

XII.

Ha llegado "Todos Santos,"
Puruándiro está de fiesta,
y el vecindario gozoso,
á disfrutarla se entrega.
De Villalongín las tropas
que en dicho pueblo se encuentran,
como un ataque no temen,
del enemigo, se alegran.
Mas ya la noche sombría
cubre con su cauda negra

desde los alzados montes
hasta los valles y selvas.

Poco á poco va acabándose
el bullicio en las plazuelas
de la población, y todas
sus calles quedan desiertas.

Los vecinos se recogen,
al blando sueño se entregan,
y reina doquier la calma,
y el silencio doquier reina.

En sus cuarteles las tropas
reposan; el centinela
deja oír de vez en cuando
lejano el grito de ¡alerta!

Entretanto por caminos
escusados y veredas,
Don Felipe Castañón,
con caballería europea,

Camina á marchas forzadas,
y en la madrugada llega
á Puruándiro el día dos.
dando á las tropas sorpresa.

Los insurgentes al punto,
con su jefe á la cabeza,
sostienen, cuanto es posible,
la inesperada refriega.

En ella perecen muchos,
y también ¡suerte funesta!
el bravo Villalongín
con su sangre el suelo riega.
Así en aras de la patria
sacrifica su existencia
aquél héroe michoacano
que fué fiel á su bandera.

XIII

El sol de la libertad
al fin brilló para México,
y consumada la obra
quedó que un tiempo emprendieran
Hidalgo, Allende y Aldama
y otros mil que con su esfuerzo
cooperaron entusiastas
y por la patria murieron,
Entre ellos Villalongín,
cuyo nombre celebérrimo,
Michoacán conservar quiso
para perpetuo recuerdo;
Y por eso se lo dió
en Puruándiro allí mesmo
donde fué sacrificado
el insigne guerrillero.

A la plazuela de "Animas,"
patriótico Ayuntamiento,
de "Villaiongín" llamóla
y así la conoce el pueblo.
Si pudo con saña impía
la cruel guadaña del tiempo
destruir aquél edificio
do pasó el glorioso hecho

Que la historia ha conservado
en sus anales eternos,
y no están ni los escombros
de la prisión ni del templo;

En cambio, y por más decoro,
se ve allí un jardín ameno,
donde sus gratos perfumes
las flores le dan al viento.

Allí el verano derrama
sus primores con exceso,
y Flora muestra gallarda
todos sus encantos poéticos.

En graciosos surtidores
salta elevado y violento
el líquido cristalino,
que del sol á los reflejos,

Los colores del arco-iris
retratan sus chorros gruesos,

y al caer en anchas tazas
pintan el zafir del cielo.

Así Morelia ha querido
honrar al bravo guerrero
que cual patriota fué un héroe,
y como esposo un modelo.

MARIANO DE J. TORRES.

PABLO GALEANA.

Entre los mil episodios
que de valor hubo en Cuautla,
cuando Calleja y Morelos
como adalides peleaban,
el primero por el Rey
y el segundo por la Patria;
hay que consignar un rasgo
de muy singular audacia,
que descuella en ese sitio
de tan renombrada fama.
Cierta vez, los sitiadores
avanzaron á la plaza
atacando las trincheras
con denuedo y arrogancia;
y en uno de los reductos,
defendido por Galeana,

fué tan extremo el arrojo
de las falanges contrarias,
que éste jóven insurgente
salió fuera de muralla,
disparando sin descanso
sobre el grupo que asaltaba.
Tanto arrojo causó celo
al jefe español Segarra,
Que ardiendo en ira, acercóse
hacia el valiente Galeana,
y cuerpo á cuerpo entablóse
lucha mortal, que admiraban
ambas fuerzas contendientes,
sin disparar ya sus armas.
Ese lance fué supremo:
con su pistola, Segarra
hizo fuego; más la suerte
se le mostró bien avara,
pues su enemigo salvóse;
quien, con imponente calma,
disparó su carabina
derribándolo á sus plantas.
De sus armas despojóle,
y conduciéndolo en rastra,
cual trofeo de su triunfo,
salvó con él la muralla.
Ante tamaño heroísmo,

los soldados de Segarra
se retiraron medrosos,
en tanto que en la muralla
los víctores resonaron
á la par que las descargas;
siendo aquel hecho glorioso
el renombre de Galeana,
de aquella cruenta lucha
imperecedera página.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.

GUADALUPE VICTORIA.

En el asalto que dieron
á la ciudad de Oaxaca
las huestes, que el gran Morelos
en persona comandaba,
se registró un hecho heróico,
hecho digno de la fama,
que en bronces debía esculpirse
cual galardón de la patria;
pues sólo en la antigua Roma
se vieron tales hazañas,
por hombres singularísimos
que en su historia se destacan
Las trincheras de las calles
y los fuertes de la plaza
habían sido ya tomados
á vivo fuego y matanza.

Los repiques de los templos
y las belicosas dianas
resonando por doquiera
la victoria proclamaban;
mas "El juego de Pelota,"
que fortificado estaba,
era el teatro de una lucha
sin ejemplo, denodada.
Ancho foso le circuía,
y nadie se aventuraba
á cruzarlo, sin que al punto
en él la muerte encontrara.
Don Guadalupe Victoria
era quien acaudillaba
á los bravos asaltantes
de aquella última muralla
defendida por "realistas,"
y anheloso por tomarla,
en un esfuerzo supremo
de valor, tomó su espada
y arrojándola hasta el muro,
"Allá va en prendas esa arma;"
les gritó con voz tonante,
"voy por ella;" y á la charca
del zanjón echóse á nado,
desafiando la metralla.
Tras él, sus fieles soldados,

victoreándolo, se lanzan
como alud que se despeña;
cual turbión que se desata;
y al desvanecerse el humo
de la contienda empeñada,
la bandera de los libres
ondeó triunfante en la escarpa.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.

Treinta contra cuatrocientos.

I

¡Patria! cantando tus glorias,
mi espíritu se levanta
sobre míseras pasiones
con que una mentida fama,
de tus hijos las grandezas
algunas veces opacan,
cuando hay en su vida, muchas
nobilísimas hazañas,
dignas del canto de Homero,
y tristemente olvidadas.
Por eso cuando á mi mente,
acuden memorias gratas,
de tus héroes denodados,
y recorro aquellas páginas,

que la historia nos conserva
como herencia noble y sacra,
yo siento al mover el pléctro
sobre mi lira cansada,
vibrar en cada sonido,
todas las cuerdas de mi alma,
como vibran las eólicas
dulces y divinas arpas,
y mi mente se transporta,
á esas épocas lejanas,
de patriotismo ardoroso
de luchas nobles y santas,
de ideales que se fueron
dejándonos triste el alma.
Arrancar es necesario
del olvido, algunas páginas,
hoy que se aprestan tus hijos,
¡oh bella y querida Patria!
á celebrar las proezas
de tus héroes, las batallas
en que vertieron su sangre
para que te levantaras
entre las libres naciones,
grande, feliz, respetada....!
Callen las voces proscritas
de las pasiones bastardas
los rencores de partido,

y las calumnias que infaman;
y brillen en nuestro cielo,
todas las glorias pasadas,
y del mundo por los ámbitos
vuelen del amor en alas.
Juntos cantemos los días
de Dolores y de Iguala,
y en un mismo sentimiento
ardan de fe nuestras almas.
¡Gloria á Hidalgo y á Iturbide!
La justicia lo reclama;
para los dos, hay un sitio
¡en el altar de la Patria...!

II.

Era una tarde de Junio, (*)
rica en ornamento y galas,
en que los verdes matices
del campo y de las montañas,
bajo la bóveda inmensa,
transparente y azulada,
paisajes encantadores
y caprichosos, formaba.
Entre grandes arboledas,
Querétaro se levanta,

(*) 21 de Junio de 1.821.

con sus cúpulas y torres,
su alameda, y de sus aguas,
el acueducto gigante,
que el noble marqués del Aguila
hiciera, y ha subsistido
atrayendo las miradas,
de los que ven en sus muros
de lo pasado una página.
Ya las tropas trigarantes
que Iturbide acaudillaba,
ostentando la bandera
que juraron en Iguala,
de haber conquistado el reino,
en unos meses, pasaban
camino de la metrópoli
que rendir pronto esperaban,
por Querétaro baluarte
que de la realista causa,
el brigadier Luaces tiene
bajo su tutela y guarda.
De que pasara el ejército,
tres horas hacia escasas,
cuando desde la Alameda
en que Luaces contemplaba
aquella patriota hueste
con rencorosa mirada,
vió descender por las lomas

siguiendo la propia marcha
del ejército, unos grupos
pareciendo gente armada.
Aplica el anteojo, Luaces,
y ve con burlona calma,
que la escolta de Iturbide,
y él á su cabeza, avanzan,
con lento y tranquilo paso
sin el temor de asechanzas.
Luaces concibe una idea,
horrible, negra, satánica,
batir el pequeño grupo...
que por estar ya lejana
la fuerza, no auxiliaría
á su jefe en la demanda,
y este, prisionero, acaso,
ó muerto.... Luaces daría
á la realista causa,
la más audaz y atrevida
de las guerreras venganzas.
Cuenta el número de tropa.
—Son ¡treinta! con burla exclama
—No pasarán, lo aseguro,
por el puño de mi espada...
y violento como el rayo
ordena se ponga en marcha
el Batallón "Zaragoza,"

cubriendo su retaguardia
con los "Dragones del Príncipe,"
y que la tropa mandada
por el coronel Bocinos,
militar de nombre y fama,
espere en "Arroyo Hondo"
aquella escolta que marcha
con un Genio á su cabeza
y en su valor confiada.
Doscientos ochenta infantes
de "Zaragoza," en campañas
probados, como valientes
por empresas temerarias,
y ciento veinte dragones
del Príncipe, cuyas lanzas
dejaron huellas profundas
en la insurrección pasada;
para batir á Iturbide
aprestan valor y armas.

III

Manda la pequeña escolta
como jefe, el denodado
Epitacio Sánchez; alma
de rudo acero, y de brazo
más temible que de Júpiter
los atronadores rayos.

Componen aquella escolta,
en que no había un soldado
que su valor y proezas
no acreditase, con rasgos
dignos de ser esculpidos
de la epopeya en los fastos;
quince dragones, y entre ellos
un alférez temerario,
que con otros ese día
honor y ascensos ganaron:
quince infantes cazadores
de su capitán al mando,
siendo del "Fijo de México"
los escogidos soldados,
y el capitán, un valiente,
el célebre don Mariano
de Paredes y Arrillaga,
á quien más tarde elevaron
sus méritos y servicios
de la presidencia al rango.

IV.

¡Hola! dice con acento
de verdadera amenaza
Iturbide dirigiéndole
á Epitacio la palabra:
parece que Luaces quiere

interrumpir nuestra marcha.
—En efecto, mas no cuenta
el Brigadier con las armas
que nosotros, y esto basta.
—Pues que lo quiere, adelante;
responde Iturbide en calma,
será nuestra la victoria,
aunque sangre mexicana
economizar quisiera...
¡A ellos! dice y la espada
tantas veces victoriosa,
brilla fuera de la vaina.
—¡Señor, responde Epitacio;
no os batiréis hoy, sagrada
es vuestra vida, que encierra
el todo para la patria.
Dadnos sólo vuestras órdenes
y os juro por esta lanza,
que no os arrepentiréis
de nosotros...
—Tenéis alma
de titán, dice Iturbide,
pero nunca en las batallas
dejé de dar el ejemplo
con mi brazo y con mi espada
—Lo daás con vuestra presencia,
señor, y con esto basta.

No os batáis, os lo rogamos
en el nombre de la Patria...
¿Qué haría si vos faltárais
en estos momentos? Baja
la noble frente, Iturbide
como si algo meditara;
luego la yergue y dispone
el órden de la batalla.
quedándose de reserva
con tres asistentes. Lanza
á las enemigas tropas
Epitacio una mirada,
en donde brilla hondo fuego
de valor y de esperanza,
y grita, ¡Viva Iturbide!
¡Viva! responde entusiasta
aquél puñado de héroes
en cuyas manos estaba
salvándose ó pereciendo
la libertad de la Patria;
y veloces como el rayo,
sobre el enemigo marchan;
¡quince ginetes lanceros
y Epitacio á la vanguardia!
¡quince infantes cazadores
y el capitán Arrillaga,
apoyando á los jinetes

desplegados en batalla!
¡Treinta valientes que un pueblo
salvan en esa jornada...!

V.

Como el huracán bravío,
los campos tala y destroza;
como la negra borrasca
deja las espigas rotas,
y siembra el terror doquiera
con sus estragos de tromba;
así los treinta ginetes
y cazadores, agostan
como á débiles aristas,
de Bocinos á la tropa,
que desesperada lucha
cuerpo á cuerpo con las sombras,
que así parecen aquellos,
fantasmas, que los destrozan,
multiplicando lanzadas,
vomitando con la pólvora
rayos de muerte que al suelo
los cadáveres arrojan...
Sigue Iturbide con ansia
desde la cercana loma,
aquél desigual combate
que muy hondo le impresiona.

y tiene que dominarse
á su pesar, mientras toma
carácter indecisivo
aquella lucha, que abona
de los bravos contendientes
las proezas asombrosas.
Ve también desde una altura,
Luaces con mirada hosca
que sus soldados vacilan,
que retroceden, y apocan
el valor en que confiaba
para obtener la corona
del triunfo que proponía
dar á la causa española.
De pronto parte un jinete
de los realistas; y asoma
por otro lado Epitacio
entre el humo de la pólvora.
Se ven, y como saetas
que el arco salvaje arroja,
lanzan sus cabalgaduras
para encontrarse una y otra.
Más diestro Epitacio, esquiva
de su contrario la roja
lanza, que á clavarle vuela;
y ya la suya, más corta
va á hundir en el noble pecho

del valiente, cuando asoma
entre los dos, desalado
el alférez de su tropa,
de sangre y polvo cubierto,
y con voz que la congoja,
hace vibrante, y al mismo
tiempo suplicante y honda;
le dice:—No le matéis....
¡es mi padre....! y se desploma
sobre el sudoroso cuello
del noble corcel, que arroja
por las hinchadas narices
humo denso, y por la boca.
El alférez y su padre,
eran de sangre española,
pero los dos, mexicanos
que militaban en contra
uno de otro, en la contienda
de realistas y patriotas.
Era el hijo, don Vicente
Miñón; alma generosa;
y don Juan José, su padre,
que á la bandera española
fiel, iba á buscar la muerte
en esa tarde afrentosa
para las armas reales,
para las otras ¡de gloria...!

Es el último episodio
de esa memorable hora,
en que los realistas sienten
el peso de su derrota;
y en que humillado Luaces,
ve regresar á sus tropas
diezmadas y sin bandera,
huyendo de los patriotas,
que con vivas entusiastas
ascienden hasta la loma,
do los espera Iturbide
celebrando su victoria,
y mirando prisioneros
hombres de carrera honrosa,
Como Azcárate, Latorre,
Velez, y Miñón y Alcorta,
dignos de ceñir laureles
y no de apurar deshonras.

VI

Para premiar Iturbide
aquél portentoso hecho,
que más parece forjado
por el delirio de un sueño;
ordenó que una medalla
obtuvieran como premio,
además de los honores

gratificación y ascensos,
los valientes adalides
que con su arrojo le dieron
á la causa independiente
del triunfo el toque postrero.
Noble laurel ostentaba,
de la medalla el reverso,
con la memorable fecha
de aquel acontecimiento,
y con grandes caracteres,
se miraba en el anverso,
este inolvidable lema:
¡TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS!
Así lo guarda la historia,
así lo escribieron ellos,
con la sangre generosa
que por la patria vertieron;
y así debemos nosotros,
conservarlo en los recuerdos
de tradiciones gloriosas,
y de patrióticos hechos,
para las generaciones
que hoy pagan con el desprecio
ó el olvido los ideales
nobles, de nuestros abuelos.

ANTONIO DE P. MORENO.

EL CURA MORELOS.

El Prisionero.

Que por más que se notaba
Ser un preso, descubrirlo
Sin sentir, era imposible
Cierto respeto sumiso

Saavedra

I

En aquel mismo solar,
Hoy de un alcázar asiento,
Se alzaba en el siglo quince
Otro palacio soberbio.
Donde una espléndida corte
Cabeza de un vasto imperio,
Ostentaba ricas galas,
En armas, oro y arreos:
Donde príncipes aztecas,
Donde capitanes fieros,

Caciques de las provincias
Y enviados de extraños pueblos,
Ante el sultán mexicano
Humildes en boca y gesto,
Depuestas plumas y joyas,
Doblando á la tierra el pecho,
Rendían de obediencia parias
Y de vasallage pleito;
Siendo felices si logran
Gracia del monarca egregio,
Cuya grandeza acataban,
A cuyo poder tremendo
Se inclinaban soberanos,
Pontífices y guerreros.
Pero poder y grandeza
Que á poco andar de los tiempos
Pasaron ¡espanto causa!
En baldón y vilipendio.
Y el monarca y los vasallos,
Las provincias y el imperio,
La corte como el palacio
En la destrucción cayeron;
No de la edad agobiados,
Bajo el yugo de extranjeros,
Que desde ignotas orillas
Camino en la mar se abrieron

Así suele roto el cráter
Abrasador mongibelo,
Sepultar una región
Dentro de un lago de fuego.

De entonces ese palacio
Y ese de palacios pueblo,
Con sus encumbradas torres,
Con sus espaciosos templos,

Se van alzando y extienden
Sobre el caído esqueleto
De alcázares, de "Teocallis"
Que le sirven de sustento,

Como nace de la encina
La yerba, en el tronco excelso,
Que derribó el huracán
Y se ha podrido en el suelo.

Terrible lección, terrible,
Ese palacio ofreciendo
Ha estado en años lejanos
Como en el presente tiempo.

En sus diferentes formas,
En sus matices diversos,
En sus elevados muros,
Bajo sus dorados techos,

¡Cuántos sangrientos arcanos,
Cuántos horribles secretos

Ha recogido y guardado
De sus señores y dueños!
  Escrito dice en sus naves,
Escrito en el pavimento:
"Fuera el clamor, la miseria,
"La pompa, el orgullo, dentro"
  Y vive Dios que el alcázar
Tantos ropajes vistiendo
En mil fases reproduce,
Constantemente un efecto
  En ese propio solar,
En el palacio que vemos
Morada de los virreyes,
Gobernadores del reino,
  De la rica Nueva-España,
Ha cinco lustros y medio (*)
Tras las cortinas de seda
Que están los vidrios cubriendo
  Y á la luz de dos bujías
En apartado aposento,
Dos sombras se dibujaban,
El ademán describiendo
  De dos interlocutores
Que discurren satisfechos,

(*) Este romance se escribía el año de 1843.

El uno de faz altiva,
Adusto, iracundo aspecto;
En un sillón se reclina
Forrado de terciopelo
Carmesí, con franjas de oro.
En pie el otro y descubierto,
Ya entrado en edad, vestía
Traje militar; al verlo
Se nota que de camino
Llegaba en aquél momento.
Un caballo que en la calle
Y de las riendas del freno
Tiene un soldado y pasea,
También induce á creerlo.
El jefe recién llegado,
Aunque muestra gran respeto
Al personaje orgulloso,
En su sanguinario ceño,
En su encapotada frente,
En su arrugado entrecejo,
De un esbirro ó de un verdugo
Tiene como escrito el sello.
A saber lo que discurren
Tan parecidos sujetos,
Con el odio, la venganza
Se presumiera en concierto.

Después que hablaron de modo
Que no se oye por lo quedo,
Dijo, dejando el sillón
Como quien manda, el primero:

"A usted, señor "Concha," encargo
La vigilancia del reo;
La ejecución será pronta,
Como rápido el proceso;

Que la pasada de Cuautla
Por Dios olvidar no puedo;
Y dudo que esté seguro.
Vuélvase usted á su encuentro,

Y cuente que es responsable...."
"A vueselencia lo ofrezco,"
Contesta el segundo, y sale
Humilde saludo haciendo.

El que la orden había dado
Era el virrey nada menos
Don Féilx María Calleja,"
De abominable recuerdo.

Terminó la conferencia,
Y á muy poco un movimiento
General hay en Palacio,
La guardia de alabarderos

Se duplica, las patrullas
Van la ciudad recorriendo:

No permiten reuniones
Ni corrillos en el pueblo:
A todo hombre se detiene,
Se interroga, y en acecho
Van como espías, disfrazados,
Los agentes del gobierno.
Un rumor ha circulado
Que llena á todos de duelo,
Y origina al que es criollo
Lástima, dolor y miedo.
Por eso ricos y pobres,
Ora nobles y plebeyos,
Se ocultan, y la ciudad
Se queda como un desierto.
En sus desoladas calles,
En los edificios yermos,
Y de los mustios faroles
En los lánguidos reflejos,
Todo es pavor y tristeza,
Obscuridad y silencio,
Que la voz lúgubre "alerta"
De los militares puestos
Interrumpe y se ve sólo
La errante luz de un sereno,
Que miente una aparición
En un vasto cementerio.

Formando calle camina
Una tropa de lanceros,
Tirada el arma á la espalda,
Los ojos y el pensamiento

Clavados en dos personas
Que cabalgan en el centro:
Uno el jefe de la escolta,
Coronel de un regimiento

De realistas, tres galones
De plata lo están diciendo,
Sobre la vuelta de grana
Y casaca oscura, puestos.

"En su encapotada frente,
En su arrugado entrecejo,
De un esbirro ó de un verdugo,
Tiene como escrito el sello.

"Es don Manuel de la Concha,
De abominable recuerdo;"
Quien de sangre mexicana
Se manifestó sediento.

El que en la guerra de once años
Que crueldades cometieron
Con furor, un bando y otro,
En este infelice suelo,

Llegó á distinguirse tanto
Por lo atroz y carnicero,

Que era sentencia en su boca
Por ella hablando el infierno.

Siempre que aprisiona un hombre,
Ya con armas, ya indefenso,
Pacífico, en despoblado,
O en el campo combatiendo,

"¿Es insurgente? que muera.
¿No es insurgente? pues luego
Fusilarlo; de este modo
No habrá de llegar á serlo."

¡Bárbaro! ¿quién le anunciara
Que seis años transcurriendo,
Y vencido por las armas
De sus contrarios, al puerto

En camino recogiera
De sus maldades el premio;
Y bajo aleve cuchilla
De enemigos encubiertos

Con el disfraz en el rostro,
La rabia en el alma, ardiendo
En la fiebre de venganza,
A los golpes caería muerto?

Fué un atentado, fué crimen
Que hace erizar el cabello.
De los agresores viles
El nombre no conocemos,

Y aún es mejor ignorarlo,
Si un ejemplar escarmiento
Para el malvado que viola
De la humanidad los fueros,

No había de purgar la tierra
De esos monstruos· Pero el cielo
Tenía de Concha el castigo,
En sus arcanos dispuesto.

En un todo diferente
De aqueste, el otro sujeto
Que caminaba á su lado
De los soldados en medio,

Era de semblante afable,
Dulce, sin faltar lo serio,
De franca, noble expresión,
Y magestuoso aspecto:

Indígena la calor
Se inclinaba á lo moreno
Sin desagrado, en sus ojos
Brillan los rayos del genio.

La· forma de su vestido
Sencillo y del todo negro,
Y un listón azul que adorna
Por el derredor el cuello,

Demuestran que es sacerdote:
Aunque portara á quererlo,
Insignias y distinciones
Alcanzadas con los hechos.

Mas al contrario, desnudo
De pompas, de abatimiento
No da indicios, y tranquilo
Marcha con rostro sereno,

Como el que camina libre,
Aunque sabe que va preso:
Tal vez á morir cercano
De evitarlo sin un medio.

En este ilustre caudillo
Y eclesiástico modesto,
A veces peón humilde
Erigiendo á Dios un templo:

Ora ganando batallas
Como indomable guerrero;
O ya reflexivo, sabio
Y prudente en el consejo:

En el que se ve mezclado
Lo celestial y terreno,
Y del arcángel y el hombre
Lo más puro, lo más bello:

Al que mira con ternura
Y con estupor el pueblo;

Y al que Concha ve con susto,
Pero trata con obsequio,

Extraño en él hasta entonces,
Era el gran cura Morelos,
De los mexicanos gloria,
De sus opresores miedo:
Que en un azar de la guerra
Fué cogido prisionero,
Y se le juzga y sentencia
Como insurgente y ateo,

Proscrito y escomulgado,
Según la opinión del tiempo,
Que unánimes inculcaban
Anatemas y decretos.

II.

El Vaticinio.

.....Aunque joven
Esa espada escolté yo,
(El mismo.)

Era un calabozo estrecho
De la fuerte Ciudadela,
Cuanto los hierros permiten
De la bien segura verja,

Dirije la vista absorto
Y la campaña contempla,

Un reo de Estado, al que guardan
Atentos los centinelas.

Algunas veces á largas
Cavilaciones se entrega,
Como el que discurre medios
Contra su fortuna adversa;

Tal vez de su estado antiguo
Pasadas glorias recuerda,
O de sí mismo olvidado
En otros objetos piensa;

Que no es un hombre vulgar
A quien la desgracia aterra,
Sino un varón cuyo nombre
Por todas partes resuena.

Hoy es sólo un prisionero,
Al que el destino condena
A merced de los contrarios
Que su perdición anhelan;

Mientras que otros pensamientos
Otras grandes lisongeras
Esperanzas y altos fines
En aquél muro se estrellan:

En el muro que lo guarda,
En la prisión que lo encierra,
Solo, pobre, desvalido,
Sin apoyo ni defensa;

Pero que en tal desventura
Mucho de grande conserva.
Enemigos lo aborrecen,
Mas lo temen y respetan;

Y hasta aquella misma gente
Y atrevida soldadesca
Que lo custodia, á su vista
Contiene la inmunda lengua;

Y no hay tampoco un soldado
Español que á su presencia
Se acerque sin saludarlo
Con la mano en la visera,

La sumisión demostrando
Que sólo á sus jefes muestra,
Dominio propio del genio
Y de la virtud que impera,

Con el poder invisible
Que al impuro vicio enfrena;
Y por eso de admirarse
No es, ni causar extrañeza

Que á despecho de opiniones
Y de calumnias protervas,
A un general de insurgentes
Tales honras se conceden.

Ya de su constancia heróica
Hoy ha sufrido otra prueba

En las cárceles de Estado
Y en otra prisión funesta.
Allí verdugos, no jueces,
Sin descansar lo atormentan,
Ya con cargos ó capciosas
Preguntas, con que quisieran
Arrancarle, pero en vano,
Delaciones; su firmeza
La intención maligna burla,
Y aún humillar consiguiera
A "Batller," el oidor,
Que á pesar de su insolencia,
Del preso no ha conseguido
Sino precisas respuestas,
Y algún sarcasmo que abate
Su atrevimiento y soberbia.
Los padres inquisidores
Con premura y diligencia
El tribunal presurosos
Del Santo Oficio congregan
Para juzgar el proceso
Sobre puntos de creencia.
Los cargos Morelos oye,
Y con mesura contesta:
"No es impío quien por su patria
Y su religión pelea:

No es hereje el que á Dios vivo
Con su mano templo eleva,
Y escribe las oraciones
Que en su santuario se rezan."

Así responde y confunde
A los jueces que le asedian
A preguntas, y á las cuales
Opone la indiferencia.

¿Pero ha vencido, ó acaso
Tiene el dolor otra cuerda
Que tocar? Viene "Bergoza,"
El obispo de Antequera,
A quien Morelos triunfante
Vida conservó y hacienda;
Pero no en el duro trance
A darle consuelos. Llega

Como juez á presidir
La ceremonia postrera,
Para que del reo se haga
Al brazo seglar la entrega.

Dada que fué la señal,
La ceremonia comienza:
Le raen manos y corona,
Hasta que la sangre enseñan,

Para destruir ¡oh, dolor!
Con el hierro y la violencia

Material, aquel carácter
De sacerdote que lleva
Impreso indeleble el alma....
No es del dolor, no, la fuerza,
La que siente y conmovido
Con amargura lamenta.
Cien heridas y la muerte
No harán que exhale una queja;
Pero es Morelos humano,
Tiene una fe que venera,
Y el dolor que está sufriendo
Es de otra naturaleza.
¡Privado del sacerdocio!
¡Indigno de aquella esencia
Que ha recibido...! Su augustia
Rompe de abundante vena
Y llora... Luego el obispo
También á llorar empieza...
Dentro el triste calabozo
Tan dolorosas escenas,
Tiene á los ojos Morelos
Y vivas se le presentan.
Como demandando alivio
Al cielo la vista eleva
Y la fija en el Ocaso,
Donde la tarde serena

Con los rayos que declinan
Tiñe de carmín la esfera.
Un grupo de pardas nubes
Que á impulsos del viento vuelan,

Suspendido en la montaña
Adquiere formas diversas
Y describe mil figuras
Extrañas, que representan

Campos, ciudades y gentes,
Entre las cuales descuella
Una colosal fantasma,
Que tiene en la mano diestra

Teñido un puñal de sangre:
Con la otra agita una tea
Encendida, que humo arroja
Y lo que toca lo incendia,

Cayendo al pie del coloso,
O de la fantasma negra,
Grupos de formas humanas
Que en su sangre se revuelcan.

Morelos suspira entonces,
Y dice: "¿De esta manera
Sostienen su predominio
Los déspotas de la tierra?"

Después de una corta pausa
Volviendo á alzar la cabeza,

Halla el dibujo variado
Y decoraciones nuevas;
En vez del monstruo, una planta
Coposa y gentil, do cuelgan
Rojos sazonados frutos
Que descienden y alimentan
Al parecer, á millares,
De figuras placenteras,
Según el aire y contornos
En que los rayos reflejan
Del sol, que asoma un instante
Dorando la cabellera
Del árbol bello y frondoso
Como radiante diadema.
Vuelve á suspirar el preso;
Pero en su faz satisfecha
Una ráfaga de luz
Brilla como de suprema
Inspiración, y solemne
Añade su voz: "Ya llena
Está, patria, la medida:
Un destino igual espera."

¡Oh Morelos! Yo era niño
Cuando tu vida y proezas

Me contó mi amado padre,
Y tu sensible tragedia.

Pasaron después seis años,
Y aunque ni el bozo siquiera
Sobre mi labio asomaba,
Ya seguí tras de la enseña

Tricolor, y en la ciudad
De México, entré con ella.
Todo allí júbilo, gala,
Todo regocijo y fiesta;

Pero en la marcha triunfal
Recordé la historia acerba
Con dolor, y á tu memoria
Pagué una lágrima tierna.

III.

¡Un abrazo!

Se ajusta el traje, descubre
La garganta.....

(Idem.)

En una casa del pueblo
De Ecatepec, almorzando
Estaba el Cura Morelos
Con un coronel al lado

Y con otros oficiales
Que lo siguen: colocados
Hay algunos centinelas
En las puertas, y á lo largo

Dentro la sala pasean
Otros dos, el arma al brazo.
También la escolta en la plaza
Está formada en descanso;

Y hay una guardia que niega
De la habitación el paso,
A los del lugar confusos
Y curiosos paisanos.

Inútil es que procuren
Acercarse, ó acechando
Indaguen lo que allá dentro
Se está á la sazón tratando;

Darían muchos sus haberes
Y su vida por lograrlo:
Por escuchar un acento
O recoger un vocablo;

Mas si con este designio
Se aproximan,lo s soldados
Los retiran con palabras
Soeces y á culatazos.

Mientras sirven á la mesa
Uno en pos de otro los platos,

Jovial la conversación
Habíase en ella entablado
Sobre la iglesia del pueblo,
Su arquitectura y tamaños;
Morelos daba su voto
Con dicernimiento raro;
Y prosiguió discurriendo
Con igual desembarazo,
Hasta que acabó el almuerzo
Y los manteles alzaron.
Reinó después el silencio,
Que interrumpe á poco rato
El coronel, aunque muestra
Encontrarse algo turbado,
Y como el sembante huyendo
Dice á Morelos: "¿Acaso
Usted sabe á qué ha venido?..."
—"No lo sé, pero lo alcanzo"
Aquel responde... "á morir..."
—"Sí, contesta, es necesario
Disponerse..."—Lo comprendo,
Dentro de breve despacho;
"Mas permita usted que acabe
De "fumar" este "tabaco,"
Le replica, es mi costumbre;..."
Y dió principio á fumarlo

Con sosiego. Un religioso
Del orden de franciscanos,
(Que ya prevenido estaba)
Entra para confesarlo.

"Mejor que á su reverencia
Escogiera yo al vicario
Del lugar;..." Morelos dice;
Y hacen al punto llamarlo.

Llega, afable lo recibe,
Arroja al suelo el tabaco,"
Entrase en un aposento
La puerta tras sí cerrando.

No tardó la absolución,
Salió Morelos del cuarto
Con el mismo continente
Sereno con que había entrado:

Más triste y más abatido
Se ve el rostro del vicario,
Que no el confesor parece,
Sino el preso confesado.

En ese propio momento
Fuera las cajas sonaron;
"Es para formar el toque,
Morelos dice, no hagamos

Esperar más á la tropa,
"Y deme usted un abrazo,"

Señor "Concha," ¡el postrimero!..."
Después al cuerpo ajustando
La turca, prosigue: 'aquesta
Será mi mortaja; no hallo
Otra aquí..." Los concurrentes
A estas palabras lloraron.

A la calle se dirigen,
Marchan detrás los soldados
De la guardia, el sacerdote
camina del preso al lado;
En la plaza se detiene,
Y un crucifijo tomando
Del ministro que lo exhorta,
Lo besa y pronuncia claro
Estas precisas palabras:
"¡Oh Señor! si bien he obrado
En el mundo, tú lo sabes:
Si mal, me acojo al amparo
De tu bondad infinita..."
Se llegan para vendarlo
Con un lienzo: lo retira,
Diciendo: "no es necesario,
Nada distraerme puede
En este sitio;" le instaron
Otra vez, y cede entonces;
La venda toma en sus manos,

Cubre con ellas sus ojos,
Y pregunta "¿hemos llegado?
¿Es aquí?..."—"Más adelante"
Le dicen.—Dá algunos pasos:
¿Aquí,?... (otra vez) Sí, responden;
Se arrodilla, y no bastando
Los tiros que le disparan,
Con un ligero intervalo
De larga y común angustia
Para los que presenciaron
mudos la escena cruenta...
Otra descarga ha sonado.

JOSE DE J. DIAZ.

Jalapa, Septiembre 13 de 1845.

SAN AGUSTIN DEL PALMAR

La batalla fué dada á campo raso, para desimpresionar al Conde de Castro Terreño, de que las armas americanas se sostienen no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y á campo descubierto.—**MARIANO MATAMOROS.—Parte oficial dirigido á Morelos.**

I

Se extiende el llano taciturno y triste
Bajo el toldo estrellado de los cielos,
Y en su faz se percibe, descansando,
De realistas un ancho campamento.
Custodian un convoy: grandes riquezas
Conducen bajo carros, por el yermo

Arenal de la costa ó por las peñas
Del Andes majestuoso y opulento.
Mas ahora están dormidos: sólo se oyen
Vagas voces que turban el silencio:
El follaje agitado; el triste aullo
Del astuto coyote, el vocinglero
Piar del ave que los aires rompe
Llevando al nido el presuroso vuelo.
Y el alerta pausado del realista
Que ve tenaz el horizonte extenso.
Las negras masas de los grandes carros
Alumbra el temblador chisporroteo
De rojizas hogueras inflamadas
Sobre la tierra con quebrados leños,
Y cruza en lo alto con callada planta
El brillador ejército del cielo.
Triste se mira el extendido llano,
Bajo el manto invisible del sosiego:
¡Más triste está, más triste, un hombre libre
Si un tirano lo lleva al cautiverio!

II

Sobre la frente del altivo monte
que del llano descansa en el lindero
Como un valiente que cayó en la lucha
Herido, sí, pero la altura viendo,
Se va elevando al fin entre los aires
La bella aurora de semblante tierno.
Ella es como una virgen soñadora:
Tiende á la espalda su dorado pelo,
Y, soñolienta, su semblante envuelve

Con rojas nubes como chal soberbio.
  El desierto insensible se reanima:
Se endereza por fin el campo yerto
Y el carro empieza su penoso viaje
Mientras el corcel sacude su cabello.
  Mas súbito el clarin los aires corta
Cual pájaro fugaz: es que el experto
Ojo del centinela ha distinguido
Del insurgente el pabellón enhiesto,
Azul y blanco como el cielo puro,
Azul y blanco como el mar inmenso.
Es que van á pedir á los realistas
Tierra y espacio y del poder el cetro,
Los guerreros del bravo de los bravos.
Los dignos hombres del sin par Morelos!

III.

  Sonó el tambor en el undoso espacio;
Como sierpes se mueven los guerreros
Sobre el mundo desierto, que se eriza
Con humos blancos y corceles negros.
  Un instante se inclinan los valientes:
Tendido tienen el fusil certero
Y los envuelve, cual glorioso manto
El fogonazo, la humareda, el trueno.
  Y así como los aires tempestuosos,
Escuadrón de ginetes va corriendo;
Apenas tocan los ferrados cascos
El polvo que se eleva en su sendero:
Matamoros los manda, los persigue
Con su ojo azul entre el terrible estruendo:

Y está cual semi-dios entre los suyos
En el triunfo pensando de los buenos.

La crin al aire, llameando el ojo,
Abierta la nasal, tascando el freno.
Va el caballo fugaz como la sierpe
Que se perdiera entre el follaje espeso;
Y va el ginete con su cuerpo echado
Sobre el bruto; el rendaje lleva suelto
Y grita de furor, y delirante
La espada oprime entre sus duros dedos.
Llegaron como un nudo que se aprieta,
Estrechándose van contra el ibero,
Por más que éste derrama en torno suyo
Sangre y sangre á los golpes de su hierro.

Pero el convoy avanza: no detienen
Su paso los soldados ni un momento:
Corriendo van, y en el espacio queman
De su fusil el inflamable cebo.
La lucha sigue, la humareda sigue,
Cruzan el llano aún los extranjeros,
Aún ruedan los heridos: está llena
La tendida llanura con los muertos.

Pero el jefe ha ordenado, y á su frase
Retroceden los libres, y los fuegos
De sus cañones van saltando entonces,
De entre sus filas cual chacal hambriento.

Empúñase la espada matadora,
Llamean con el sol los curvos hierros,
Y cruza pavoroso en el espacio,
El grito de la muerte, el "á degiiello."
¡Ah! los rojizos charcos se han formado!

¡Las cabezas se arrancan de los cuerpos!
Es que surcan el aire los cuchillos,
Fugaces, sí, pero con sangre llenos!
Corcel herido sobre muertos pone
Su pezuña nerviosa, y en el suelo
Riega sangre también que hacha filosa
Hizo salir de su venoso cuello.
Perdido corre en el enorme llano
Entre el polvo que flota siempre denso
Y tembloroso, en el espacio lanza
Loco relincho de dolor siniestro!
Y así la lucha sigue: el sol en vano
Al Zenit, silencioso va ascendiendo
Como el romano, que en el monte mira
Gozoso destrozándose á los pueblos.
Mas luego arrojan el cuchillo roto
Los terribles soldados, sin aliento:
Y extraviados los ojos, van perdidos,
Como el torpe huracón sin derrotero.
Así la tempestad: brama iracunda
Sobre la mar con su clamor horrendo
Mas luego se deshace: huyen las olas
Como huyen en el llano los dispersos.

IV.

Triunfó la libertad! Gloria, insurgentes!
Mirad al enemigo por fin muerto;
Mirad el llano á la postrer vislumbre
Del sol, que va al ocaso descendiendo.
América, loor! Bendita seas,
Virgen que entre los mares y hasta el velo

De las nubes, erguiste tu alba frente
Con clara frase libertad pidiendo!
América, lloor! Himnos te entone
Con voz audaz el incansable viento,
Que en el espacio como rey salvaje
Alzó atrevido su aduar espléndido.
Y que cante también á los patriotas
Y que repita los heróicos hechos
De aquellos hombres que te hicieron libre,
Los que la espada para tí blandieron.
Matamoros, Aquiles de la guerra,
En el llano glorioso te contempio,
Y á tu memoria un armonioso canto
Vino un instante y conmovió mi pecho.
Hay al Oriente del tendido llano
Un monte, que se eleva como un genio,
Y tiene en lo alto reclinada siempre
Su blanca sien de deslumbrante hielo.
Es el Citlatepetl; pero esa tarde
Dijérase que estaba sonriendo
Desde su alcázar de nevadas peñas,
Al triunfador teniente de Morelos.
Y la tarde, esa dulce enamorada
Que se sienta en el borde del desierto,
También miraba al atrevido atleta
Desde el linde del ancho firmamento.

EZEQUIEL A CHAVEZ.

LA GENERALA.

(Antonia Nava de Catalán.)

I

¿Qué buriles grabarían,
ni qué colores pintaran,
ni qué mármoles ó bronces
á representar alcanzan
para las generaciones
venideras, las hazañas
de los héroes que murieron
por defender á su patria,
y cual tributo debido
nuestra gratitud reclaman.....?
No en libros, telas ni bronces,
ni humildemente cantadas
por medianos trovadores
deben ser cosas tan altas.....
dentro de los corazones
culto debemos de darlas,

y para asombro de todos
y para edades lejanas,
un Homero debería,
de su genio con las galas,
cantar como se merecen
unas proezas tan magnas.

II

Sitio.... la montaña enhiesta...
un pueblo sin importancia
escondido en un repliegue
de la sierra de Xaliaca,
ó Tlacotepec....—Guerrero....
Estrechamente sitiada
por las fuerzas virreinales,
defiende el pueblo una escasa
fuerza de tropa insurgente
que, sin esperanza, aguarda
tranquilamente el desastre
sin rendir la débil plaza.....
El puñado de valientes.
Nicolás Bravo comanda.....
El hambre extrema el peligro,
y en lucha tan desastrada,
ya muchos de los sitiados
se destemplan y amilanan,
y en la rendición empiezan

á poner una esperanza.....
Bravo, el "humano", venciendo
su natural repugnancia,
para que otros se alimenten
y guardar puedan la plaza,
se resuelve al sacrificio
de algunas vidas, y manda
diezmar al valiente grupo.....
A obedecer se adelanta
don Nicolás Catalán,
cuando doña Antonia Nava
su consorte, y Catalina
González, otra preclara
patriota y amiga suya,
se presentan y declaran:
"General: aquí venimos
en clase de voluntarias.....
ya encontramos la manera
de servir á nuestra patria.....
verdad es que no servimos
para manejar las armas;
pero pueden nuestros cuerpos
convertidos en pitanza,
sostener á los valientes
defensores de esta plaza.....
Hélos aquí... destrozadlos...
y en raciones se repartan

sin perder un solo instante....!
y acercando al seno un arma,
hizo á desgarrarse el pecho,
pero muchas manos, rápidas
detuvieron aquel brazo,
á la vez que vitoreaban
heroísmo tan sublime....
y echando mano á las armas
después, hombres y mujeres
con grande arrojo peleaban,
y casi todos murieron;
pero sin rendir la plaza.

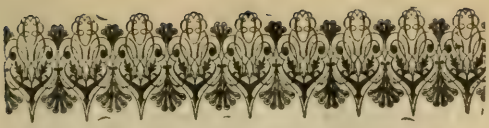
III

Más tarde, aquella heroína,
esa doña Antonia Nava,
á quien la tropa insurgente
llamaba la Generala,
y de Cornelia en el molde
seguramente vaciada,
estando frente á Morelos,
á tiempo que contemplaba
de un deudo el cadáver yerto,
víctima de los de España
y ex-tambor de un regimiento,
cuando el gran caudillo trata

de consolarla en su pena,
ella se iergue y exclama:
"No vengo á llorar la muerte
de mi deudo, que á Dios gracias
murió su deber cumpliendo....
vengo a entregar á la Patria
cuatro hijos que me quedan:
tres, pueden tomar las armas...
el chico, será tambor,
y así cubrirá la plaza
del muerto.....!
¡Cuánta grandeza... !
¡Cuánta elevación de alma...!
¿Qué buriles grabarían,
ni qué colores pintaran,
ni qué mármoles ó bronces
á representar alcanzan
para futuras edades
tan portentosas hazañas.....?
Sólo un Homero podría,
de su genio con las galas,
pintar como ellas merecen
acciones tan levantadas!

JUAN N. CORDERO.

Xalapa, Julio 1910.



HAZAÑA DE MIER Y TERAN.

I

¡Cuántas vidas extinguidas!
¡Cuánta sangre derramada,
Que humeante enrojeciera
El suelo de Nueva España!
La sangre de aquellos héroes
Era sangre inmaculada
Que á torrentes fué vertida
En las aras de la Patria,
Fué fertilísimo abono,
Que otros seres engendrara,
Seres valientes y activos,
Seres de virtud preclara,
Que denodados y dignos,
Mártires de causa santa,
Despreciaron los peligros,
Y llenos de fe y constancia,

Sintiendo arder en sus pechos
Del patriotismo la llama
Por lograr la independencia
De la tierra mejicana
Dieron pruebas de bravura,
De arrojo y valor sin tasa.

II

¡El vaticinio cumplido....!
Hidalgo, con grande calma,
Al iniciar su gran obra
Dijo: "La suerte está echada,
Pagaré con mi cabeza,
Empresa de tanta audacia;
mas ya sembré la semilla,
Llena de vigor y savia,
Que con todos sus esfuerzos
No podrá arrancar España."
Y así fué: el heroico cura
Vió su existencia segada
Y mil y mil perecieron
En la lucha sacrosanta;
Mas su fecundante sangre
Que nuestros campos regara,
Hizo brotar nuevos frutos
De fuerza y potencia raras.

III

En mil ochocientos once,
Por el rumbo de Oaxaca
Unido á los insurgentes,
Mier y Terán se encontraba.
Coronel de artillería
Y muy experto en el arma,
Que el triunfo había de obtener,
Con seguridad juzgaba.
Pequeñas escaramuzas,
Reflejo de una batalla
Unas tras otras venían;
Mas en la lucha tan ardua
Comprendían los insurgentes
Que no obtenían gran ventaja;
Pero un hecho inesperado
Vino á enardecer las almas
Y á realizar, algún tanto,
Sus ardientes esperanzas.
Alvarez, en esos días,
A Oaxaca gobernaba
Y con mucha artillería
Víveres y tropa brava,
Sin vacilación dispone
Sitiar á Silacayoapan.
¡Qué va á ser del insurgente....!
¡Defiende una noble causa....!

¡Siente el valor en su pecho,
Pero le faltan las armas!
¡Sus víveres son escasos;
Sus pertrechos, polvo, nada;
Mas cuando el valor alienta,
Cuando se siente en el alma
Un sacro y noble ardimiento
Por una idea noble y santa,
¡El ingenio se despierta;
La inteligencia se aclara!

IV

Sesma está muy preocupado.
El era quien comandaba
Al puñado de valientes
Que á su lado peleaban,
Por lograr la independencia
De México, de su patria....
Piensa, medita, cavila,
Se agita en terribles ansias,
Hasta que al fin se dirige
A Mier y Terán y le habla:
—¡Coronel! ¡Esto es seguro!
¡Los españoles nos matan!
¡Nos destrozan, nos abruman!,
¡Con su fuerza nos aplastan!

. . . . . .

Por los labios de Terán
Ligera sonrisa vaga:
—Es claro, mi general,
Con cierta firmeza exclama,
Seguro es que perderemos,
Con notable desventaja.
¡Tienen buena artillería
Y la artillería es muy brava!

. . . . . .

A su vez sonrióse Sesma
Y mirándole á la cara,
Casi exaltado, frenético,
Con la vista demudada,
No contra él, sino al sentir
De la impotencia la rabia,
Dice: ¡Adivinad un medio!
¡Buscadlo sin más tardanza!

. . . . . .

Terán vuelve á sonreir
Y dice con gran cachaza:
—Sólo un medio, sólo uno,
Mi pobre saber alcanza!
—¿Y cuál es? ¿Lo adivinásteis?
¡Si nó, callad que ya basta!
—...¡Quitarles la artillería!
—¡Pues bonita adivinanza!

V

La noche está tenebrosa,
Noche de profunda calma,
Pues aunque nubes espesas
Ocultan la faz de Diana,
Cual si de intento lo hicieran
Por una sublime causa,
No se escuchan más rumores
Que el viento que en la enramada,
Se desliza placentero,
Cual si infundiera en las almas
Algo sublime y grandioso,
No envidia, emulación santa,
Por llegar á conseguir
La libertad anhelada.....
¡Ahí van los insurgentes!
Débiles son sus pisadas.
No interrumpen el silencio
De esa noche memoranda.
El campamento enemigo
Se encuentra en completa calma.
De la gran artillería
Un capitán es el guarda
Y no piensa en el peligro
Que la suerte le depara.
De súbito.... clamoreos,

Gritos, golpes, cuchilladas,
Interrumpen el silencio
Y comienza la matanza.....
Las nubes se retiraron
Y, al final de la jornada,
La luna iluminó el campo
Con su luz plácida y blanca.
Los insurgentes triunfantes
Quieren seguir la batalla....
¡No queda un solo enemigo!
¡La artillería está tomada!

EMILIO DE ARRIOLA.

ALBINO GARCIA.

Era terror del Bajío
El manco Albino García,
Gran jinete machetero
Hasta perderse de vista;
De tan agudo chirúmen,
Tal travesura y tal chispa,
Que le llamaban las viejas
El coco de los realistas.
Era como de fantasmas
Su temeraria guerrilla;
Ya furibunda atacaba,
Ya fugaz desparecía.
Cual si de brujas y duendes
Se compusieran sus filas.
Sus cureñas y cañones
De resorte parecían,
Como que iban en las bolsas
De su entusiasta guerrilla.

Los atormentados pueblos
Su tránsito conocían
Por los rastros del incendio,
La orfandad de las familias,
Y los muertos insepultos
Que quedaabn en las ruinas.
De Negrete y García Conde
Las tropas le perseguían;
Ya en San Miguel se les pierde
Ya le alcanzan en Yuriria,
Y ya al tocar Irapuato
Resienten sus embestidas.
García Conde fatigado,
Deja de seguir su pista,
Y á Iturbide le encomienda
Que al guerrillero persiga.
Iturbide se disfraza,
Se finge Pedro García
Hermano carnal de Albino,
Y que á darle auxilios iba.
Entra al valle cauteloso,
Estalla la gritería,
Despiertan en la matanza
Los que tranquilos dormían;
Resistir quieren en vano:
Preso está Albino García,
Y orgulloso, alborozado,

Rebosando en alegría,
En pelotón á las tropas,
Del guerrillero fusila.

II.

Con poderosa custodia,
Sin armas, y bien sujeto,
Camina con Iturbide,
Albino, á Celaya preso.
García Conde, enajenado
De regocijo al saberlo,
Y dando á su desahogo,
Colorido de grotesco,
Mandó formar á sus tropas,
Ordenó repique á vuelo,
Le hizo irónicos honores,
Pero poco satisfecho,
Frente al balcón de su estancia
Le llevaron con apremio.
Allí el vencedor terrible
Se desató en improperios,
Entre los gritos salvajes
Y los aplausos del pueblo.
Albino marchó al cadalso,
No arrogante, sí sereno;
Besó al confesor la mano,
Dirigió la vista al cielo,

Y á la multitud curiosa
Se encaraba con desprecio,
Cuando se escuchó vibrante
La terrible voz de "¡fuego!"

GUILLERMO PRIETO.

EL PACHON.

Bustamante está acampado
En el Cristo y Santa Mónica.
Y ocupan Atzcapotzalco
De la vanguardia las tropas.
Desde allí se oyen las voces
De la división de Eldorza,
Y se ve al mayor Buceli
Con las fuerzas españolas.
Todo parece pendiente
De los Tratados de Córdoba
Que mientras se oyen razones,
Las armas están de sobra.
Los soldados, impacientes,
Entre tanto se provocan,
Y los bravos de Codallos
Hasta Atzcapotzalco tocan,

Entre avances y disparos
Del audaz don Lino Alcorta.
Con los músicos de Murcia
Enfurecido se choca,
Que desertan de la orquesta,
Arremeten y alborotan.
Oye del cañón el trueno
Desde Tacubaya Concha,
Y con sus fuerzas acude
Atravesando las lomas.
Alístase Bustamante,
Y, precavido patriota,
Ordena una retirada
Tranquila, pero juiciosa.
La retaguardia acuchillan
Intrépidos los de Concha,
Que traducen como miedo
Lo que de prudencia es obra.
Entonces, enfurecidos
Vuelven riendas los patriotas:
"¡A ellos!"—grita Bustamante,
"Fuego" las trompetas tocan,
Y los soberbios corceles
Como el huracán se arrojan
Sobre las terribles filas
De las fuerzas españolas.
Horror, y muerte, y gemidos

Envuelven las negras sombras;
Y la batalla se acrece
Más intensa y más rabiosa.
De Atzcapotzalco en el templo
Están las fuerzas de Eldorza;
De Bustamante los bravos
Las ciñen y las acosan.
En medio de la refriega
Y entre la lid congojosa,
Se hunde en el lodo pesado
Un cañón de los patriotas.
Allí mil lides se traban,
Le pierden y le recobran;
Y ya ¡viva Bustamante!
Se escucha, ó vivas á Concha.
"El Pachón" la lid decide;
Sólo, erguido, ardiendo en cólera,
A la pieza se abalanza,
En brazos casi la toma,
Despedazando á su paso
Cuanto obstruye y cuanto estorba;
Y cuando ya victorioso
Se alza y grita con voz ronca
"¡Que viva la Independencia!"
Como anuncio de victoria,
Cien balas rompen su seno
Cortando su voz fogosa

Y una vida, cuyos hechos
Justa la fama pregona.
Del Valiente Bustamante
Vítores gritan las tropas,
Mientras en tropel se alejan
Los batallones de Concha,
Ocultándole á Novella
Su despecho y su derrota.
De Bustamante fué el nombre,
Mas fué del Pachón la gloria.

GUILLERMO PRIETO.

Prisión y muerte de Matamoros

I.

Tras de cercados de piedras
Que al tocarlas se estremecen,
Los derrotados patriotas
Contra Llano se hacen fuertes.
Llano dispone que Orrantia,
Con su tropa floreciente
Y con cañones tremendos,
Ataque á los insurgentes...
Estos le rompen el fuego,
La batalla se enfurece,
Mas los cercados de piedra
Con el cañón se conmueven
Y se tornan en metralla
Al abatirse y romperse.

El tumulto de dispersos
Quiere abalanzarse á un puente
Estrecho que rompió el río
Con enpuje de torrente.
Allí consúmanse horrores
Que espantan y que estremecen.
Bravo y Galeana se salvan,
Sólo á Matamoros vése
Reluchando con las olas
Y alentando á sus valientes;
Pero un soldado, Rodríguez,
Desde un vado le acomete,
Y de allí preso le llevan,
Como en triunfo, esbirros crueles.
Y á Valladolid camina,
Donde le espera la muerte.
Morelos, en salvo, escribe,
A un amigo que bien quiere:
"Nos queda algo de Morelos;
"Dios entero nos proteje."

II.

Digna y serena la frente
Que ciñe el rubio cabello;
Es el color de sus ojos
Como esperanza en el cielo;

Con el paso mesurado,
Y tan firme cual modesto;
En la diestra un Crucifijo
Que estrecha contra su pecho,
Entre insolentes soldados
Que cuasi insultan al preso;
En medio de inmensa turba
Que embarga mortal silencio,
Va marchando Matamoros
En Valladolid el bello,
Hasta tocar de su plaza
En el despejado centro,
Donde le espera el suplicio
Como á furibundo reo.
Ni un suspiro, ni una queja
Interrumpieron el rezo
Con que el noble sacerdote
Aclamaba al Sér Eterno:
Pero en torno de su frente
Volaban nobles recuerdos
De bravura y patriotismo,
De gloria y de heróico esfuerzo.
Ese pecador contrito,
Es el mismo que en un tiempo
El confin de Guatemala
Sembró de inmortales hechos;
Esa diestra en que hace peana

De la Cruz del Sér Excelso,
Es la que en Cuautla, empuñando
Resuelta el terrible acero,
El orgullo de Calleja
Hizo que besase el suelo.
Esa frente, que las sombras
De eternidad van cubriendo,
Es del ínclito caudillo
Que del Palmar entre el fuego
Descollando se mostraba
Aterrando á los iberos,
Como señor absoluto
De la tormenta y el trueno.

No importa que el artificio
De algún impostor rastrero
Le finja retractaciones
Y llame á sus glorias yerros:
La Historia, justa y severa,
Le tiene asignado un puesto.
El del gran Morelos brazo,
El del patriotismo, aliento,
El de la virtud dechado,
Flor de oro de los guerreros,
Va caminando al suplicio
Recogido y circunspecto;
Solamente sus verdugos,

Que son verdugos del pueblo,
Se acercaron: Matamoros
Toma en su mano un pañuelo,
Con que se venda los ojos
Con pulso firme y sereno.
Le forma cerco la tropa,
Levanta la frente el reo,
Se oye preparar las armas,
Y una voz exclama: "¡¡Fuego!!"....
La Historia, en la hirviente sangre
Empapó llorosa el dedo,
Y en los fastos de Calleja
Escribió "Tres de Febrero."

GUILLERMO PRIETO.

AYALA Y SUS DOS HIJOS.

En apartado aposento
De la hacienda de Temilpa,
En limpio catre de lona
Y tras de blancas cortinas,
Está don Francisco Ayala,
Presa de fiebre maligna,
Luchando por levantarse
Para perseguir realistas.
Al verle mudo é inerte,
¿Quién pensara, quién diría
Que era el mismo que tremendo
Blandió su espada temida
En Mapaxtlán, destrozando
A las fuerzas enemigas?
¿Quién que era el rayo terrible
Que en Nenecuilco teñida

Dejó en sangre la vereda
Que le abrió su espada invicta?
Triste se halla y silencioso,
Con dos hijos que le cuidan,
Y con cuatro amigos fieles
Que componen su familia.
De pronto se abre una puerta,
Y una voz despavorida,
Con tono inquieto de alarma
Y muy temblorosa, grita:
"Alto, señor don Francisco,
"Señor don Francisco, arriba,
"Que aquí llegan los de Armijo
"Sedientos de vuestra vida,
"Como el Cura Matamcros,
"Os trasmitió la noticia."
Don Francisco, levantando
La cabeza, en voz tranquila,
"Bien, aquí los esperamos,"
Indiferente replica,....
Y se viste, y sosegado
Por una ventana mira.
"¡Hola! vienen los de Armijo
"Con infernal vocería."
Ayala cierra las puertas,
Las refuerza y fortifica,
Y denodado y ardiente

Para la lucha se alista.
Corriendo llega la tropa,
A España gritando vivas,
Y la lucha que comienza
Por momentos se encarniza.
Vése Ayala, cual leona
Con sus cachorros, y herida,
Presa de feroz jauría,
Que acomete y se retira,
Dejando rastros de sangre,
Tras de cada tentativa.
Ayala mira á sus plantas,
Luchando con su agonía,
Dos de sus fieles amigos
Que quieren luchar y espiran.
La furia crece, las puertas
Crujen, despidiendo astillas;
Ayala alienta á sus hijos
Y fijándoles la vista,
Advierte que con su sangre
Ambos perdieron las vidas.
A ellos apunta furioso,
Sólo un amigo tenía,
Y se levantaba erguido,
Como en bravo mar se mira
Alzándose la bandera
De una nave ya perdida.

Por fin, queda solo Ayala,
Y así temerario lidia.
Falta á sus armas el parque;
La espada empuña con ira. . . .
En esto ceden las puertas,
La tropa se precipita,
Y al héroe ciñen cordeles,
Le ultrajan y martirizan.
Armijo marcha contento
Con una presa tan rica,
Y de San Juan en el pueblo
Que con Yautepec colinda,
Tras de belicosa farsa
Al prisionero fusila,
Y manda que su cabeza
Quede a un árbol suspendida,
Y también las de sus hijos
Que le forman compañía.
Y así, al resoplar el viento,
Las cabezas se movían
Cual buscándose; las gentes
Abandonaban la vía,
Signándose, y maldiciendo
A los feroces realistas.

GUILLERMO PRIETO.

LOS INDIOS DE MEXCALA.

En medio al mar de Chapala,
Mar olvidado en la tierra,
Mar huérfano, coronado
De pueblos y sementeras,
Está la isla de Mexcala,
Tan graciosa y tan esbelta
Como la fábula pinta
Las seductoras Nereidas.
Si la acarician las brisas,
Las blandas olas la besan,
Y orgullosa se levanta
Dominando las tormentas,
Desde su peana de rocas
Que entre las olas descuella.
Allí, á su modo, los indios
Proclaman su independencia,

Y á sus fieros opresores
Invencibles escarmientan.
Herido Cruz en su orgullo,
En Guadalajara ordena
Que á los inlios mexcaleros
Se haga furibunda guerra.
Ya se disponen valientes,
Ya embarcaciones se aprestan,
Ya el estampido del trueno
Horror y venganzas siembra.
Linares surca las aguas,
Frente de Mexcala llegan,
Y la isla triste, de pronto
Se mira como desierta;
Mas de repente, en las aguas,
Voces humanas resuenan,
Y canoas numerosas
Que van de gente repletas,
A las tropas españolas,
Anonadan y escarmientan.
Tiñese de sangre el agua,
La horrible matanza arrecia,
Y cuando alumbra un sol nuevo,
No halla del desastre huella.
Cruz, que supo la derrota,
Brama como herida fiera,
Y un papel manda á los indios

Que es de muerte su sentencia:
Allí les reprocha airado,
Allí amaga, allí condena,
Y concluye con decirles,
En ira ardiendo y soberbia:
"Si no os sometéis humildes,
"Si me negáis obediencia,
"Veréis correr mucha sangre,
"Y esa será sangre vuestra."
Atentos oyen los indios
La filípica tremenda,
E instados á que respondan,
El que la palabra lleva
Responde con grande calma
Y con expedita lengua:
"Señor, que corra la sangre,
"Al fin y al cabo es la nuestra."

GUILLERMO PRIETO.

TRUJANO.

En el rancho de la Virgen,
De Tepeaca á media legua,
Aislado y como perdido,
En las llanuras inmensas,
Está Valerio Trujano
Esforzando su defensa.
Le acometió Samaniego
Con cuatriplicada fuerza;
Pero él, que para la lucha
Sus enemigos no cuenta,
Resiste, mata y destroza,
Redoblando su entereza.
Veinte horas, y más de veinte,
Dura la lucha sangrienta,
Hasta que al fin Samaniego,
Con el alma de ira ciega,

Por todas partes el rancho
Con combustibles incendia.
La lid sigue entre las llamas,
Y de humo entre nubes densas,
Se oyen hondos alaridos
De los que heridos se queman.
Se hunden tronando los techos
Y se desgajan las piedras
Los cuerpos de moribundos
Con lienzos de pared ruedan.
Trujano, entre los horrores
De la catástrofe, impera,
Sereno, terrible, augusto,
Del valor con la grandeza.
Al fin las llamas se extienden,
Al fin, el fuego se arrecia,
Y la asfixia diezma gente,
Que muere, y no en la pelea. . .
"Salgamos," dice Trujano,
Al derrumbarse una puerta:
Y entre llamas y entre escombros,
Arrollando cuanto encuentra,
Como torrente de lava
Cuando ígneo volcán revienta,
Se precipita Trujano
Venciendo la resistencia;
Y cuando más empeñados

Sus enemigos le cercan,
Vió que se quedaba su hijo
De las llamas siendo presa.
Se vuelve, entonces le hieren,
Sigue peleando pie á tierra,
Y á herirle tornan de nuevo,
Y por reluchar se esfuerza.
Su sangre corre á torrentes,
Vacila un punto y flaquea,
Y viéndole derribado
La furiosa soldadesca,
Su cadáver despedaza
Y con sus restos se ceba.

Así pereció Trujano,
De heroismo dando pruebas,
Y así orgullosa la Patria
Su memoria recomienda,
Para que de otras edades,
Modelo y ejemplo sea.

GUILLERMO PRIETO.

EL FUERTE DEL SOMBRERO

Tras de asaltos espantosos
Y tras de choques sangrientos,
Liñan ordena que sitien
Ese Fuerte del Sombrero,
Amparado por fantasmas,
Defendido por espectros.
Del hambre se oye en la sombra
Discurrir el esqueleto,
Y la sed á la demencia
Abandona el campamento.
Veneno corre en el aire
Con el hedor de los muertos,
Y las madres á sus hijos.
Tienen sin vida á sus pechos.
Mas cada vez que el realista
Osado nutre sus fuegos,

Se revive el entusiasmo
Retumba en el Fuerte el trueno,
Y los de Liñan se alejan,
Llenos de horror y despecho;
Mas como buque averiado
Poco á poco váse hundiendo,
Aunque marinos audaces
Hagan hercúleos esfuerzos.
Mina logra una salida,
Grandes peligros venciendo,
Para conducir socorros,
Con temerario denuedo.
Queda Young mandando el Fuerte,
Que es heróico caballero:
Liñan dispone el salto
Con las furias del infierno.
Corre la sangre á torrentes,
Alza su llama el incendio;
A Young arranca una bomba
La faz de sobre del cuello.
En un momento terrible,
En un momento supremo,
Hay torrentes de peñascos,
Hay proyectiles de muertos,
Hay escenas que conturban
Y espantan al mismo infierno:
Liñan dispone el asalto

Y su triunfo le da miedo,
Porque es su triunfo entre escombros
Y entre despojos sangrientos.
Humillado, furibundo,
De sí mismo sin respeto,
Manda fusilar heridos,
Que al sepulcro van contentos,
A los fieros vencedores
Al espirar maldiciendo.

GUILLERMO PRIETO.

LA TOMA DE LA ROQUETA

I

Aun del sitio de Cuautla resonaban
En nuestros aires los gloriosos ecos,
Cuando ya de Acapulco en la bahía
Atacaba el castillo de San Diego,
Aquel campeón invicto, que la historia
Designa con orgullo, el gran Morelos.
Tras rudo batallar, la ciudad bella
Que á ese fuerte llevaba mil refuerzos,
Sujeta está á la voz de aquel caudillo
Que siempre tuvo de la gloria el cetro;
Mas se levantan á pesar de todo,
Del castillo los muros altaneros;
Porque á su defensor buques hispanos
Prodigan municiones y alimentos.

. . . . . .

Sobre una alfombra de tupida grama,
Bajo el azul del esplendente cielo,

Junto al mar, rumoroso, que las costas
Tranquilo con su espuma va lamiendo,
Están los hombres que en su mente fraguan
De futuras victorias, cien proyectos.
Es de la libertad fulgente rayo,
Morelos, de esos hombres el primero;
Galeana es el segundo, el que llevaba
El triunfo siempre en su cortante acero.
Y pensando el caudillo en la manera
De tomar ese fuerte gigantesco,
" Es necesario, dice, al enemigo
" Más estrecharlo con terrible asedio,
" Impidiendo la entrada de Acapulco
" Con el cañón de fulgurante trueno.
" No lejos de las playas se levanta,
" Cual de granito formidable espectro,
" Abrupto islote que domina altivo
" De la rada la boca con sus fuegos.
" Vé Galeana; tomando ese peñasco,
" perderán la esperanza los iberos,
" Y aislados ya del mar y de la tierra
" La bocana y el fuerte serán nuestros.
" Del islote en la cumbre, los laureles
" Entrelazan coronas para aquellos
" Que el triunfo obtengan en la cruda lucha
" Que contra los realistas sostenemos."
—" Iré, señor—responde á esas palabras,
" Galeana Hermenegildo, el gran guerrero;
" Si no logro rendir ese peñasco,
" Para mí el sol no lucirá de nuevo."

II

Aspera y triste peña que salvaje
La mar soberbia sin cesar azota,
Enhiesta se levanta, circuida
Por las revueltas aguas bramadoras.
Por uno de los flancos, se percibe
Una ancha quiebra de ascensión penosa
Desde la cual la rada de Acapulco
Guardada está por huestes españolas;
Y por el otro, inabordable, altiva,
Se eleva vertical la aguda roca.
En sus escasas y cortadas grietas,
Sólo anidan alciones y gaviotas,
Que espantadas sacuden su plumaje
Cuando la espuma de la mar lo moja
Con su tridente; á veces conmoviendo
El dios del mar, las agitadas ondas,
Con ronco rebramar, las precipita
Contra el muro infranqueable, temblorosas;
Y estrellando esas aguas turbulentas.
En penachos de espuma las transforma,
Que al deshacerse en lluvia de diamastes
Con su ardiente fulgor el sol colora.
....
La Roqueta es el nombre de esa peña
Que natura defiende con las olas
Y que hacia el flanco del declive abrupto,
Custodian del cañon las negras bocas!
Tal es el agrio islote que Galeana
Con un puñado de hombres tomar osa:
No tiene naves, pero tiene un pecho
Que valeroso siempre todo arrostra.

III

Siniestras nubes que del cielo inmenso
oscurecen la faz, al ir volando
Cual fantasmas negrísimos se mecen
De la loquia sobre el pico helado.
Pasa rugiendo el huracán terrible,
Y al chocar contra el muro del peñasco,
Convoca los furores de Neptuno
Que el devorante fuego reta airado.
Su antorcha entonces la borrasca enciende,
Y alumbra temblorosa y á intervalos,
Lívida luz, que en medio de las sombras
Marca la roca con perfiles vagos.
Ruge la mar, alzándose en montañas,
Y silba el huracán, y truena el rayo:
Mientras tres barcas silenciosas vuelan
Hacia el islote inaccesible y bravo
. . . . . .
Al fulgor del relámpago que surca
Plomizas nubes cual un igneo arado
Junto á la abrupta roca donde tiene
El terror su aposento solitario;
Aquellas barcas sin cesar oscilan
Con el vaivén horrible del océano.
Sobre ellas, con las aguas luchan hombres
Que á los titanes tienen por hermanos,
Y que acaudillan dos audaces génios,
Que dejan solo glorias á su paso.
Son los Galeanas.... A la roca llegan,
Intentando un ascenso sobrehumano,
A la empinada cresta del islote
Donde estrella sus ráfagas el Austro,
Para caer después cual avalancha,

Que arrastra todo con empuje raudo,
Envolviendo á las tropas de la cuesta
En fuego, sangre, destrucción y espanto.

IV

Las manos adheridas á la roca,
Los pies desnudos sobre frágil barca,
La pistola sugeta á la cintura
Y entre los dientes la cortante espada;
Tal al pié de la peña rudo atleta
Forma el primer peldaño de una escala;
Sobre el erguido cuerpo de ese hombre,
Otro titán, grandioso se levanta,
Y otro sobre él mientras las ondas rugen
Y brilla el luminar de la borrasca;
Los ensordece el trueno de los rayos
El huracán terrible los ataca,
Los elementos todos los persiguen,
Mas... ¿quién al genio un "hasta aquí" le marca?
.....
¡Mirad!.... Sobre esa escala portentosa
Que hacen temblar las ondas encrespadas,
Firme y tranquilo un hombre va subiendo,
De cuyos ojos se desprenden llamas:
Ya está en la cresta de la aguda roca
Como águila caudal en su morada;
Mientras siguen subiendo otros atletas
Que el pico sin temor raudos alcanzan.
Pablo Galeana, el joven más gallardo,
Vigoroso tras ellos luego avanza,
Sin temblor en el pecho de diamante,
Toca el frágil peldaño con la planta;

Mas..... cuando llega al último, las ondas
Rudas agitan la escalera humana;
Tiembla con fuerza, y en seguida el vértigo
Con un ¡ay! al océeno un hombre lanza.
El apuesto mancebo, bruscamente
Logra subir al fin.....Mas ¡suerte aciaga!
Roto ya de su cuerpo el equilibrio
Cae hacia el flanco, despeñado baja:
Pero al llegar al campamento ibero,
Cual un meteoro que cayendo estalla;
El espanto difunde por do quiera,
Con audacia gritando..... ¡Galeana!
Entretanto, el valiente Hermenegildo
Renueva esa subida, no igualada,
Lanzando luego, cual tonantes rayos
Bravos campeones de certeras armas:
Entonces!..... tiembla el corazón ibero,
Y rinde sin valor la fuerte plaza!
... .
Enmudeció la voz de los cañones,
Se deshizo la lluvia de las balas,
Se extinguieron los gritos del combate,
La inexpugnable roca está tomada;
Pero aún suena rugiente entre las nubes
De los fuegos celestes la descarga.
Y el himno gigantesco de los héroes,
Que dieron cima á la grandiosa hazaña,
Lo entona el mar con armoniosos tumbos
Y el viento con el silbo de sus alas.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

¡ABORDAJE!

I

Azulado cristal do se retrata
La faz inmensa del profundo cielo,
Parece el mar bajo el fulmíneo dardo
Del sol que vierte calcinante fuego.
Nada turba su calma: los alciones
Que van cruzando con destino incierto,
Apenas dejan en las tibias ondas
Un surco blanquecino con el pecho.
Besan las brisas agitando ledas
La superficie de ese lago inmenso,
Y tan sólo despiertan mansas olas
Con su ardoroso, apasiodado beso.
No entolda el horizonte ni una bruma,
Y el sol semeja en el espacio extenso,
Un haz devorador de vivas llamas
Que va en el agua sin cesar huyendo.
Sobre el cielo dibújase orgulloso,
Surgiendo de la mar, cual un espectro,

La Roqueta, ese islote que Galeana
Marcó de su heroísmo con el sello.
Contra él las aguas al morir, se visten
Con níveo encaje en su verdoso lecho,
Y al alejarse, destrozados lirios
Forma la espuma que se va perdiendo.
Del océano, apenas el murmullo,
El salto juguetón de pez travieso,
Y el graznar de los pájaros marinos,
Que van cortando el aire con su vuelo,
Son las notas perdidas que interrumpen
Ese imponente, abrumador sosiego.
De vez en cuando, las inmensas alas
Que apenas mueve fatigado el viento
Arrugan la argentada superficie,
Trayendo de Acapulco el clamoreo;
Mas todo ya descansa cobijado
Por el augusto azul del firmamento.
Esa insondable bóveda y el ancho
Majestuoso océano gigantesco
Serán testigos del heroico triunfo
Del más grande soldado de Morelos.

II

Sobre el pico agrietado de una roca,
En la mano derecha un catalejo,
La izquierda sobre el pomo de la espada,
Sueltos, flotando al aire los cabellos,
Y la mirada penetrante hundida
En el confín del líquido elemento;
Así Galeana, junto al mar dormido,
Siente en el fondo del audaz cerebro,

Teniendo á su redor profunda calma,
Rugir la tempestad de cien proyectos.
De pronto su mirada centellea:
Es que en el horizonte, allá á lo lejos,
Ve destacarse sobre la honda pura,
Como un punto no más, perdido objeto.
Lentamente se acorta la distancia,
Y á medida que el punto va creciendo,
Parece sobre el mar copo de nieve
Que en las olas deslízase ligero.
.....
Altiva nave, con tajante proa
Desde confin remoto el agua hendiendo
Envuelta con el traje vaporoso
De henchidas velas, sobre el mar sereno,
Alada y orgullosa va cruzando
Cual impalpable niebla por el suelo:
Y en su camino, polvo de brillantes
Circuye su ancho y majestuoso seno,
Dejando tras de sí fulgentes huellas
Sobre el sonante y dilatado espejo.....
Ya llega, ya está aquí, y hasta las costas
Manda un turbión de juguetones ecos,
Mientras que al soplo de la brisa leda
Ostenta altiva el pabellón ibero.....
Galeana lo contempla, y en la mente,
Al sentir de mil glorias el recuerdo,
Se agitan atrevidos y grandiosos
Huracanes de nobles pensamientos.
Sabe que en la sentina de ese barco
Hacinados se encuentran mil refuerzos
Que darán resistencia y energía
A los que están á España defendiendo;

Y recuerda en seguida el desamparo
De sus bravos y heroicos compañeros:
Sus trajes.... en girones por las balas
O por el rudo tiempo caen deshechos;
Sólo á costa de míseros trabajos
Consiguen negro pan, como sustento,
Y no esgrimen otra arma en las batallas
Que su indomable y sin igual denuedo.
¡Si pudiera arrancar al buque hispano,
Para auxiliar al insurgente diestro
Ese tesoro que en la airosa nave
Confiado vela el rudo marinero!
Pero para luchar sobre las ondas
Aunqne tiene la audacia de los genios,
La falta contra el hijo de la Iberia,
Un nadante corcel para vencerlo.
Mas siente en su interior rauda potencia,
Cuando llega á su audaz entendimiento
La convicción de que, si amante guía
La santa libertad su fuerte acero,
Nada podrá humillarlo!.. Si terrible
Le lanza el mar su furibundo reto,
Sabrá á sus pies postrarlo..... bajo el sacro
De independencia pabellón excelso

III

Tras tentativa, aunque frustrada, heróica
Para hacerse por fin del buque dueño,
Tenaz siempre el campeón en su demanda,
Piensa dar cima á su atrevido intento.
....
Dormida está la mar; su faz serena,
Inmóvil cual la faz de los desiertos,

Apenas se estremece cuando el aire,
Leve al pasar, aleteando inquieto,
Despierta olas fugaces, voluptuosas,
Deshechas en seguida por el sueño.
Tras el crespón brillante de las nubes,
Como envuelta la luna en casto velo,
Sorprende del océano y de las brisas
Los amores, los cándidos secretos,
Y escucha en el murmullo de las ondas
Suspiros, y sollozos y requiebros.
¡Todo duerme!... mas ¡ved!.... Blanco fantasma
Que se eleva oscilando cual soberbio
Girón de airosa y refulgente nube,
Pasease sobre el mar..... Es el velero,
El barco osado que á San Diego trae
Armas y municiones y alimentos.
.. ..
De pronto, en lontananza se percibe,
Rasgando al fin el pertinaz silencio,
Acompasado sobre la onda, el golpe
De cautelosos y lejanos remos.
El agua que en el choque se levanta
Salpicando de gotas al remero,
Circunda con sus copos espumantes
Tres veloces y audaces barquichuelos.
Con su vaivén las ondas los empujan,
Los van hacia la nave conduciendo,
Y Galeana y sus bravos se adelantan
Sobre esos toscos, miserables leños.

IV

Ya están junto al bajel, iluminados
De la pólvora al rápido destello,
Y gozosos escuchan sus oídos
El son marcial de repetido trueno.
Lluvia de fuego devorante cae,
Entre gritos salvajes y lamentos,
Y se apaga el rumor del océano
Entre el bronco luchar de los guerreros.
Mas..... al par que la muerte roba osada
A los heridos el postrer aliento,
Rudas escalas á la esbelta nave
Lanza veloz el insurgente experto.
¡Ved!..... por la frágil movediza cuerda,
El hacha de abordaje entre los dedos,
El valor y la audacia en el semblante,
Tibia sangre gloriosa sobre el cuerpo;
Tal con terrible, asolador empuje
Galeana y sus valientes van subiendo.....
Ya arriba están, y brillan las espadas,
Cadáveres dejando en su trayecto,
En tanto que los gritos y los ayes
Se confunden al choque de los hierros.
Entre charcas sangrientas, desplomados
Los moribundos hombres caen envueltos,
Y á la paz..... el vapor de la matanza,
Hasta Marte se eleva como incienso.

Pasando van las horas, y en seguida,
Tras la borrasca del combate fiero,
Aléjanse las notas asordantes
Del anterior y pavoroso estruendo.

Entre rojizas y pesadas olas
De despojos informes y siniestros,
Triunfadora nuestra águila aletea
Del valiente español sobre los restos;
Y asombrada la mar..... con su voz sorda
Va proclamando los heróicos hechos.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

LA RENDICION DE S. DIEGO

I

Despuntando va el sol: su veste de oro
Ya se tiende radiante hasta el Ocaso,
Mientras se esconden tímidas las negras
Sombras que tiemblan en el hondo espacio.
Como turba de ninfas juguetonas,
Del oriente se acercan al regazo
Las nubes pudorosas, que sintiendo
Del astro rey el fuego apasionado,
Se inclinan por mirarle y se coloran
Con la luz nacarada del topacio.
En su cuna está el sol; pero muy pronto
Ascendiendo á la esfera, irá dejando,
Muerta la noche en el copudo bosque
Bajo el ardiente esplendoroso dardo.
La undosa mar le espera; soñolienta
Se remece en su lecho con desmayo,

En tanto que traspone majestuoso
La cortina de montes azulados
El luminar que por doquier difunde
Nueva vida, del Ande hasta el Océano.
Surge de entre las ondas, en la Costa,
Al ascender la luz que va arrancando
A la noche su imperio silencioso
Y su ondulante ennegrecido manto,
De San Diego el castillo inexpugnable,
Como un coloso, junto al mar postrado.
Aún en su frente agítase el ibero
Pabellón, como agítase el penacho
De adalid indomable. Vela siempre,
La fortaleza altiva vigilando,
El atrevido Vélez, que la guarda
Contra Morelos, quien cual sol airado,
Dejó de la opresión la triste noche
Muerta por fin bajo su ardiente rayo.

II

Al nacer la mañana, sobre el muro
Del torreón del fuerte, reclinado,
Los ojos en la playa cenicienta,
Los cabellos al aire, entre las manos
El ocioso fusil; así se encuentra
Vélez, en el futuro meditando.
Ayer el fuerte recibió sonriendo,
Y sin temor por él, velaba ufano
Porque ilusión creyó que el enemigo
Siquiera se acercara á disputarlo.

¿No era señor del puerto de Acapulco,
Con sus fuegos la costa dominando?
¿No el fuerte que se eleva en la bahía
Le prestaba su apoyo, y no en el vasto
Piélago hundiendo su atrevida planta
La Roqueta, encontrábase acechando
El momento propicio para aleve
Mandar al insurgente inmenso estrago?
Mas ¡ah! ¿de qué aprovechan ni qué pueden
Los formidables dientes acerados
Y las garras del tigre carnicero,
Que muerte, horror y sangre va sembrando,
Si surgen de la sacra independencia
Los poderosos genios soberanos?

. . . . . .

Pronto los fuertes muros de Acapulco
Que de San Diego al pie vénse elevados,
Cayeron á las plantas de Morelos,
Como al centro del sol, precipitado
El meteoro brillador que boga
Del universo en el profundo arcano.
Después.... mirad.... El bravo Galeana
Se acerca á la Roqueta.... llega raudo,
Y desgarra en la cresta del islote
El pabellón altivo del hispano;
Y así cual desparecen las neblinas
Con el rayo del sol hechas pedazos,
Vánse extinguiendo ya de los realistas
El poder y la gloria; y vacilando
Se agita Vélez, silencioso y triste,
Muerta su fe tras rudo desengaño:

Con miedo siente el corazón; no encuentra
La playa salvadora en el naufragio.....
Va á rendirse por fin, y en el rugido
Del mar que rueda misterioso y tardo,
Piensa escuchar la voz del héroe insigne
Que es orgullo del pueblo mexicano.

III

Adormecido el viento, apenas leve
Se estremece muy quedo, muy pausado,
En tanto que la mar se estrella sorda
Contra las peñas, con lamento vago.
Azul como el ensueño de un poeta
El firmamento está; y el vívido astro
Tras un manto de nubes ha escondido
Su llameante faz, al fin cansado:
De árida costa en la sinuosa playa
El castillo se encuentra, y con halago
Las aguas reflejándose en su seno,
Le retratan altivo y sosegado.
Las torres, las almenas, do la lluvia
Dejó verdosa lama, y donde ufano
El pájaro del mar fabricó el nido,
Orgullosas se elevan, y enfilados
Esperan los cañones desde el muro
Enviar la destrucción al mar y al llano.
Todo, al mediar el sol en su camino,
En la Costa descansa aletargado.....
El alto cielo en imponente calma
Se está en el mar profundo retratando.

Mas ¿qué rumor insólito se escucha
De San Diego á la entrada?... Prosternado
Ante el noble Morelos de rodillas,
Vélez entrega su bastón de mando.....
Torvo el semblante, la mirada triste,
Temblorosas las frases en los lábios.
Tras él sus compañeros silenciosos,
En apretadas filas apiñados,
Encuéntranse también..... Vueltas las armas
Con el cañón en tierra.... Mientras tanto
Ya apenas piensa en el presente triunfo
El semidiós de Cuautla.... A nuevos campos
Dirige ya su mente, nuevos planes
Y otros insignes triunfos preparando.....
.....Alta la faz ¿qué busca su mirada,
Al hundirse en el piélago salado,
Mientras se rinde ante él la fortaleza
Tánto tiempo invencible?..... Va buscando
En la grandeza de ese mar inmenso
La que anhela llevar al suelo caro,
Por quien dió vida y paz, queriendo hacerlo
Libre como el condor americano.
Y pensando en la lucha el gran patriota,
De la victoria olvídase.... Admirado
El viento se despierta, y al mecerse,
La frente del atleta va besando.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

La batalla de Chichihualco.

I

Corriendo va por la llanura el río,
Retrata el liquidámbar perfumado,
Y semeja la espada de un coloso.
Olvidada en el monte solitario.
Desde lo alto domina el regio cielo
La cresta azul y el bosque enmarañado,
Y escucha el aire que confunde dulce
Con aire y hojas su doliente canto.
Entre las olas que nadando pasan,
Avanzó su raíz amante un árbol;
Pero contra él las olas se retuercen
Como las crenchas de los genios malos
Mas valle y bosque, hasta el sereno ambiente
Bajo el cielo del trópico incendiado,
Todo se postra, se desmaya: el río
Perezoso se arrastra tropezando,
La palmera se dobla con molicie,
Camina el tigre con rendido paso,

Y apenas en los montes convecinos
Altaneros sacuden su penacho,
Los pinares al soplo de los vientos
Que van y vienen, sin cesar errando.
Es la hora del sopor; por eso vuela,
Como hoja de oro en el tranquilo espacio,
El colibrí, volviéndose á su nido
Donde claman sus hijos adorados;
Y por eso en las aguas ríen y juegan,
De las pasadas luchas descansando,
Los hombres de Galeana, mientras viene
La hora lejana del combate ansiado.
Son guerreros del genio de los libres,
De Morelos, rival del Océano,
Porque como él se eleva hasta los cielos
Si por la Libertad se alza luchando.
Y ahora, conducidos por Galeana,
Esperan al titán en Chichihualco,
Para volar con él á los combates,
Las huestes destrozar, y erguir ufanos
La tienda del patriota y su bandera,
Donde estuvo el palacio del menguado.....
Pero en tanto descansan y se olvidan
Del peligro de ayer, mientras sus lazos
Descuelga bajo el ala de los aires
El choromo flotante y enarcado.
Oyen ronco gritar al carpintero,
Entre la fronda colosal volando,
Y miran al caímán que allá á lo lejos
Se arrastra junto á la onda con trabajo.

II

Pero ¿por qué de pronto se conturban
Y abandonan los juegos y el descanso?
¿Por qué se agrupan todos? ¿Por qué nadan
Y se acercan veloces al ribazo?
La impaciencia se pinta en su semblante,
Abrense más sus ojos agitados;
¡Cómo cortan las olas! ¡Cuál se mueve
Entre las aguas su nervudo brazo!
Es que.... ¡mirad! Se asema Galeana
En la márgen la fronda desgarrando.....
¡Ved su faz de león! melena de oro,
Trémula y crespa en el luchar amado.
—"Compañeros; profiere,—los realistas
"Acaban de llegar, y en un asalto
"Han sorprendido al pueblo, han sorprendido
"A los amigos, todos; ¡descuidados!"....
Y su frase temblaba con la ira,
Y tropezaba en su tonante labio.
—"Vamos pronto, mis bravos, mis guerreros,
"Sobre el cruel enemigo al fin caigamos,
"Como el águila cae sobre su presa,
"Con sus garras terribles destrozando.
"El pueblo ya tomaron; pero siempre
"Nuestro Dios á los libres ha ayudado,
"Y dejaremos limpio de "chaquetas".....
"No el pueblo, sino el mundo americano."
Los guerreros se agitan; invectivas
Lanzan al enemigo, y llameando
En su negra pupila el heroísmo
En la playa por fin desembarcaron.

Habla el jefe: los héroes ya lo siguen;
Ni se visten siquiera..... denodados,
Van á arrojar al enemigo odioso
O á morir redimiendo á sus hermanos.

III

Tal como el huracán que todo humilla
Los patriotas al pueblo van llegando,
Y al verlos.... sorprendidos los realistas
En desorden se agrupan, azorados.
.. ..
El combate empezó: chocan las armas,
Flota la nube blanca del disparo.....
¡Ay del que caiga!... ¡Que el cincel de Fidias
Esculpa audaz aquél horrible cuadro!.....
Aquél muro ceñido de realistas;
Los fusiles tendidos disparando;
Y revueltos los bravos combatientes,
Como las olas del torrente hinchado,
Disputando iracundos en las calles
Un pedazo de tierra, palmo á palmo.
Como el clamor de un pájaro agorero
Se cierne un grito en el confuso campo:
Es el grito de guerra de Galeana
Que entre ayes y alaridos va flotando.
Allí el caudillo está: la siéu altiva,
Glorioso.... con el traje desgarrado....
La vista ardiendo. En lo alto su machete
Doquiera sangre y sangre goteando.....
Vibra su voz; se agitan sus cabellos;
Y en tanto, como el leño, de un hachazo,

Rueda junto á él un hombre, mientras bate
Sordo á lo lejos el tambor hispano.

Sigue la lucha: los realistas dejan
Sangriento surco en medio á sus contrarios,
Y esgrimiendo cual masas sus pistolas
Doquier destrozan palpitantes cráneos.

¡Pero mirad! De pronto tempestuosos
Los ginetes por fin llegan de Bravo·
Un blanco remolino los envuelve;
Se estrechan, se confunden apiñados:
Aquél, encabritado el noble bruto,
Rueda por fin bajo los duros cascos;
Y, herido del terror la crín convulsa,
E hinchada la nariz, vuela el caballo.

¡Cómo caen los guerreros! Tembloroso
El tambor del realista está doblando,
Y se agitan doquiera los patriotas,
¡Combatientes de bronce ensangrentados!.....

¡Ah, la columna del realista cede:
Libre por fin la plaza va dejando,
Y el muro tapizado de enemigos
Parece derrumbarse desolado.....

Lívidos y temblando los iberos
Heridos van por el desierto llano;
El fusil han dejado en el camino
Y comprimen la sangre con las manos.
¡Ya se van! ¡ya se van! Como las hojas
Cuando sienten las ráfagas del Austro.....
¡Es la voz de los libres!... Y convulsos
Los vestidos se arrancan espantados.

.. ..

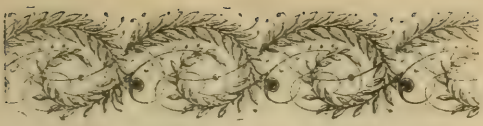
Clama en tanto el guerrero moribundo;
Y se ciernen los buitres en lo alto;
Y devoran los perros el banquete
Del señor de las guerras, inhumano!

IV

Ya es de noche: se encorva como un mónstruo
Altivo y mudo en el ambiente vago,
El firmamento sobre el valle, el río,
Y el bosque, que se inclina murmurando.
Y mientras que en los nidos aletea
El ave errante con sentido halago;
En tanto que el raudal entre el follaje
Sigue á los aires sin cesar hablando;
Se encienden junto al lecho de las olas
Hogueras gigantescas: inflamado
Parece el manantial; rojas espiras
Se enredan en los vientos sosegados,
Como sierpes que silban ó que cantan,
Mil azules pupilas agitando.
Y allí los insurgentes, bajo el bosque
La victoria celebran, y embargados
Repiten á la esposa y á los hijos,
Que en la raíz se sientan palpitando,
Porque la patria al fin se yergue altiva
Y libre extiende su amoroso manto.
Aquél atleta de brillantes ojos,
Y de negro cabello alborotado,
Aquél de tez bronceada, que inconsciente
En el agua mil hojas ve regando,

Recita ardiente á su adorada virgen
La historia sin igual del gran Hidalgo:
  Paseando juntos van; le escucha atenta,
Y le enlaza su mano con su mano,
E impulsada por místico respeto
Pronuncia el nombre de Morelos ¡santo!
  Mientras..... allá desgárrase la entraña
Del mónstruo de los cielos encorvado,
Y el cuchillo de plata de la luna
Cortante cruza por el cielo vasto.
  Ella es la enamorada de lo grande:
Y por eso en los montes encumbrados,
Entre la fronda del pinar altivo,
Donde ronco el raudal está bramando,
Se complace en fingir tras el follaje
El rostro de Morelos, inspirado,
Cn su ojo pensador, su lábio ardiente,
Y en la anchurosa sién, al aire ondeando
Aquél pañuelo, que amorosos vieron
Por tantas veces los tenientes bravos!

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



La entrevista de Iturbide y Guerrero.

I

Con desgarrados vestidos,
El pie desnudo en el suelo,
Y como en vellones toscos
A los ojos los cabellos;
Al hombro viejos fusiles,
Calcinados de hacer fuego;
Pero orgullosos, audaces,
Agiles como resueltos,
Caminan á Teloloapam
Los soldados de Guerrero.
No tienen galas ni dijes,
Pero sí piel como hierro
Que el sol con su viva llama
Acaricia lisonjero,

Tornando pechos y brazos
Como plumaje de cuervos.
Mas tesoros de virtudes,
Encerraban esos cuerpos:
En la tremenda campaña,
¡Qué inquebrantable ardimiento!
Para sufrir infortunios,
¡Qué grandeza y qué desprecio!
Si hay veces que sus furores
Tocan terribles extremos,
Otras, como dulces niños
A lo noble obedeciendo,
Vulgarizan la grandeza
Y hacen popular lo bueno...
Al frente de los valientes
Marcha el heróico Guerrero;
El de grandeza espontánea,
El de virtudes modelo,
El que puede, cual Bayardo,
Decirse en medio á los pueblos.
"El caballero sin tacha,
"El caballero sin miedo."
Ancho de espalda, membrudo,
Bien formado, corpulento,
El cabello crepo y tosco,
Nariz corva y ojos negros.
Lleva un chaquetón holgado,

Cuyo color es misterio,
Adornado con botones
De reverberante acero,
Que bajaban en hileras
Desde por detrás del cuello.
Distinguiendo á Teloloapam
Manda hacer alto á los cuerpos,
Y solo, sin ayudantes,
Digno á la par que modesto,
Tranquilo busca á Iturbide
Que le está esperando inquieto.

II

Con uniforme de gala,
Sable corvo, bota fuerte,
El rubio cabello alzado
Sobre las pálidas sienes,
Aguarda el héroe de Iguala
A Guerrero, don Vicente,
Sin decidir si ha contento
O si ha pesar de que llegue.
Entrambos disimularon
Sus sensaciones al verse,
Y ocultaron desconfianzas
Que los alejaron siempre.
Era el uno el artificio;

Otro la verdad agreste:
Uno el hombre de las clases;
Es del pueblo don Vicente:
Uno promesas prodiga;
El otro los hechos quiere:
Pero ambos á un pensamiento
Decididos obedecen,
Que es el de la Independencia,
Y ella en unión los mantiene.
Dice Iturbide: "Yo marcho,
"Vos del Sur seréis el jefe;
"Dad vuestras órdenes luego
"Y advertid á vuestra gente."
Los pintos y los realistas
Se hablan y de cerca vénse,
Pero en el fondo hay rencillas
Que odios pudieran volverse
Si precavido Iturbide
No declarara prudente
Que al Bajío se dirige.
Activo la marcha emprende,
Y á Guerrero los surianos
Entonan vivas alegres.

GUILLERMO PRIETO.

TELOLOAPAM

Derrama á puñados flores
El pueblo de Teloloapam
Al ver entrar en sus calles
Los valientes de Celaya.
¡Cuán garridos son sus hombres!
¡Qué lucientes son sus armas!
¡Qué hermosas flotan al viento
Sus banderas desplegadas!
¡Qué contento está Iturbide
Al divisar la vanguardia
De su regimiento, que era
Su brazo fuerte y su espada!
Al mirar á Quintanilla,
Capitán que el Cuerpo manda,
Adelanta su caballo,
Franco la mano le alarga,

Y distante de la tropa,
Empeña difusa plática.
Allí, sagaz, atrevido,
Con seductora palabra,
Le deja entrever sus planes
Para salvar á la Patria;
Y Quintanilla, confuso,
Le escucha incrédulo, y callla,
Mientras una luz divina
Deja que penetre en su alma.
Así el que surca los mares
Divisa nube lejana,
Y mientras duda si anuncia
Tiempo sereno ó borrasca,
Rayo de sol la ilumina,
Viento propicio la rasga,
Y mira el azul del cielo,
Sobre las amigas playas....
Los oficiales, que un tiempo
La Independencia tramaban,
La plática de los jefes
Acechan con desconfianza,
Y al fin su evasión conciertan
Para eludir las venganzas.
Todo lo sabe Iturbide,
Regio banquete prepara,
Y allí, radiante de orgullo,

Con inconcebible audacia,
Les comunica sus planes,
Les cuenta sus esperanzas,
Les grita: "Volved los ojos
"A la Independencia santa:
"Los males que el error hace,
"La heroicidad los repara."
Y es tan bella su apostura,
Y su voz de tanta magia;
Y es tan sublime el prestigio
Con que seduce las almas,
Que con el llanto en los ojos,
Y la mano en las espadas,
Ofrecen seguirle fieles
En su empresa temeraria.
Y mientras las dianas suenan
Y atruena alegre algazara,
El se retira sonriendo
Con paso grave, á su estancia,
Y así la epístola sigue
Que escribe para Apodaca:
"Que venga Epitacio Sánchez,
"Que vengan los de Oaxaca;
"Enviadme mucho dinero,
"Que es lo que más me hace falta.
"Dejad todo á mi cuidado,
"Tened en mí confianza,

"Que si realizo los planes,
"De que os hablo en otra carta,
"En México por Febrero
"Habrá una "Misa de Gracias"
"Por el espléndido triunfo
"De las españolas armas,
"Y la sumisión al órden
"De toda la Nueva España."

ILLERMO PRIETO.

ACATEMPAN.

Escuchan de pie los montes,
De lejos miran los valles,
Y la plaza de Acatempan
Mece en el viento sus árboles,
Para cubrir con su sombra
A los bravos militares
De Iturbide valeroso
Y de Guerrero indomable.
Ellos están frente á frente,
Sin rencor y sin dañarse,
Mirando limpios los cielos
Y sin trascender á sangre.
Los de Iturbide ¡qué guapos!
¡Qué galones y alamares!
Sombreros de ricas plumas
Y de acero corvos sables:

¡Qué cañones tan lucientes!
¡Qué escuadrones tan marciales!
Los infantes de Celaya
¡Qué tallas tan arrogantes!
Los soldados de Guerrero
Forman en todo contraste,
Porque el que tiene sombrero,
Las espaldas lleva al aire:
Unos ostentan fusiles
Afirmados con "mecates;"
Los otros llevan sus "jierros"
Sin tener dónde colgarse;
Pero ¡cuánto noble orgullo
En el conjunto salvaje,
Y cuánta noble fiereza
En posturas y ademanes!
Todos están en espera
De sus Jefes, todos saben
Que Iturbide y que Guerrero,
Fieros enemigos antes,
Se citan en aquel punto
Para amigos saludarse.
Atención! el bronce grita,
Resuenan marchas triunfales,
Y entre un bosque, que le forman
banderas y estandartes,
se Iturbide

Rodeado del sol brillante.
Iba en su hermoso caballo
Negro como el azabache,
Cenceño, brioso, sensible
Al toque del acicate.
El ginete ¡qué garrido,
Y qué garboso, y qué afable!
Con su cabellera de oro
Y con su hermoso semblante.
Apenas llega, y Guerrero
Asoma á la opuesta parte,
Con su mirar majestuoso,
Con su talla de gigante,
Circunspecto, pero dulce,
Con humildísimo traje,
Trasparentando su aspecto,
Su bondad y su alma grande.
La tropa está silenciosa
Formando espaciosa calle:
Los caudillos en el centro
Se hablan sin que escuche nadie.
De pronto clama Iturbide:
"Soldados: tenéis delante
"Al caudillo independiente
"Y su bizarra falange.
"El quiere libre á su patria,
"Y él viene para ayudarme."

Y Guerrero, enternecido,
Dice á sus tropas leales:
"Ved que recobra la patria
"A un hijo; ¡el cielo le ampare,
"Y que hoy le haga tantos bienes
"Como le hizo tantos males!"
Mas las palabras se vuelan,
Las palabras nada valen
Cuando las almas rebosan
En afectos celestiales.
Ambos caudillos se abrazan,
Se ve llanto en los semblantes,
Y entre gritos, y entre vivas
Que estallaban en los aires,
Y entre un mundo de recuerdos
Que se encontraban fugaces,
Parece que se miraba
Surgir airosa, triunfante,
A la patria independiente
Y grande entre las más grandes.

GUILLERMO PRIETO.

EL VELADERO.

En la costa del Océano,
en la región do grandiosa
se muestra Natura hermosa
con encanto soberano,
Está un célebre lugar,—
el cerro del Veladero,—
que allí se yergue altanero
frente al anchuroso mar.
Sus peñascos de granito
y sus galas tropicales
retrátanse en los cristales
de aquél piélago infinito.
Viste manto de verdor
eterno y exuberante,
donde refleja radiante
el astro-rey su fulgor.

A sus pies la mar bravía
estrella sus olas fieras;
y se extiende, entre palmeras,
de Acapulco la bahía.
Su espléndido cielo azul
cobija lindos paisajes,
muestra purpúreos celajes
y nubes de blanco tul.
En días de glorias y duelos,
por sus plácidas vertientes,
subieron los insurgentes
con el heróico Morelos.
Sobre la cima plantó
un campamento de guerra
el héroe, y aquella tierra
mil hazañas contempló.
Allí al rumor de las olas
mezcló su voz la metralla,
allí se dió una batalla
á las tropas españolas.
Fué entonces, de libertad
un baluarte el Veladero;
para el enemigo ibero
fué el "paso á la eternidad." (*)

(*) Morelos izó en los fortines del Veladero una bandera negra que tenía una calavera y esta inscripción: "El paso á la eternidad."

La historia guardará ufana
la memoria de esas lides
y honrará á los adalides
de la causa mexicana.
Dirá allí con razón
su lábaro alzó el derecho;
que allí se inclinó deshecho
el hispánico pendón.
Gratos recuerdos de gloria,
me traes ¡oh cerro este día!
Que pronto la patria mía,
de Morelos en memoria,
alce sobre tí un altar
que domine soberano
el horizonte lejano,
las montañas y la mar.

MIGUEL SALINAS.

Cuernavaca, 1910.

IGUALA.

Como de púrpura y oro
Se reviste el horizonte,
Formando como un incendio,
A la espalda de los montes,
Para anunciar la salida,
Del rey de la luz del orbe,
Así se anuncia la dicha,
Así el contento recorre,
Los campos y las montañas,
Las cañadas y los bosques...
Y es que se alegran las almas
Con los primeros albores
De la augusta independencia
Que surge en aquellos montes,
Dándole vida á los pueblos,
Revindicando á los hombres.

La luz es como más clara,
Tiene el sol más resplandores,
Prorrumpen en dulces himnos
Las cámpanas de las torres;
Patria parece que aclaman
Los belicosos cañones,
Y que árboles y peñascos,
Se dotan de humanas voces.
Marco ardiente se levanta,
Y se engalana y compone,
Bajo verdes tamarindos,
Coronandose de flores:
Era la tarde serena,
Y á Iturbide distinguióse
En su corcel arrogante
Que envidia en los vientos pone;
Esbelto, rubio, garrido,
Ganando los corazones;
De adalid en su apostura
Y de caballero el porte.
Descuella en medio á los jefes
Como entre arbustos el roble,
O cual suele distinguirse
Sobre gigantescos montes
La nieve de los volcanes
Que á todo se sobrepone.
Está la tropa tendida,

Enmudecen los tambores,
Toca atención la trompeta,
Y la voz del héroe se oye.
Manda á don Francisco Hidalgo
Y al capellán, que se asocien,
Y que llamando los cuerpos
En confusión y sin orden,
Con firmeza y reverencia,
El juramento les tomen,
Como él hizo con los jefes,
Con fórmula que conocen.
Reina silencio profundo,
Las sordas pisadas se oyen,
Y á cada cuerpo se dice
Con acento que se impone:
"¿Juráis la Religión Santa
"Defender?" y —"sí"—responden.
"¿Y juráis la Independencia
"Defender?" y ardientes voces
"Sí"— repiten—"La concordia
"Juráis con los españoles?"
"—Sí" juramos"—generosos
Contestan los corazones,—
Y dar el trono á Fernando
Con privilegios y honores;
El todo, la Independencia.
Que ella todo lo compone.

Cuando acabaron las tropas,
Iturbide adelantóse,
Y con la voz conmovida
Dijo estas palabras nobles:
"Vuestro empeño, ¡oh compañeros!
"Será admiración del orbe:
"La fama de vuestras glorias
"Hará eternos vuestros nombres.
"Con ser vuestro compañero
"Alta recompensa dóyme,
"Y juro no abandonaros
"Ni dejar vuestros pendones
"Mientras me anime la sangre
"Que hora por mis venas corre."
Los soldados entusiastas,
Gritan mil vivas entónces:
Reverbera el regocijo,
Vuelven á tronar los bronces,
Agítanse las banderas,
Cohetes los aires rompen,
Y las montañas repiten
En ecos atronadores:
"¡Que viva la Independencia,
"Que la gloria la corone,
"Trayendo vivos recuerdos
"De los héroes de Dolores!"
La música de Celaya,

En deliciosos acordes
Marchas entona ardorosas,
Y sus ecos triunfadores
Propagan como un hechizo
De encantos y bendiciones,
Y hace al noble "Plan de Iguala"
Prez y orgullo de los hombres
Al ostentar su bandera
Del arco-íris los colores.

GUILLERMO PRIETO.

ITURBIDE EN CHAPULTEPEC.

".....Para mañana un hermoso día.

.....

".....Paz sin nubes, feliz abundancia y días prósperos á las generaciones venideras.

SHAKESPEARE Ricardo III. Acto 5º, escenas III y IV.

Ultimo canto es este. En el sombrío
Otoño de la edad, claro de cielo
Dadme, y en él un rayo
Del sol de juventud, del sol de Mayo!
La ya olvidada nota
Del arpa en que ha vibrado himno de vida
Y que en mi larga senda yace rota!
Pero ¿de qué sirviera
Al ave recobrar, antes que muera,
Su melodiosa voz y espacio abierto
Para ensayar su cántiga postrera.
Si ha de expirar no oída
En las arenas tristes del desierto?
¿De qué al bardo la chispa átomo sacro
De la olímpica hoguera,

Contra la nieva de la edad presente?
Fuera su esfuerzo dino
Del genio inspirador, cuando juntara
A la cándida túnica de lino
La alta misión, la poderosa vara
De Ezequiel inspirado, que en voz fuerte
Manda al género humano levantarse
De los helados campos de la muerte.
Cuando así, á vida nueva,
De nuevo á celebrar hechos ilustres
Que esta generación niega ó ignora.
Volver hiciese de la tumba fría
Con su entusiasmo antiguo, y pompa, y gala,
A quienes vieron en dichoso día
El sol de gloria que brilló en Iguala!

¡Qué júbilo tan puro! ¡Qué presagios
Los que en la blanca flor de sus promesas
Ofreció el porvenir cabe la cuna
De la nacida patria! ¡Cuán propicios
Al par se le mostraron tierra y cielo!
¡Cómo le sonreía la fortuna!
¡Cómo en místico velo
Cubrió su forma tricolor bandera
Que á su cadáver ha de ser sudario!
¡Cómo en los hondos pliegues, verdadera
La Fé de nuestros padres se albergaba;
La Unión—con la discordia por esclava
En el áspid opreso—
Y el águila, potente en fuerza y brío
Simbolizando el propio señorío,
La ansiada Libertad, rica en progreso!

Qué mucho que la hueste
De la sagrada enseñā unida en torno,
De Norte á Sur y del Ocaso al Este
La llevara triunfante en breves días,
No al filo de la espada, ni al pujante
Trueno de sus cañones;
Mas entre rosas, himnos y alegrías.
Piadosa emanación de libres almas,
Muestra de agradecidos corazones,
De verdadera gloria eternas palmas!
Qué mucho que á su paso se atrajera
La nacional bandera
Al generoso Bravo,
De la virtud y su nobleza esclavo,
Y también á Guerrero,
Montañés corazón limpio y entero!
Que, semejante á un río que en su curso
Acrecienta el caudal, y poderoso,
No sufre, al cabo, márgenes ni puente
Que su ímpetu avasalle;
Roto el muro de leyes y montañas
Y domado el león de las Españas,
La innúmera falange independiente
De la imperial Ciudad inunde el Valle!
Ya está en Chapultepec. Del sacro bosque
Albergue en su tristeza á Moctezuma
Cruzando los linderos,
Bajo sabinos que la edad no abruma
Plantan sus tiendas ya los granaderos.
En agitada ola
Cubriendo luego van la cumbre vasta,

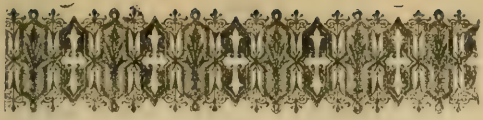
Y del soberbio alcázar en el asta
La tricolor bandera se enarbola.
Salúdanla en estrépito sonoro
Las bélicas dianas, y á su aspecto
Una gloriosa frente se descubre.... .
Llega el **Generalísimo.** Le cercan
Herrera y Filisola,
Morán, y Quintanar, y Bustamante
Juvenil y bizarro es su talante
Sin distintivo militar alguno.

El sol de la campaña
No su rubio semblante dejó bruno
Libre el hidalgo pecho de la escoria
Del odio ó el rencor de hondos agravios,
El mando y el amor lleva en sus labios
Y en sus ojos la luz de la victoria.
Las riendas del corcel suelta ligero
Y, entre vivas y músicas en coro,
Toma del fuerte el áspero sendero:
Asciende al mirador cual corza lista,
Y en júbilo anegado, palpitante,
De un sol de Otoño, á la postrera llama
Foco de oro y de luz, tiende la vista
De México al hermoso panoarma.

¡Es ella, sí! La reina de los lagos
Que á su forma gentil sirven de espejos
Y tejen á su faz cendal de bruma;
La primera ciudad del Continente,
De Anáhuac lustre, amor de Moctezuma.
Por su beldad lidiaron

Cuauhtemoc y Cortés. En su recinto
Erigióse el pendón de Carlos Quinto
Que su águila imperial confuso esconde
Al surgir victoriosa tu bandera.
Sólo la Cruz Sagrada
Con que vencido el Moro fué en Granada
En la ciudad ya libre, augusta impera.
Es ella, sí. La que en el Valle ameno
En alfombra de flores se reclina
Y trémula te guarda
Con el púdico ardor que hay en su seno,
El anillo y el ósculo de esposa;
Y se atavía y hace más hermosa
Por que tú con su amor feliz te ufanes
Cuando llegues mañana, ¡ay cómo tarda!
Con ella á unirte al pié de sus volcanes.
Digna corona al Vencedor, al Genio
Que odiosa apaga y voluntades une.
Y, blando y firme al par, desata el lazo
Materno de Castilla,
Y presenta del mundo en el proscenio
La juvenil nación que es obra suya,
Rica en dulce esperanza, y pompa, y gala,
Y en cuya noble faz sin nubes brilla
Un espléndido sol! ¡El sol de Iguala!

J. M. Roa Barcena.



EL DIA DE GLORIA.

(27 de Septiembre de 1821.)

I

¡Cómo renace en el pecho
de los que viven sin calma
el soplo de la fortuna
que les infunde esperanza,
cuando al cabo de la lid
con la tormenta menguada
de miserias y dolores
y de amarguras insanas,
la bienhechora justicia
á los caídos levanta
y en premio de los afanes
y de las horas amargas,
un futnro les ofrece
de bienestar á sus almas

y de progreso y labor
victorias mil á su patria!

II

Después de la horrible lucha
que por tres siglos reinara
bajo el espléndido azul
del cielo de Nueva España;
tras de la heroica contienda
en que los genios sin mancha,
sangre y vidas ofrendaron
del patriotismo en las aras,
lució la aurora feliz
de aquella dulce mañana,
de aquel día tan apacible,
tan espléndido en sus galas,
como triste por sus sombras
lo fué la noche pasada.

III

A la manera del cóndor
que en las abruptas montañas,
sobre el desnudo picacho
de las cordilleras altas,
desafía sin inmutarse
la furia de la borrasca;

en los terrenos del Sur,
en la risueña comarca
que fecunda con sus linfas
el río grande de las Balsas,
el indómito Guerrero
con sus legiones ensancha
los territorios que sirven
á los bravos de atalaya;
sin que humillen su grandeza
ni su altivez soberana,
del realista los arrojos,
los lauros de sus campañas.
En los baluartes aquellos
que Naturaleza esmalta
con el color de sus flores
y el de su rica esmeralda,
incólume se mantiene
el fuego que arde en las almas
como un tributo de amor
á la tierra esclavizada,
que si gime entre cadenas
que su desventura labran,
hay en el Sur corazones
que al sacrificio se lanzan.
que no miden los afanes,
los desencantos, las lágrimas,
por desterrar de su suelo

esclavitudes malsanas,
y hacer que brille la luz
de la libertad sagrada
como un astro de ventura
dispensador de confianza.
Así los vemos cubrirse
de justa y eterna fama,
conquistando de los suyos
la recompensa más alta,
la gratitud que es el premio
de la nación mexicana,
en los combates librados
en Zirándiro y Tlalchapa,
Zapotépec, Cutzamala,
y tantos otros que dieron
á los valientes la palma
y al objeto de su amor
preludios de bienandanza.
Al final de los combates,
de las épicas hazañas,
surge la inmortalidad
del héroe fiel á su causa,
que sin mezquinas pasiones
de mando y de gloria insana,
reconoce en Iturbide
al paladín de su Anáhuac,
por la que luchan sin tregua

los hijos de las montañas.
Y después de la entrevista
que en Acatémpan señala
de los caudillos la unión,
el reposo de las armas,
el júbilo se desborda
cual torrente cuyas aguas
se precipitan soberbias
por valles y por cañadas.

IV

¡Bendito el día de gloria
que trajo á la Nueva España,
en pos de los sacrificios
época de bienandanza!
¡Bendito sea el fulgor
de aquella dulce mañana,
tan hermosa y apacible,
tan espléndida en sus galas,
como triste por sus sombras
lo fué la noche pasada!
La ciudad de los palacios,
la rica perla de Anáhuac,
en aquel día de Septiembre
luce sus mejores galas;
todo es música y perfume,

todo es alegría santa
que inunda los corazones
de júbilo y de confianza;
por donde quiera se miran
colgaduras y oriflamas
con los colores benditos
del pabellón de la patria;
multiplícanse al calor
del patriotismo sin tasa
las frases más cariñosas
entre guerreros y damas,
en tanto que por las calles
de la opulenta morada,
discurren los batallones,
los regimientos de gala:
es el ejército altivo,
el defensor de una raza,
el de las Tres Garantías,
símbolo de gloria magna.
Allí va don Agustín
de Iturbide, á quien aclaman
insurgentes y realistas
el héroe de la jornada;
allí, también, los infantes
de la Corona y Celaya,
Granaderos, Imperiales,
Tres Villas, Guadalajara;

Cazadores de San Luis,
de Querétaro y Tlaxcala,
Zacualtipán y la Unión
Valladolid y Constancia;
allí las caballerías
de Sierra Gorda, de Apam,
de Puebla, de Tulancingo,
de México, de Moncada.
Más de dieciséis mil hombres
en columna de honor marchan,
con el semblante risueño,
jubilosa la mirada,
la conciencia del deber
en lo íntimo de la entraña.
Y entre uniformes de lujo,
colgaduras y oriflamas,
los soldados de Guerrero,
los hijos de las montañas,
los humildes insurgentes
que no vistieron de gala,
más que abrigan en el pecho
aquellas dulces palabras
nacidas á los influjos
de la grandeza de su alma:
"¡Soldados, nunca os aflija
"desnudez, miseria tanta;
"la ropa no da virtud,

"ni laureles, ni prosapia;
"antes bien, así sois dignos
"de la recompensa magna,
"porque en medio á los dolores
"de la sangrienta campaña,
"sólo guió vuestros afanes
"la libertad de la patria!"

FULGENCIO VARGAS.

Julio 10. de 1910.

INDICE

Págs.

HIDALGO, por Rafael Ruiz Rivera.

1. Fiat Lux. 1
2. Una bandera y un grito. 13
3. En la Alhóndiga de Granaditas. . 18
4. Un Te Deum. 24
5. En Charo. 27
6. El Monte de las Cruces. 29
7. Retirada. 36
8. La Batalla de Aculco. 42
9. El Degüello. 46
10. El Puente de Calderón. 49
11. Hidalgo en el Desierto. 61
12. El Patíbulo. 64
13. Apoteósis. 68

MORELOS, por Rafael Ruiz Rivera.

14. El Juramento de un héroe . . . 71
15. El Bautismo de Sangre. 80
16. El Fuerte de Acapulco. 87
17. La toma de Tixtla. 90
18. La Zona Caliente. 101
19. La Asunción en Chilpancingo. . . 104
20. El Sitio de Cuautla. 113

Págs.

21. En Oaxaca. 140
22. Toma de la ciudad y Fuerte de Acapulco. 144
23. El Congreso de Chilpancingo. . . 152
24. Valladolid y Puruarán. 155
25. Abnegación. 159
26. En la Inquisición. 161
27. El Sacrificio. 164

GUERRERO E ITURBIDE, por Rafael Ruiz Rivera.

28. Eclipse. 177
29. Orto. 179
30. Cambio de frente. 182
31. En Acatémpan. 186
32. El Hombre de Iguala. 190
33. Una fecha célebre. 192

---

34. La Campana de Dolores. 205
35. Leona Vicario, por Fulgencio Vargas. 227
36. Villalongín, por Mariano de J. Torres. 243
37. Pablo Galeana, por Rafael del Castillo. 269
38. Guadalupe Victoria, por el mismo. 273
39. Treinta contra cuatrocientos, por Antonio de P. Moreno. 277
40. El Cura Morelos. 291
41. San Agustín del Palmar, por Ezequiel A. Chávez. 317
42. La Generala, por Juan N. Cordero. 323
43. Hazaña de Mier y Terán, por Emilio de Arriola. 329

Págs.

44. Albino García, por Guillermo Prieto. 337
45. El Pachón, por el mismo. 341
46. Prisión y muerte de Matamoros, por el mismo. 345
47. Ayala y sus dos hijos, por el mismo. 351
48. Los Indios de Mexcala, por el mismo. 355
49. Trujano, por el mismo. 359
50. El Fuerte del Sombrero, por el mismo. 363
51. La Toma de la Roqueta, por Ezequiel A. Chávez. 367
52. ¡Abordaje!, por el mismo. 373
53. La Rendición de San Diego, por el mismo. 381
54. La Batalla de Chichihualco, por el mismo. 387
55. La Entrevista de Iturbide y Guerrero, por Guillermo Prieto. . . 395
56. Telolóapan, por el mismo. . . . 399
57. Acatémpan, por el mismo. . . . 403
58. El Veladero, por Miguel Salinas. . 407
59. Iguala, por Guillermo Prieto. . . 411
60. Iturbide en Chapultepec, por José María Roa Bárcena. 417
61. El Día de gloria, por Fulgencio Vargas. 423

400679

LS.C
R7584

Romancero de la guerra de independenica.
Vol.2.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED